

HASTA QUE VUELVAS A MIS BRAZOS



Una historia de amor
de la II Guerra Mundial

ALEX AMIT

Alex Amit

Hasta Que Vuelvas a Mis Brazos

Una historia de amor de la II Guerra Mundial

First published by Alex Amit 2023

Copyright © 2023 by Alex Amit

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

First edition

Translation by Emilie Maldonado

This book was professionally typeset on Reedsy

Find out more at reedsy.com



Contents

[La antigua vitrina](#)

[Vientos de guerra](#)

[La foto vieja](#)

[El vestido blanco](#)

[Nubes de tormenta](#)

[El titular](#)

[Un frente oriental tranquilo](#)

[Ciudad cubierta de nieve](#)

[Después de la batalla](#)

[Las barras y estrellas](#)

[La ciudad en ruinas](#)

[Roma](#)

[Archivo del Ejército Rojo](#)

[El camino a Rusia](#)

[El puesto de control fronterizo](#)

[Té con la abuela](#)

[El prisionero de guerra](#)

[Verano](#)

[Notas del autor y partes de la historia](#)

[Also by Alex Amit](#)

La antigua vitrina

Septiembre de 2021, Kiev, Ucrania

Anna

“Abuela, soy yo, Anuchka” llamo a la puerta de madera gris de la abuela, Mariusha, mientras ignoro la mirada de la vecina. La vecina está de pie al final del largo pasillo, espiando desde la puerta de su casa.

“Ella no puede oírte, nunca lo hace” dice la vecina. Sin embargo, no le respondo. Al cabo de un momento, vuelve adentro y cierra la puerta de su apartamento. Siempre hay algún vecino que tiene algo que decir.

“Abuela, ábreme. ¡Soy yo!” exclamo mientras me quito los guantes de lana rosa para volver a tocar la puerta. Voy a esperar un poco. Siempre tarda en abrir la puerta.

El pasillo del gran bloque de apartamentos no tiene calefacción, y el frío viento otoñal se cuela por la pequeña ventana rota que hay al final del corredor. Me froto las manos, intentando calentarlas. Quizá se ha quedado dormida. Podría decirle a mamá que lo intenté y no abrió la puerta.

“¿Quién está ahí?” Oigo sus zapatillas arrastrándose por el suelo a través de la delgada puerta de madera.

“Abuela Mariusha, soy yo.”

“¿Anuchka?”

“Sí, soy yo”, me meto los guantes de lana rosa en el bolsillo del abrigo.

Oigo el ruido del pestillo al abrir la puerta y me examina mientras la abre de par en par y me abraza al entrar en el pequeño salón.

Su pelo, que solía ser negro, se ha vuelto plateado con los años, y su andar rápido se ha convertido ahora en lento. Pero sus ojos azules y su piel clara no han cambiado. Me gusta mirar sus fotos antiguas, colocadas en la vieja vitrina contra la pared del salón. Una vez fue una mujer hermosa. Incluso hoy, para mí, sigue siendo hermosa.

“¿Cómo estás, Anuchka?” Me rodea con las manos, y puedo oler el dulce aroma del *Oludashki* de sus manos mientras me aprieta contra sus grandes pechos. “¿Te envié tu madre?”

“Sí, quería ver si estabas bien”. Desde que tengo memoria, olía a comida cocinada. Siempre había algo delicioso cocinándose en su pequeño apartamento. El *Oludashki* es mi favorito; tortitas aireadas, espolvoreadas con azúcar glas por encima y, a veces, las sirve con su propia mermelada de cereza hecha a mano.

“Tu madre se preocupa demasiado. Dile que no tiene que preocuparse por mí. Tengo algo de comer para ti. ¿Por qué no me dijiste que vendrías? Habría preparado más comida”. Se vuelve hacia la pequeña cocinita. Lleva años viviendo aquí sola, desde que el gobierno le dio este pequeño apartamento. Solo había una pequeña habitación de invitados, un dormitorio y una cocinita.

“¿Cómo te encuentras?” La sigo y veo cómo se esfuerza por sujetar la caja de cerillas en su puño. “Déjame ayudarte”. Es muy mayor y mamá me pidió que pasara por su casa cuando volviera de la universidad para ayudarla. Se suponía que debía hacerle compañía hasta la noche.

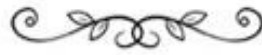
“No es necesario, Anuchka, estoy bien. Te prepararé un té”. Deja la caja de cerillas sobre la encimera e intenta encender una, rompiéndola en el proceso.

“Tranquila, abuela, no tengo sed. Pero me quedaré y me sentaré contigo”, le miento ya que no quiero que se esfuerce.

“¡Preparé tu comida favorita!” Me sonrío al entrar desde la pequeña cocina, sosteniendo el plato de *Oludashki* espolvoreado con azúcar blanco como la nieve y colocándolo sobre la mesita.

Nos sentamos a ver las noticias, pero al cabo de un rato me doy cuenta de que se ha quedado dormida en su sillón reclinable marrón y respira tranquilamente. Probablemente se despierte en unas horas. ¿Ahora qué hago? Le prometí a mamá que me quedaría con ella hasta la noche.

Tomo un *Oludashki* y lo pruebo. Luego camino por la habitación y miro a mí alrededor.



Sus ojos oscuros me miran fijamente desde el cuadro de la vitrina, como si sonriera y me invitara a devolverle la sonrisa. Sus botellas de licor, guardadas bajo llave detrás de las puertas de cristal, también me llaman. Llevo viéndolas desde que era una niña. Me dijeron que no podía abrir la vitrina, pero como ya soy mayor, en los dormitorios bebemos casi todas las noches. ¿Dónde está la llave? Miro a mí alrededor; creo que pasará algún tiempo antes de que se despierte.

Mis dedos tantean la parte superior del marco de madera del armario, que era demasiado alto para mí cuando era niña. Continúo hasta que siento el tacto metálico de la llave y sonrío para mis adentros. Ya soy mayor. Puedo abrir la vitrina prohibido.

La miro antes de volverme hacia las puertas de cristal, girando suavemente la llave en la cerradura para que no haga ruido y despierte a la abuela. Abro lentamente las puertas de cristal de par en par. Solo tengo que asegurarme de no hacer ruido.

Hay una fotografía de María Yfimovna, a quien todos llaman Mariusha y yo llamo abuela, y junto a ella una foto de su marido desaparecido tiempo atrás. Ambos me miran con severidad. Hay algunas botellas de vodka. Tomo uno y bebo un sorbo, ignorando la sensación de ardor en la garganta. Hay una vieja armónica, algunas figuras de porcelana y una caja de madera color caoba con un pequeño pestillo y un cajón en el fondo.

Mis dedos voltean el pequeño pestillo mientras bebo otro sorbo del vodka. Sonrío al ver la tapa de madera abierta y a la pequeña bailarina que empieza a girar en la caja de música, con la mano levantada sobre la cabeza mientras baila al son de la música. ¿Qué hay en el cajón de madera?

“Anuchka, ¿eres tú? ¿Qué es esa música?” Escucho a la abuela.

“No es nada, abuela”, cierro la tapa y vuelvo a meter la bailarina en la caja oscura, devolviendo el silencio al salón.

“Anuchka, ¿esa es la caja de música?”

“No, abuela. Lo siento”, volví a poner la botella en su sitio. No debería haber abierto la vitrina.

“Anuchka, ponlo en su sitio. Ya sabes que no puedes tocar la vitrina”. Se levanta del sofá. ¿Olerá el vodka que bebí?

“Sí, abuela”, abro brevemente el cajoncito de madera de la caja de música. Dentro, encuentro una foto en blanco y negro de una mujer con un vestido color crema, apoyada en una motocicleta.

“Anuchka, cariño, ponlo donde lo encontraste”, dice junto a mí.

“¿Eres tú, abuela? ¿Tenías motocicleta cuando eras joven?”. La mujer de la foto no parece ser ella.

“No, Anuchka, no soy yo.”

“Entonces, ¿quién es?” Saco la vieja foto amarillenta del cajón, noto el tacto del papel rugoso y le doy la vuelta. Hay algo escrito en el reverso de la foto, pero solo puedo leer la palabra “Francesca” antes de que la abuela me la arrebate de la mano.

“Es una larga historia”, dice pausadamente mientras sostiene la foto en su arrugada palma y la devuelve al cajón de madera.

“¿Y de qué se trata? ¿Es de la Gran Guerra Patriótica?” Saco una medalla del cajón. Es roja y tiene forma de estrella. Hay varias medallas más debajo de ella. “Pensé que odiabas a los rusos”.

“Sí, mi Anuchka, es de la Gran Guerra Patriótica. Ahora pon todo en su sitio y te prepararé un té”.

“¿Tú también estabas allí? ¿Luchabas contra los alemanes? ¿Eras comunista como los rusos?”

“No quiero hablar de eso, cariño. “No quiero hablar de eso, cariño. Me quita la caja de madera de las manos y la sostiene un momento con sus dedos temblorosos.

“¿Por qué no? ¿Por qué no te caen bien los rusos? ¿Por qué no asistes a los desfiles como todos los viejos héroes de guerra con medallas en el pecho? ¿Por qué no hablas de ello?”. Saco el resto de las medallas y las miro. En una de ellas hay grabadas una hoz y un martillo dorados, y en otra aparecen varios soldados con casco y fusiles en la mano.

“¿Has visto alguna vez a viejos como yo hablando de eso? Que acuden a los desfiles y se sientan en la tribuna bajo el frío viento de abril, beben vodka y dicen que aquellos eran los buenos tiempos, pero ¿alguna vez has visto hablar a alguno de ellos?”. Me quita suavemente las medallas y, por un momento, noto sus cálidos dedos. “No odio a los rusos, fui parte de ellos, pero no confío en ellos”.

“¿Por qué no hablas de ello?”

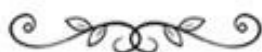
“Porque así son las cosas. Entonces tenían a Stalin, que afirmaba que Ucrania le pertenecía, y ahora tienen a otro que afirma que Ucrania le pertenece; así que para mí no son de fiar. Anuchka, eres demasiado joven, no lo entenderías”.

“Entonces, ¿quién es la mujer de pie junto a la motocicleta? ¿Y por qué eras comunista? ¿Por qué tienes una medalla de estrella roja?”.

“Porque tuve que alistarme cuando llegaron los alemanes. Tuve que luchar por nuestra nación”.

“¿Y te sentiste orgullosa de alistarte?” Le quito la caja de madera de las manos, vuelvo a meter dentro el resto de las medallas, la cierro de nuevo tras la puerta de cristal y cierro con llave.

“En aquel entonces yo era una jovencita como tú. Soñaba con chicos y con amor”, se da la vuelta, encorvada, y se dirige a la cocina. “Nunca había pensado en la mujer de la foto. No pensé que tan lejos de aquí hubiera líderes que quisieran gobernar el mundo”.



Vientos de guerra

La Italia fascista, 10 de junio de 1940

Francesca

‘Por orden de Mussolini y del gobierno electo, con efecto inmediato, Italia ha declarado la guerra.’

Veo cómo un trabajador vestido de azul cuelga el cartel en el tablón de anuncios, sujeta un pincel y aplica una gruesa capa de pegamento del cubo que lleva en la otra mano.

Dos o tres pinceladas más de pegamento sobre el papel y continúa su camino bajando la calle hacia el centro del pueblo. Me quedo mirando el nuevo cartel, con las gotas de pegamento húmedo brillando aún por la mañana.

La calle está tranquila a primera hora de la mañana y echo un vistazo al callejón para comprobar que no viene nadie antes de acercarme al tablón de anuncios y fingir que lo leo.

En la parte superior del cartel hay un águila con un hacha, símbolo del partido fascista. Las grandes letras negras de abajo anuncian que, debido a la alianza entre Italia y los nazis, a partir de este momento el ejército italiano ayudará a los alemanes en la guerra.

Miro una vez más para asegurarme de que la calle está vacía, y me acerco un poco más, como esforzándome por leer las letras aún húmedas de pegamento. Rápidamente, mis uñas empiezan a despegar el póster, haciéndolo pedazos. Debo darme prisa.

Mis dedos siguen arrancando largos trozos del papel y los enrollan en pequeñas bolas, que arrojo al pavimento, quitándomelas de las manos que ahora están pegajosas. Lo hago deprisa, con cuidado de no ensuciarme el vestido. Tengo que tener cuidado con las patrullas de policía. Recientemente han restablecido la policía de Roma en nuestro pueblo. El pueblo solía tener un solo policía, pero lo habían sustituido alegando que ya no era apto para su trabajo.

“No hagas eso. Es peligroso”. Oigo una voz detrás de mí y me giro rápidamente. Tengo que huir.

“Solo es papel. Está bien” respondo a Gabriele el Loco, que se acerca y se queda a mi lado. Se agacha y empieza a retomar los pegajosos trozos de papel que he tirado al pavimento.

“Todo tiene que estar en orden”. Me mira con una expresión seria. Retoma los papeles pegajosos, intentando arreglar los pedazos.

Tiene unos cuarenta o cincuenta años. Siempre va vestido con un viejo y andrajoso abrigo militar y zapatos andrajosos. Tiene el pelo revuelto y apesta a sudor. Desde niño, le recuerdo paseando por la plaza del pueblo, caminando entre los puestos y gritando. Incluso entonces estaba loco, y todos los niños se reían de él.

“Fuera de aquí”, le digo y empiezo a alejarme a paso ligero, dejándole en cuclillas en el suelo, jugando con los papeles. Cuando miro hacia atrás, le veo intentando colocarlas de nuevo en el póster roto y reordenarlas como estaban.

Un silbido de la policía me hace apresurar mis pasos. Giro en un callejón e intento caminar a paso normal. Me arreglo el vestido, asegurándome de no haberlo manchado. Todavía tengo las manos pegajosas. Necesito lavármelas.

“Había una hermosa mujer aquí. Me dijo que arreglara el cartel”. Todavía puedo oír a Gabriel el Loco mientras sigo caminando. Pero tras un par de pasos, me detengo y doy media vuelta, asomándome desde el callejón a la calle principal.

Dos policías con uniforme negro lo sujetan a la fuerza contra la pared mientras gime como un cachorro abandonado. Eso no me concierne. Debería irme de aquí.

“Está loco. Déjelo en paz”, grito y corro rápidamente hacia ellos. Me agacho como él hizo antes y retomo algunos de los trozos de papel roto que quedan en el pavimento. Las pego de nuevo al cartel, ensuciándome las manos en el proceso, para que no sospechen de mí.

“Eres una buena mujer”. Gabriel me sonríe mientras intenta girar la cabeza, a pesar del agarre del policía, que lo mantiene contra la pared.

“¿Y tú quién eres?” Me pregunta uno de ellos.

“Yo soy de este pueblo, y él está loco. Déjelo en paz”, me pongo delante de él.

“¿Tiene un nombre?” Pregunta el policía con una sonrisa burlona, sin dejar de sujetar la cabeza de Gabriel contra el muro de piedra.

“Sí, tengo un nombre”, levanto la barbilla.

“¿Y cómo se le puede llamar a una mujer tan encantadora protegiendo a un borracho tan sucio?”

“Francesca, ¿te parece suficiente?” Miro al policía.

“Entonces, ¿por qué una mujer joven como tú se preocupa por un loco como él?” Me sonríe. Tiene bigote negro y ojos oscuros.

“Déjalo en paz”, miro fijamente a los ojos del policía, aunque debería alejarme.

“Pídelo amablemente”.

“Por favor, déjalo ir.” Me contengo para no escupirle a los pies.

Su mano agarra firmemente la nuca de Gabriel mientras recorre lentamente mi cuerpo. Sus ojos se detienen en mis labios, pasean por mis pechos, bajan por mi vestido de verano y llegan hasta mis piernas desnudas y mis sencillos zapatos de cuero. Hasta que no levanta de nuevo la mirada y me mira a los ojos, no suelta a Gabriel, pero no sin antes darle una palmada en la nuca. Gabriel cae al suelo mientras el otro policía se ríe.

“Tenemos que arreglar el cartel”, sigue murmurando Gabriele mientras permanece tumbado sobre el suelo.

“Toma, aquí lo tienes. ¿Puedo invitarte a un café?” El policía ignora a Gabriel y me sonríe mientras yo sigo mirándole; mi mirada salta frenéticamente de un policía a otro. Necesito irme de aquí.

“No, estoy ocupado”, respondo sin sonreír, me doy la vuelta y empiezo a dirigirme hacia el callejón.

“Signorina”, aún le oigo llamarme. Gabriel el loco tendrá que cuidarse si siguen metiéndose con él. Tengo que lavarme las manos lo antes posible.

“¿Dónde has estado? Te estaba esperando”, me besa Cecilia en la mejilla mientras me acerco a la fuente del centro de la plaza y la abrazo. Tiene veintidós años, como yo, y ambos tenemos los ojos oscuros y la piel bronceada tras haber pasado horas bajo el sol italiano. También tiene el pelo negro como el mío, aunque el suyo es rizado y el mío ondulado y largo. Nos conocemos desde que éramos niñas. Siempre habíamos jugado juntas. Sin embargo, ahora ya somos mayores; nos cansamos de jugar.

“Perdóname. Me retrasé”. Sumerjo las manos en el chorro de agua que mana de la boca del león de mármol erigido en lo alto de la pequeña fuente que escupe un chorro de agua.

“¿Te resististe a ellos otra vez?”

“Ayudé a nuestro país”, respondo en voz baja, sin querer que nos oigan las demás mujeres

junto a la fuente. Chismorrean, siempre se cuentan todo.

“Es peligroso. Al final te atraparán”, se acerca a mí y me susurra.

“Sé ser cuidadosa”. Me frotó los dedos con fuerza bajo el agua, sin contarle lo de Gabriele el Loco y la policía.

“¿Pusieron carteles nuevos?”

“Sí, ya me ocupé de ellos; les arranqué la propaganda a tiras, pero eso no basta. Debemos hacer más”. Miro alrededor de la plaza, los puestos de verduras y las bandejas de tomates secándose al sol.

A pesar de lo temprano que es, la cafetería de la esquina ya está abierta. Algunos hombres están sentados, hojeando su periódico matutino, leyendo sobre las victorias del ejército italiano en África. Aun así, las mujeres se reúnen cada mañana cerca de la fuente, susurrando que las condiciones del ejército en África son terribles. Según los rumores, hay muchas bajas en las batallas, pero el gobierno lo oculta al público mientras los generales se conceden medallas honoríficas. El póster gigante de Mussolini, el Duce, también nos observa con mirada severa desde la pared del cine, en un lateral de la plaza. Una vez, presentaban películas románticas, y colgaban un póster de una bella heroína besando a su amante; cualquier cosa menos la fea cara de Mussolini. Hacía meses que no llegaba una nueva película al pueblo. Lo único que llega estos días son noticias y películas de propaganda, que glorifican a los fascistas y hablan de victorias inexistentes.

“¿Vendrás a ayudarme por la tarde?” le pregunto mientras seleccionamos verduras en un puesto.

“¿Qué quieres hacer?” Mira a los lados.

“Debemos hacer algo”. Retomo un par de tomates y los pongo en la cesta. Más tarde, las empaparé en sal y aceite de oliva, y luego las secaré al sol.

“No estoy segura de poder ir”. También llena su cesta de tomates.

“Debes hacerlo. Debemos hacer algo”.

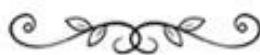
“No, no tenemos. Ya no somos niñas, esto no es un juego”.

“Es verdad, ya no somos niñas. Por eso tenemos que empezar a hacer oír nuestra voz, porque las mujeres no le importamos a nadie”, termino de llenar mi cesta. “Trae a tu novio. Estará atento”. Le sonrío. Necesito que venga. Estoy demasiado asustada para hacerlo por mi cuenta.

“Puede que me una a vosotros. Y no es mi novio”, sonrío y se sonroja mientras sacude la cabeza, agitando sus rizos.

“Entonces solo invítalo”. Me despido de ella con un beso en la mejilla. “Nos vemos por la noche”, empiezo a alejarme antes de que cambie de opinión.

Llevo la cesta de verduras sobre el hombro y me apresuro a volver a casa. Podríamos hacer algo un poco más atrevido esta noche que simplemente arrancar los carteles de los fascistas de un tablón de anuncios.



Más tarde, esa misma noche, me apoyo en un muro de piedra del callejón que lleva a la plaza. Miro al cielo negro y me pregunto si habrá cambiado de opinión. El pueblo está oscuro y tranquilo. Aunque la guerra aún no nos ha alcanzado, desde que empezó, el gobierno del Duce ha anunciado un racionamiento de combustible en preparación para la guerra. La mayoría de las farolas están apagadas por la noche. La gente también tiende a cerrar pronto las tiendas y volver a casa a toda prisa, lo que permite que las manadas de chacales campen a sus anchas por las calles. Al amparo de la oscuridad, entran en el pueblo desde los campos que lo rodean, en busca de presas; igual que las patrullas de policía y los Camisas Negras.

“Son peores que los chacales”, me digo mientras me apoyo en el muro de piedra de la casa, atento a cualquier ruido. Lucho contra el impulso de encender un cigarrillo sabiendo que no sería inteligente. Si lo hiciera, estaría de pie en la oscuridad, parpadeando un pequeño punto de luz y soplando el olor del cigarrillo. Es mejor esperarla. Probablemente vendrá pronto.

En una mano sostengo los folletos enrollados que había escrito antes junto al farol del pequeño cobertizo de madera que hay junto a nuestra casa. La otra mano sujeta el bote de pegamento y el pincel. ¿Habrá cambiado de opinión?

“Francesca”, escucho un susurro.

“Aquí estoy”, salgo de las sombras. Puedo reconocer a Cecilia acercándose en la oscuridad, y un hombre la sigue.

“Traje refuerzos”, me abraza.

“¿Sabe lo que estamos planeando hacer?” Le entrego los carteles enrollados con los lemas antifascistas.

“Lo sabe; él me gusta”. Sonríe tranquilamente mientras se acerca a mí.

“El Duce quiere unirse a la guerra con los nazis”, le susurro al tipo en la oscuridad, pronunciando el apodo de Mussolini como una maldición. No me presento. Es mejor que él no sepa mi nombre y que yo no sepa el suyo.

“Echa un vistazo a lo que escribí”, Cecilia toma uno de los folletos enrollados y lo despliega bajo la tenue luz de la luna, intentando mostrarle la escritura.

“El Duce quiere que sacrifiquemos sangre italiana para poder pasear del brazo con Hitler, pasar revista a los desfiles militares y gobernar el mundo”, continuó explicando. Debería haber añadido esas palabras a los folletos. “Y a nadie le importa”. Tomo las hojas de papel de las manos de Cecilia y las vuelvo a enrollar. “A nadie le importa lo que hagamos aquí. Solo somos un pequeño pueblo al sur de Roma. ¿Nos ayudarás?”

“Sí”, susurra y da otro paso hacia Cecilia.

“Empecemos”, le paso la lata de pegamento y le hago una señal para que camine delante de nosotros. Comienza a caminar por el callejón oscuro. Debemos tener más cuidado. Los policías del norte se han unido a los fascistas.

Caminamos en silencio. Tan solo el sonido de nuestros pasos resuena en la calle desierta. De vez en cuando pasamos bajo una ventana abierta tenuemente iluminada por una linterna de queroseno, pero la mayoría de las persianas están cerradas y nos permiten movernos en la oscuridad. Puedo oír a los aullidos de los chacales en la distancia. Deben de acercarse por los caminos de tierra y las terrazas de piedra que rodean el pueblo, en busca de restos de comida.

“Toma”, le susurro al tipo que camina delante de mí. Le da a Cecilia la lata de pegamento y se apresura hacia el otro lado del callejón. Si se fija en alguien, silbará, y si llega la policía, Cecilia y yo intentaremos esconder los carteles bajo nuestros vestidos. No suelen buscar en cuerpos de mujeres.

Extiendo el cartel sobre una pared de piedra mientras Cecilia lo aplica con el pincel de cola, pegándolo a la pared. Las cerdas húmedas del pincel acarician mis dedos mientras sostienen el cartel, manchándolos con el pegamento espeso y pegajoso.

“Ya he terminado”, asiente, y corremos hacia otro muro de piedra, repitiendo el proceso.

“¡Ven aquí!” Me apresuro cuando nos acercamos a la oscura plaza del pueblo después de haber colgado varios folletos.

“Es peligroso”, se acerca a mí. “Los policías se sientan aquí por la noche y fuman”.

“No veo ningún cigarrillo encendido. No están aquí”. Saludo con la mano al tipo que está mirando al final del callejón. Se acerca a nosotros y luego sale a patrullar la plaza para asegurarse de que está vacía.

“Es arriesgado”, dice Cecilia, alzando ligeramente la voz y tocándome la mano. Puedo sentir el sudor de su mano y el calor de su cuerpo.

“Tenemos que hacerlo”, respondo. Yo también empiezo a sudar, a pesar de la brisa fresca. No debe pensar que tengo miedo. No debo pensar que tengo miedo.

“Lo haré yo mismo si tienes miedo”. Alcanzo la lata cuando veo la silueta del tipo, que nos saluda con la mano, indicándonos que no hay moros en la costa. Sin embargo, Cecilia sigue agarrando la fina asa metálica de la lata y me sigue mientras entramos en la plaza.

Los adoquines brillan bajo la luz de la luna. El sonido de nuestros pasos se mezcla con el chapoteo del agua procedente de la fuente de piedra situada en el centro de la plaza. Incluso los chacales de las afueras de la aldea están ahora en silencio. Quizá regresaron a los campos.

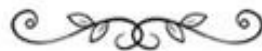
Al principio, pego el último cartel en la pared junto a una de las tiendas, pero luego cambio de opinión. Me dirijo hacia el cine, al otro lado de la plaza.

Vestido con su uniforme militar y levantando la mano en señal de saludo, el enorme cartel de Mussolini está pegado por toda la fachada del cine pintado sobre una lona rígida. Incluso en la oscuridad, me fijo en las pinceladas de su boca, abierta y rugiendo de entusiasmo, en la letra en negrita sobre su imagen que dice “Duce”.

“Date prisa”, le susurro a Cecilia mientras estiro los brazos lo más alto posible y le paso el folleto que he escrito por la nariz.

Se acerca a mí y levanta las manos mientras aplica el pegamento al papel. Oigo su respiración e ignoro el pegamento que me gotea por los brazos. Ahora mismo no es importante. Lo que importa es que termine y consigamos salir de la plaza.

“Ya está. Lo hemos conseguido”, se apresura a decir, y yo la sigo, haciendo un gesto al joven para que se una a nosotros, deteniéndome solo un momento para mirar atrás. Bajo la tenue luz de la luna, nuestro pequeño folleto no es más que un puntito en la enorme nariz del monstruo que saluda Sieg Heil, dominando la plaza oscura y desierta.



“Tenemos que parar esto. Nos atraparán”. Dice Cecilia mientras volvemos a pararnos en el oscuro callejón, lejos de la única farola encendida. “Lo que estamos haciendo es completamente inútil. No cambia nada, y estos policías están aquí por una razón”, intenta recuperar el aliento, asegurándose de permanecer en las sombras.

“Tienes razón. No cambia nada”, saco una caja de cigarrillos y cerillas del bolsillo del vestido, pero al cabo de un momento cambio de opinión y vuelvo a guardar las cerillas. No quiero que me vean mis manos temblando. “Es inútil”, continúo hablando, con el cigarrillo apagado asomando entre mis labios. Llevo dos años fumando, desde que llamaron a nuestra puerta y se llevaron a mi padre. No les tengo miedo.

El tipo me tiende una cerilla encendida y yo me acerco a su mano extendida. Inhalo el humo con gratitud, mientras veo momentáneamente su rostro a la luz de la cerilla antes de que se apague. Está mirando a Cecilia.

“Buenas noches”, susurra Cecilia y se aleja con él. “Quedamos en parar”.

“Tenemos que hacerlo en Roma”, susurro en la oscuridad, sin saber si me han oído o ya se han marchado.

“¿Sabes lo que nos pasará si nos atrapan en Roma?” Veo su silueta girarse y acercarse a mí. “No nos dejarán ir. Sabes que haría cualquier cosa por ti, pero esto es demasiado peligroso”.

“Sí, lo sé”, exhalo el humo e intento despegarme el pegamento que antes me manchó las manos y me dejó una desagradable capa en los dedos. A la distancia, oigo aullar de nuevo a los chacales. “Yo sé de lo que son capaces”. El día que se llevaron a mi padre fue la última vez que lo vi.

“Roma tiene cientos de policías”, me dice el tipo que me ha encendido la cerilla. “E informantes, en todas partes”. Se acerca un paso y se pone a su lado.

“Son demasiado poderosos”, añade Cecilia.

“Creía que estabas en contra de la guerra”, respondo, aunque sé que tienen razón. Los Camisas Negras son demasiado fuertes. Mi padre también pensaba que eran demasiado fuertes. Aun así, salió a protestar.

“¿No tienes miedo?” El joven me mira.

“No, no tengo miedo”. Me alegro de que estemos al amparo de la oscuridad. “¿Quieren venir conmigo a Roma?”

“No iremos a ningún lado. Odias Roma y a todos los ricos que viven allí”, dice Cecilia.

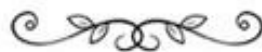
“Sí, odio Roma. Pero sabes que no voy a rendirme, y necesito que vengas conmigo”. Pongo mi mano sobre la suya. Si no viene conmigo, no tendré valor para ir a Roma yo solo.

“Iremos contigo”, dice finalmente Cecilia. “Sabes que me uniré a ti. Somos amigos. Pero tendremos que ser cuidadosos. ¿Vendrás con nosotros?” Se vuelve hacia el hombre, que se acerca a ella y le toma la mano.

“Entonces está decidido. Vamos a Roma”, tiro el cigarrillo a la acera y lo aplasto con el zapato. “Si tienes miedo, estarás alerta, y yo haré lo que haya que hacer”.

“Tengo miedo. Espero que tú también”, responde Cecilia.

“Hasta mañana, y no tengo miedo”. No me despido de ella con un abrazo. No quiero que note que me tiemblan las manos en la oscuridad.



“¡Corre!” Al día siguiente oigo a alguien gritar y se me caen la brocha y el bote de pintura que antes tenía en la mano. Todavía puedo ver la pintura negra salpicada en la pared del edificio del

Partido Fascista, formando una fea mancha, antes de empezar a correr lo más rápido que puedo.

Era peligroso llegar a Roma con folletos ya preparados. Los policías inspeccionan a la gente en las estaciones de autobuses, preguntándoles por el motivo de su viaje a la capital. A veces también revisan sus pertenencias. Antes de subir al autobús hacia Roma, decidimos escribir un lema de protesta en una de las murallas de la ciudad.

Corre, corre, corre, no te detengas, no mires atrás, ignora el silbato, ignora a los hombres de negocios trajeados que me siguen con la mirada. Cruzo la calle principal y paso por una avenida de tiendas repletas de mercancías a pesar de la guerra que había comenzado.

Cuando llegamos a la ciudad, entré en una de esas tiendas para comprar un bote de pintura negra. Teníamos miedo de llevarlo con nosotros en el autobús para no despertar ninguna curiosidad. Aunque el vendedor me preguntó si también necesitaba una brocha, le dije que no, para que no sospechara. Luego, buscamos otra ferretería. Pero ya no importa. Me persiguen.

Corre, corre, corre, no dejes de correr.

Me duelen las costillas del esfuerzo y jadeo. No puedo parar. Cada pocos segundos, oigo a los policías silbar detrás de mí. No debo mirar atrás; me retrasará. Paso junto a dos ciclistas y giro a la derecha en un callejón. Me paro un segundo, me inclino y aprieto el diafragma. Necesito vomitar. Pero tras un par de respiraciones, me levanto y sigo corriendo, ignorando el dolor, pasando junto a dos mujeres elegantemente vestidas que caminan por la calle mientras me miran con suspicacia. ¿Dónde están Cecilia y su amiga? ¿Qué les ha pasado?

Nos reunimos en la parada de autobús del pueblo por la tarde y esperamos el autobús a Roma. Nos sentamos en silencio y sentí que habían cambiado de opinión sobre el viaje. Creo que Cecilia lo estaba haciendo por mí. Pero no me importaba. Quería protestar, aunque fuera inútil. Quería que los fascistas supieran que alguien se les oponía. Después de comprar la pintura y la brocha, llegamos a un callejón adyacente al edificio del Partido Fascista. Cecilia y su amiga se quedaron mirando en la esquina del callejón y yo empecé a escribir en la pared. Pero ya es demasiado tarde. Desaparecieron, y el silbido sigue sonando en mis oídos cada pocos segundos. Me detengo, me agacho para tomar aliento, me levanto y continúo corriendo de nuevo. Tal vez hubiera sido mejor para ellos que no se hubieran reunido conmigo en la estación de autobuses del pueblo y me hubieran dejado allí. Si ellos no hubieran venido, yo no habría ido.

Corro desde el callejón hasta una pequeña plaza pavimentada con piedras, corriendo entre varios ciclistas. Dos autos tirados por caballos están parados a un lado de la plaza y me detengo un momento detrás de ellos. Me agacho y me escondo, jadeando y resollando.

Tengo las manos apretadas contra el diafragma y, de repente, noto las manchas negras en los dedos. Tengo que limpiarlos. Mi vestido también está manchado de pintura negra que probablemente había salpicado la pared cuando tiré el bote de pintura antes de huir. ¿Qué voy a hacer?

Uno de los caballos relincha. Levanto la vista y veo a dos policías caminando por el otro lado de la plaza, inspeccionando las tiendas. Me acerco al caballo, le acaricio el hocico y miro sus ojos marrones. Tal vez piensen que soy el dueño del auto.

Sigo acariciando el pelaje marrón del caballo, dejando que olisque mis dedos cubiertos de pintura y el fuerte olor que emana de ellos mientras sigo con la mirada a los policías.

Por favor, no sospeches de mí. Sigue caminando, no vengas aquí.

El ruido de pasos detrás de mí me hace apartar la mirada de los policías, y veo a un hombre vestido con ropa de trabajo que se acerca a mí, examinándome.

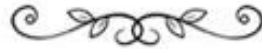
“¿Qué haces? ¿Por qué acaricias al caballo?”, me pregunta.

¿Qué debo responderle?

“Necesito ayuda”, susurro.

“Fuera de aquí”, levanta la voz.

“Lo siento, me iré.” Me apresuro a alejarme de él, intentando caminar con la mayor normalidad posible. Si empiezo a correr, la policía vendrá a comprobar por qué ese hombre ha gritado. Necesito encontrar un escondite donde quedarme hasta la noche. Entonces buscaré la manera de volver a la aldea.



Horas más tarde, ya de noche, salgo de mi escondite y empiezo a buscar la estación de autobuses. No tengo ni idea de dónde estoy y empiezo a caminar despacio por las calles casi vacías. Me duele el cuerpo de tantas horas sentado entre cajas de madera vacías en uno de los callejones. Me detengo un momento junto a una de las fuentes. Intento limpiarme las manos lo mejor que puedo y bebo agua, a pesar de su sabor amargo. Llevo todo el día sin comer. De vez en cuando miro a mí alrededor, en busca de agentes de policía o matones de los Camisas Negras. Son los más peligrosos.

La escultura de mármol que domina la fuente y el estanque parece mirarme con severidad. No debería haber ofrecido a Cecilia y al otro chico venir a Roma conmigo. ¿Qué les ha pasado? ¿Los atraparon?

Sumerjo las palmas de las manos en la piscina y las dejo allí un rato. La sensación del agua helada me tranquiliza y me mojo la frente sudorosa. Debería haber hecho caso a Cecilia y haberme quedado en el pueblo. No tiene sentido intentar luchar contra ellos. Son demasiado fuertes. Sumerjo las palmas de las manos en el agua por última vez y sigo caminando calle abajo, buscando la estación de autobuses.

Las farolas iluminan las banderas del partido fascista que cuelgan de múltiples balcones, ondeando orgullosas en la brisa nocturna, y los grandes carteles del Duce llamando a la guerra están pegados en cada esquina. ¿Qué haré si no consiguen escapar y los Camisas Negras los atrapan cerca del edificio del partido? Ni siquiera puedo pensar en ello. Necesito preguntarle a alguien cómo llegar a la estación de autobuses, pero tengo miedo. Mi vestido está manchado de pintura negra; seguro que sospechan de mí.

Es casi medianoche cuando encuentro la estación de autobuses, pero todos los andenes están abandonados y la plaza está desierta. Me siento en un banco y miro a mí alrededor. Solo están abiertos el quiosco y el café del otro lado de la plaza. Varias personas están sentadas en las mesas, pero Cecilia y el otro tipo no están entre ellas. Probablemente ya hayan subido al autobús anterior que se dirigía al sur de Nápoles, de vuelta al pueblo. Lo único que hicieron fue pararse en la esquina de la calle; no cogieron la brocha, ni el bote de pintura, ni pintaron el lema de la protesta en el edificio. Nadie tenía motivos para sospechar de ellos. Qué hambre tengo, ¿qué voy a hacer?

“No hay más autobuses en este momento. Inténtalo mañana”, dice el hombre del quiosco. Le doy las gracias mientras sigo de pie junto a la cabina, mirando el periódico que cuelga delante del

quiosco. ‘Italia y Alemania forman una alianza’, gritan los titulares. ¿Qué voy a hacer esta noche?

Me pregunto si debo responderle, pero entonces oigo un silbido y pasos, y miro hacia atrás, buscando frenéticamente hacia dónde debo correr. Un grupo de Camisas Negras entra en la plaza, cantando el himno fascista y tocando el tambor a todo volumen. Me escondí detrás de la grada y mi cuerpo se tensó. Están sentados en el café del otro lado de la plaza, pidiendo vino en voz alta. Algunos de los presentes se unen a ellos y empiezan a aplaudir. Debería prepararme para correr de nuevo. ¿Estaré haciendo esto toda la noche?

Finjo leer un periódico junto al quiosco e ignoro al dueño del quiosco, que ha empezado a doblar los periódicos en el quiosco, preparándose para cerrar por la noche.

Una motocicleta pasa rugiendo y me sorprende. Mi cuerpo vuelve a tensarse. Sin embargo, no tengo otro sitio adonde ir que pararme cerca del quiosco casi cerrado. Un joven en una motocicleta roja se detiene y se precipita hacia el vendedor del quiosco, que está inclinado tapiando su cabina.

“Cigarrillos, por favor”, le da un billete al vendedor, que se levanta en silencio y entra en la cabina.

“Llegas tarde. Llevo mucho tiempo esperando”, le digo al hombre y salgo de las sombras. No puedo quedarme aquí, tan cerca de la manada de Camisas Negras sentados en el café.

Él se limita a mirarme y no dice nada. Le devuelvo la mirada y veo brillar su pelo oscuro y salvaje y sus ojos negros bajo la tenue luz de la farola. Tiene que ayudarme.

“Buenas noches”, le dice el vendedor y le entrega los cigarrillos y el cambio.

“Por favor”, susurro suavemente al hombre, mientras señalo con la cabeza a los Camisas Negras sentados en la plaza y le muestro mi vestido manchado y las palmas de las manos. No las limpié en el agua de la fuente.

“Gracias, buenas noches”, le dice al vendedor de periódicos y me da la espalda, se sienta de nuevo en la motocicleta, la arranca de un tirón y el aire vuelve a llenarse con el humo de la motocicleta y el olor a gasolina.

“¿Vienes?” Vuelve la mirada hacia mí, alzando la voz por encima del ruido de la motocicleta.



“¿Cómo te llamas?” Grita mientras conducimos por las calles. Le rodeo con los brazos para no caerme. Mi cabeza está cerca de la suya, pero no le contesto, fingiendo que no he oído la pregunta.

Estamos tan cerca que puedo sentir el tacto de su chaqueta de cuero a través de la fina tela de mi vestido. ¿Qué pensará de mí?

“¿Tienes hambre?” Pregunta un par de minutos después de que pasemos por delante de una panadería abierta. Aunque no quiero contestarle, grito “sí”. Tengo mucha hambre.

“Espera aquí.” Se detiene, entra en la panadería y sale al cabo de un momento. Me da unas galletas y un pastelito con semillas de sésamo.

“¿Dónde tienes que ir?” Pregunta mientras comemos de pie junto a su motocicleta.

“Lejos”, le respondo, observando cómo se enciende un cigarrillo. No quiero pedírselo. Las mujeres no deben fumar.

“¿Has venido hasta Roma y ahora huyes de los Camisas Negras?”. Me escanea el vestido manchado.

“Eso no es asunto tuyo”.

“Estás en *mi* motocicleta, así que también es asunto mío. ¿Por qué huyes de ellos?”

“Gracias por tu motocicleta”. Toco el cálido asiento de cuero de la motocicleta. “Voy a seguir por mi cuenta desde aquí.” Me doy la vuelta y empiezo a caminar calle abajo. Es mejor arreglárselas solo que quedarse con él y su motocicleta si me va a hacer todas estas preguntas. Tal vez él también sea uno de ellos, y momentáneamente sintió lástima por mí. No necesito un hombre que crea que tiene que protegerme.

“Oye, espera”, me grita.

“¿Qué?” Me giro hacia él.

“¿Crees que tienes alguna posibilidad?”

“¿*Una oportunidad en qué?*”

“Una oportunidad de volver a casa, una oportunidad contra ellos”.

“Yo ya sabía cómo volver a casa incluso antes de conocerte”. Me le acerco. “Y sabré cómo volver a casa incluso después de que te vayas. ¿Me das un cigarrillo, por favor?” Le tiendo la mano. No me importa lo que piense de mí.

“¿Y contra ellos? ¿Crees que tienes alguna posibilidad contra ellos?”. Saca el paquete de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta de cuero y enciende una cerilla, esperando a que me apoye en sus manos mientras protege la pequeña llama.

“Quizá tú seas uno de ellos”, soplo el humo y le miro.

“Sí, quizá yo sea uno de ellos”, me mira y vuelve a guardarse los cigarrillos en el bolsillo. “Sin duda, mi familia forma parte de ellos. Que tengas un buen paseo hasta casa”, me da la espalda y vuelve a sentarse en su motocicleta.

“Sé que es inútil, pero no me rendiré”, le digo casi en un susurro, aunque no debería. Si me delata, acabaré encerrado en sus sótanos.

Se sienta de espaldas a mí, pero no arranca. Oigo un auto circulando por la carretera. “Cuando era niña, mi padre asistía a protestas”, continuó hablando, acercándose a él para no tener que gritar. “Los Camisas Negras lo golpearon”. Escupo al suelo cuando digo su nombre. No importa, en cualquier caso, pronto se irá a toda velocidad en su fea motocicleta. “Entonces vinieron y se lo llevaron para interrogarlo. Ya puedes ir a informar a la sede del partido o a tu familia de que has encontrado a un traidor”. Le tiro la bolsa de papel con los restos de pastelería y galletas. Lo veo golpear su espalda, giro sobre mis talones y camino calle abajo. “Gracias por la comida”, grito sin darme la vuelta, y aspiro el amargo humo del cigarrillo. Encontraré el camino de vuelta al pueblo. No está muy lejos de Roma.

“¿Y qué pasó con tu padre?” Se me acerca un minuto después y levanta la voz. Sigue conduciendo su ruidosa motocicleta mientras yo camino por la acera y le observo.

“Eso no es asunto tuyo. Seguro que puedes comprobarlo en la sede del partido fascista. Probablemente sepas dónde está”. Sigo. Yo no necesito su compasión.

“¿Cómo dijiste que te llamabas?”

“No lo he dicho” grito por encima del zumbido del motor de la motocicleta.

“No detendrás la guerra”.

“Ya lo sé”. Finalmente le miro de frente, mirándole a los ojos oscuros. ¿Me está mirando por

encima del hombro?

“Tampoco podrás vengarlo”. No sonrío, solo me mira con gesto serio.

“Ya lo sé”.

“¿Tienes frío?”

“Un poco”.

“Toma esto”, se quita la chaqueta de cuero y me la da. Doy un paso hacia la carretera y tomo la chaqueta de su mano extendida. Cuando me lo pongo, todavía puedo sentir el calor de su cuerpo sustituyendo al frío otoñal.

Nos miramos en silencio, el único sonido que nos atraviesa es el gruñido de la motocicleta, como si esperáramos que ocurriera algo. Finalmente, tiro el cigarrillo a la acera, subo a la motocicleta detrás de él y le abrazo con fuerza, gritando el nombre de mi pueblo por encima del silbido del viento.

Más tarde, cuando salimos de Roma, corriendo por la carretera oscura, sin nada más que los faros de la motocicleta proyectando un tenue haz amarillo sobre el asfalto, susurro también mi nombre, asegurándome de que no lo oiga. Debe haberme salvado por piedad, y tal vez mañana informe a los Camisas Negras. Es mejor que no sepa mi nombre y que no volvamos a vernos. Cierro los ojos e intento pensar en Cecilia y en el otro chico, pero solo puedo pensar en mis brazos rodeándole y en el calor de su cuerpo.



“Cecilia”, susurro y arrojo una pequeña piedra a la ventana de su habitación. ¿Está en su casa?

La piedra golpea las contraventanas cerradas y emite un débil sonido al caer de nuevo sobre la calle adoquinada. “Cecilia”, lanzo otro y susurro más alto en la oscuridad. ¿Consiguieron volver al pueblo? ¿Está bien?

Justo después de que me dejara en el pueblo, corrí a su casa. Me despedí de él y me negué a decirle mi nombre.

“Cecilia”, susurro de nuevo, pero solo un búho me responde con un ulular, el sonido de sus alas crujiendo en un ciprés cercano. ¿Quizás los atraparon? ¿Por qué los llevé conmigo a esa horrible ciudad? El motociclista insistió en entregarme una nota con su dirección y número de teléfono antes de marcharse. Sin embargo, me negué, afirmando que lo rompería en cuanto le oyera alejarse en su ruidosa motocicleta. Se limitó a sonreír y me dijo que volveríamos a vernos, y condujo por la carretera y se alejó del pueblo, iluminando la oscuridad con los faros de su motocicleta como si fuera una estrella cada vez más pequeña hasta desaparecer tras la curva. De todos modos, no volveré a verlo.

“Cecilia”, lanzo una piedra más grande que golpea los postigos y resuena en el silencio de la calle. No tengo valor para llamar a su puerta si no está. ¿Qué les diré a sus padres?

La puerta de madera cruje al abrirse y veo su silueta acercándose a mí. Creo que lleva una bata. Se ata el cinturón a la cintura.

“Cecilia, ¿estás bien?” Intento abrazarla en la oscuridad, pero ella retrocede.

“Casi me atrapan”.

“Lo siento.”

“Tuve suerte de tenerlo conmigo. Fingimos que éramos pareja. Me abrazó y, aunque sospechaban de nosotros, al final nos dejaron marchar. Habría estado en sus sótanos si él no se hubiera unido a mí”. Se mantiene alejada de mí.

“No quería que acabara así, pero tenemos que hacer todo lo posible para detener la guerra”, digo y oigo aullar a los chacales fuera de la aldea.

“Eres tan ingenua. ¿Crees que esa pintura tuya cambiará algo?”.

“Quizá si hubiera más mujeres como nosotras, cambiaría algo”.

“Las mujeres nunca han cambiado nada”, afirma. “Y creo que no deberíamos hablar más de lo que pasó. Incluso en nuestro pueblo hay gente que apoya a los fascistas”.

“¿Seguimos siendo amigos?” Le tiendo las manos.

“Seguimos siendo amigos”, responde a mi súplica, y siento sus cálidos dedos sujetando los míos.

“¿Te abrazó?” Trato de cambiar el tema.

“Sí, tiene brazos fuertes”. Veo sus dientes blancos brillar en la oscuridad mientras sonrío y describe cómo él se inclinó y la besó delante del agente de policía que los observaba con suspicacia.

También quiero contarle cómo me escapé y cómo volví al pueblo. Pero ella no preguntó, y sé que de todos modos, nunca volveré a ver al motociclista.



“Buenos días”, me dice un par de días después. No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva esperándome en el callejón cercano a mi casa, pero cuando abro la puerta que da a la calle, lo veo apoyado en su motocicleta roja y sonriendo amablemente a los vecinos que lo espían a través de sus ventanas.

Me quedo de pie junto a la puerta, al final de las escaleras de piedra que conducen al callejón, y pienso qué hacer. Lucho momentáneamente contra el impulso de volver a entrar y cerrar la puerta tras de mí, pero entonces levanto la barbilla y camino hacia él. Intento acentuar mis curvas bajo mi sencillo vestido.

“Me olvidé de tu nombre”, camina hacia mí y sonrío. Parece demasiado avergonzado para extender la mano y estrechársela, como si temiera que fuera demasiado formal. Pero paso de largo, fingiendo que no me he dado cuenta. Su nueva motocicleta roja brilla al sol de la mañana y destaca en comparación con un viejo auto de madera aparcado en la calle.

“¿Has viajado desde Roma solo para saber mi nombre?”. Sigo caminando hacia la plaza del pueblo mientras él camina a mi lado. Lleva la cazadora de cuero que me ofreció el otro día y, a la luz del día, intento mirarle a hurtadillas y examinarle la cara. Es más alto que yo y su tez es ligeramente más clara que la mía. Su pelo negro es hermoso y pulcro, peinado hacia atrás con gomina como si hubiera salido de una revista; el viaje en motocicleta desde Roma no parece haberle hecho mella. Quizás visitó la barbería del pueblo antes de situarse en la puerta de mi casa. Sus mejillas también están pulcramente afeitadas.

“Quería asegurarme de que has llegado a casa sana y salva. Era tarde cuando te fuiste esa noche, y sí, también quería preguntarte tu nombre. No me dijiste qué es”. Sigue caminando a mi

lado. Mientras caminamos uno al lado del otro, intento oler su aroma, el que respiré hace solo un par de noches, cuando me abracé a su cintura en la moto. Pero estamos demasiado lejos y no puedo.

“Me llamo Francesca”, susurro, asegurándome de que no lo oye. “Y estoy bien, gracias”, continuó caminando.

“¿Puedo llevarte a tomar un café?” Sigue caminando a mi lado. Probablemente no le dijo a su familia que iba a reunirse con un aldeano.

“¿Por qué has venido aquí?” Me detengo y me vuelvo hacia él, mirándole a los ojos oscuros.

“Me gustaría invitarte a un café”, me sonrío.

“No soy como tu familia”.

No soy mi familia”.

“Esto no es Roma. Este es un pueblo pequeño”.

“¿Y en este pueblecito no hay cafeterías?”.

“Un pueblo pequeño no tiene tiendas lujosas como Roma, y el café de aquí es sencillo a diferencia de los lujosos de Roma. Aquí no tenemos familias ricas como en Roma; todas esas familias ricas que tienen teléfono en casa y dinero para comprar motocicletas ruidosas que apestan el aire con gasolina”.

“Así es, tienes razón”, deja de sonreír, “en Roma, las mujeres tienen modales. Si alguien se ofrece a tomar un café a una mujer en Roma, ella dice “gracias” y se toma un café. A veces está bien conocer a alguien solo porque es interesante, aunque no sea como todos los ricos de Roma”. Se da la vuelta y empieza a caminar por el callejón hacia su motocicleta.

“Francesca”. Me llamo Francesca”, grito e ignoro a una anciana que pasa por el callejón tirando de una yegua cargada de leña para el invierno.

“Encantado de conocerte, Francesca”, responde sin mirarme y sigue caminando hacia su motocicleta.

“Y no voy a ir a Roma contigo”, le grito a su espalda. En un momento, desaparecerá al doblar la esquina. “¿Y cómo te llamas? ¿Qué clase de familia tienes en Roma?”. Empiezo a seguirle.



La foto vieja

Septiembre de 2021, Kiev, Ucrania

Anna

Francesca Morelli. Esas son todas las palabras que logro leer en ese idioma extranjero escrito en la parte trasera de aquella foto vieja de la mujer. Probablemente, el resto de las palabras indican el nombre del lugar y la fecha: noviembre de 1940.

Camino desde la casa de la abuela Mariusha hasta el metro para tomar el tren que me llevará a la residencia de estudiantes. Subo la cremallera de mi chaqueta de cuero rosa para protegerme del viento otoñal y vuelvo a mirar la foto en blanco y negro. La mujer de la foto está de pie junto a la motocicleta. Tiene el pelo largo y negro, y me está sonriendo, o más bien a la persona que le hizo la foto hace muchos años. Lo devolveré mañana cuando vuelva a visitar a la abuela. La abuela no tiene por qué saber que la tomé, aunque me había pedido que volviera a poner la caja de madera en su sitio.

Mientras espero el tren en la estación de metro, vuelvo a sacar la foto del bolsillo y la miro. No puedo identificar la plaza ni los edificios circundantes. No parece ser ningún edificio de Kiev que conozca. Vuelvo a darle la vuelta a la foto, pero no consigo entender lo que está escrito, la fecha tampoco me sirve de ayuda. El chirrido del ferrocarril me aparta de la mujer del vestido color crema de la foto y me apresuro a subir al vagón de metro.

“Creo que es italiano”, dice Natasha, mi amiga de la infancia y compañera de piso, mientras nos sentamos en la cafetería de la universidad a tomar café. “¿De dónde has sacado esta foto? Es vieja”. Lo gira una y otra vez, mirando a la mujer.

“La encontré por ahí. No tiene importancia”. Le quito la foto y me la vuelvo a meter en el bolsillo.

“Espera, déjame mirar otra vez”. Extiende la mano y se la doy, la observa de nuevo.

“Espera aquí”, dice y se levanta. Luego desaparece por el pasillo antes de que consiga detenerla, dejándome sola en la mesita con dos tazas de café y una pila de libros de química.

Me recuesto en la silla de plástico, tomo un cigarrillo del bolsillo de la chaqueta y lo enciendo con mi mechero plateado. No debería haberla dejado irse con mi foto.

Al cabo de un rato, vuelve y lo coloca sobre la mesa de formica.

“No encontré a nadie que hablara italiano, pero me dijeron que no era una motocicleta rusa”, anuncia mientras se sienta a mi lado.

“¿Quiénes son?”

“Encontré a dos entusiastas de las motocicletas en la facultad de ingeniería mecánica; toda su habitación está cubierta de planos de máquinas. Dijeron que era una motocicleta antigua, de antes de la Segunda Guerra Mundial, quizá alemana o italiana”. Toma la foto y me la devuelve. “Tiene sentido, tomando en cuenta el año”.

“Yo también creo que es italiana”, le quito la foto a Natasha y vuelvo a examinar la letra.

“¿De dónde es esta foto?” Enciende un cigarrillo y me mira.

“La encontré en casa de la abuela Mariusha, en una vieja caja de madera con todo tipo de medallas de la Gran Guerra Patria”.

“¿Tu abuela luchó en la Gran Guerra Patria?” Dice riendo “¿La abuela de los dulces *Oludashkis*?”

“Nunca me habló de ello”, respondo incómoda. Desde que éramos niñas, Natasha solía venir conmigo al pequeño apartamento de la abuela después de jugar en el jardín. Habíamos esperado pacientemente en su pequeña cocina las tortitas dulces que nos serviría.

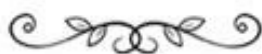
“¿Te dijo quién es esa mujer? No se parece a ella”.

“No es ella la de la foto, pero no me habló de la mujer que aparece en ella”. Intento examinar de cerca la foto, fijándome en el pelo oscuro y rizado de la mujer.

“Quizá la abuela Mariusha estuvo en Alemania o Italia antes de la guerra”.

“No creo que haya viajado nunca fuera de Rusia o Ucrania”, le respondo. “Me lo habría contado, aunque no suele contarme muchas cosas”. Me enciendo otro cigarrillo.

“Esta foto debe ser importante para ella si la guarda con las medallas de guerra”. Natasha me sonrío y echa humo por los aires.



“Abuela, soy yo” llamo a la puerta de madera gris al día siguiente. Su entrometida vecina vuelve a mirarme boquiabierta desde el final del pasillo, pero yo le sonrío y, con expresión indiferente, saco un cigarrillo, encendiéndolo justo delante de ella.

Murmura algo sobre la generación más joven y cómo ya no respetan a nadie, y luego desaparece en su apartamento, cerrando la puerta que tiene detrás.

“¿Anuchka?” Oigo los pasos de la abuela tras la puerta de madera y me apresuro a apagar el cigarrillo.

“Sí, soy yo. ¿Cómo estás?”. Le sonrío y, tras entreabrir la puerta, me aprieta contra su pecho grande y reconfortante.

“¿Tu madre te envió de nuevo?” Se dirige a la pequeña cocina y enciende la tetera.

“Sí”, le miento. Le dije a mamá que tenía que quedarme en la residencia y estudiar para un examen.

“Ella no tiene porqué enviarte. Puedo arreglármelas sola”. Pone la tetera en el fuego y busca una cerilla.

“Abuela, ¿has estado alguna vez en Alemania?”. Me pongo a su lado y le ofrezco la caja de cerillas.

“¿Por qué querría ir a Alemania?”. Me mira fijamente. “Odio a los alemanes. Enviaron al ejército de Hitler a matarnos”. Sostiene la cerilla encendida con mano temblorosa y enciende el gas.

“¿E Italia? ¿Has estado en Italia?”

“¿Por qué iba a ir a Italia? ¿Qué tiene de malo Kyiv?” Apaga la cerilla antes de sacar las tazas de té de cristal que guarda en el pequeño armario sobre el mostrador. “¿Por qué preguntas?”

“Por nada”. Tanteo con los dedos la foto metida en el bolsillo de mi chaqueta. “Pensé que quizá te habías ido de viaje a Italia o a algún otro sitio”. Quiero preguntarle quién es Francesca, pero me da vergüenza. Probablemente se enfadará porque tomé la foto.

“Anouchka...” Coloca los vasos en la encimera mientras esperamos a que hierva el agua. “Hace años era imposible ir a Italia o a cualquier otro sitio. No se parece en nada a la actualidad,

ahora la gente puede subirse a un tren o a un avión e ir adonde quiera. Cuando los comunistas estaban en el poder, el funcionario del partido soviético tenía que proporcionar a la gente un permiso de viaje formal. Había que explicar por qué y adónde viajábamos. Solo podíamos salir si el funcionario nos lo permitía. Él tenía que rellenar los formularios que luego se inspeccionaban en la estación de tren, confirmando que efectivamente se te permitía comprar un billete de tren”, suspira. “Sin un permiso adecuado, no se podía ir a ninguna parte”.

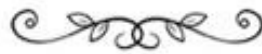
“Y antes de la Gran Guerra Patria, ¿no querías viajar?”.

“Los soviéticos ya estaban aquí antes de la Gran Guerra. Me enviaron a trabajar a la gran fábrica de tractores de Stalingrado, en Rusia”. Apaga el fuego y vierte el agua caliente de la tetera en los vasos. “Yo era una joven de tu edad. Nadie le preguntaba una chica de dieciocho años qué quería hacer. Solo fijaron una cuota de mujeres que tenían que trabajar para la Madre Rusia”. Le tiembla la mano mientras remueve suavemente el té. “Pero eso fue hace mucho tiempo. Gracias a Dios que Stalin murió”, me sonrío.

“Gracias”. Sostengo la taza de té caliente y soplo sobre ella.

“Sabes, Anuchka”, me sonrío mientras nos sentamos en el pequeño sofá de flores de su salón. “Una vez, hace muchos años, una vez terminada la guerra, cuando volví a la granja colectiva de mi infancia, pensé en Italia y en Roma. Pero fue hace mucho tiempo. Tenía que trabajar en la granja y encontrar un buen marido. Hoy en día es muy diferente”. Da un sorbo a su té, sin inmutarse por el calor del líquido.

Quiero preguntarle por qué ha mencionado Italia y Roma, pero me da vergüenza. Seguimos sorbiendo nuestro té en silencio. Si vuelve a dormirse, volveré a poner la foto de la mujer junto a la motocicleta en la caja de madera.



El vestido blanco

Noviembre de 1940, Roma, Italia

Francesca

“Francesca, por favor, sonríe”, me dice, pero yo desvío la mirada. No debí dejar que me trajera a esta ciudad.

La plaza que nos rodea está abarrotada de gente que mira las magníficas esculturas, habla en voz alta y saca fotos de las fuentes de mármol y los edificios circundantes.

“Francesca”, me vuelve a llamar, pero yo me quedo parada junto a la motocicleta y me niego a mirarlo, no quiero que vea mis lágrimas. Hay varios soldados entre la multitud abrazando fuertemente a sus novias, como si quisieran tomar una foto mental de su viaje a Roma.

“Francesca, ¿qué pasa?” Oigo su voz por encima de los vehículos que circulan por la plaza, tocando el claxon en la concurrida carretera. Está a unos pasos, sostiene una cámara y apunta en mi dirección. No debí haber venido a Roma con él. No debí haberme encontrado con él otra vez. No debí haberle dicho mi nombre.

Un par de días después de haberme visitado en el pueblo, vino otra vez. Caminamos por los campos de los alrededores, paseamos entre viejas avenidas de cipreses y charlamos. Siguió viniendo, repetidamente, intentando convencerme de que fuera con él a Roma. Así que hemos estado recorriendo las calles de la ciudad desde por la mañana. Me enseñó las callejuelas de la ciudad y sus magníficas plazas y esculturas rodeadas de parejas enamoradas. Lo abracé mientras íbamos en su motocicleta y apartaba la mirada cada vez que pasábamos junto a un policía o un camisa negra, temiendo que me reconocieran de algún modo.

“Francesca, sonríe”, me dice. Las palomas vuelan a nuestro alrededor, y veo a un soldado que le compra a su novia una bolsita de granos de maíz al anciano de la plaza. Las palomas vuelan cerca de ella, batiendo las alas mientras se ríe.

“No.” Miro al soldado que se gira para besarla. ¿Por qué quiere hacerme una foto? ¿Se olvidará de mí mañana?

“Francesca, estoy tomando una foto.”

“¿Qué somos?” Empiezo a caminar hacia él y baja la cámara.

“¿A qué te refieres?”

“¿Qué somos?” Lo miro fijamente a sus ojos oscuros. ¿Cuándo dará marcha atrás y me dejará?

Emanuel deja de sonreír y da un paso adelante; puedo alcanzar a oler su aroma. Mientras conducíamos la motocicleta hasta aquí, cerré los ojos mientras le abrazaba y lo olía, intentando memorizarlo a él y el olor de su chaqueta de cuero en mi mente. Susurré su nombre una y otra vez, sintiendo cómo las palabras rodaban por mis labios.

“Estás conmigo”, dice, intentando acercarse, pero doy un paso atrás.

“No estamos juntos. Tú eres de aquí y yo soy de allá”.

“No hay más aquí y allá. Estamos en la misma Italia”.

“Siempre hay un aquí y un allá, y estamos en una Italia fascista en guerra. ¿Olvidaste cómo nos conocimos? Nunca estaremos juntos”. Veo de reojo al soldado y su novia alejándose tomados de la mano.

“Tienes razón”, continúa mirándome. “Tú eres de allá y yo soy de aquí, y quizá haya una guerra, y quizá nunca estemos juntos”. Habla despacio, y mis ojos se humedecen. Miro hacia

abajo aunque tengo que seguir mirándole. “Pero sé una cosa”, acorta la distancia que nos separa y me abraza, acerca sus labios a los míos y empieza a besarme apasionadamente.

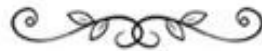
Al principio, me toma por sorpresa y lo alejo de mí. Pero Emanuel me abraza con fuerza mientras sus suaves labios rozan los míos. Me besa suavemente, a diferencia de sus brazos que rodean firmemente mi cuerpo mientras me acaricia la espalda. Abro ligeramente la boca y dejo que nuestras lenguas se toquen antes de soltarme de sus brazos y darle una bofetada.

“¿Qué somos?” Le miro y respiro agitadamente, todo mi cuerpo está ardiendo. Me alejo un paso de él y le miro a los ojos, deseando que intente besarme de nuevo. ¿Me dejará después de ese beso?

«Solo sé una cosa», jadea y me agarra con fuerza ambas manos, impidiendo que vuelva a abofetearle. “Sé que eres mi chica”.

“Vale”, le sonrío y dejo que siga agarrando mis manos. Me gusta el tacto de sus manos contra las mías. “Ahora puedes hacerme una foto”.

Pero, cuando me paro junto a su motocicleta, me arreglo el vestido y miro en su dirección, oigo algo fuerte que viene del cielo. Una gran formación aérea de militares italianos sobrevuela lentamente la ciudad. Aunque la multitud mira al cielo y vitorea, me aseguro de dirigir mi mirada a Emanuel y sonrío para la cámara. Lo único que noto es la sombra gris de los aviones moviéndose momentáneamente por la plaza.



Una lluvia de finales de octubre baña las casas rojizas de Roma, pintando las paredes de un tono más oscuro en esa tarde nublada. Nos vemos obligados a escondernos de la lluvia bajo un pequeño toldo en una de las calles.

“Emanuel, detente. No soy ese tipo de chica” le aparto la mano cuando intenta acariciarme el cuerpo a través del vestido, tocándome brevemente los pechos. Aunque de vez en cuando sí soy ese tipo de chica.

“Francesca, me gusta sentir tus preciosos labios”, me susurra mientras sus manos siguen revoloteando por mi vestido, subiendo hasta mi pelo y mi nuca, y luego juntando nuestros labios para darme otro beso.

Llevamos varios meses reuniéndonos de vez en cuando en Roma. Paseamos por las calles y miramos los cafés. La guerra contra Inglaterra declarada a principios de verano apenas se menciona en los periódicos ni en los noticiarios de cine. Sin embargo, pasa un repartidor de periódicos anunciando que la aviación alemana está bombardeando Londres sin piedad. La gente del pueblo dice que pronto Inglaterra se rendirá y la guerra habrá terminado. Pero, mientras tanto, cada vez que consigo llegar a Roma para reunirme con Emanuel, veo que la ciudad sigue igual. La única diferencia es que los cafés parecen estar casi vacíos.

“Aquí no” suelto una risita y lo arrastro a un callejón lateral, sin hacer caso a un hombre mayor que pasa a nuestro lado y nos mira con reproche. Tal vez tengamos algo más de intimidad en el callejón, y tal vez incluso encontremos algún refugio de la lluvia.

De vuelta a casa, al caer la noche, pienso en sus labios tocando los míos. Me sonrojo en la oscuridad, avergonzada por la sensación en el fondo de mi estómago. Pero no le permití que me

tocara ahí abajo, ni siquiera cerca. Solo las parejas casadas pueden hacer estas cosas.

“Me gusta oler tu pelo”, Emanuel me aprieta contra la pared del edificio del callejón y vuelve a besarme. Deslizo las manos bajo su chaqueta de cuero y acaricio su piel, sintiendo sus cálidas manos tocándome a través de mi empapado vestido.

No le he hablado a nadie de él, ni siquiera a mi madre, a pesar de que llevamos saliendo varios meses. Sé que las mujeres del pueblo cotillean a mis espaldas cada noche que volvemos en su motocicleta de Roma. Pero no me importa. Me despido rápidamente de él y me apresuro a entrar en mi casa, esperando la próxima vez que nos veamos. No es el momento de enamorarse, no mientras estemos en guerra, aunque sea lejos, en Londres o en el desierto africano.

“Emanuel, no”. Jadeo y muevo su palma mientras acaricia mi mejilla húmeda y empieza a moverse lentamente desde mi cuello hacia abajo por mi vestido mientras empiezo a jadear.

“Tenemos que volver”, susurra.

“Sí, deberías llevarme de vuelta. Se hace tarde”. Me separo de la pared y tomo su mano. Empezamos a caminar hacia su motocicleta, que está estacionada en una de las calles.

La lluvia sigue cayendo, y las calles están casi completamente vacías, y sin embargo, me fijo en dos trabajadores con uniformes azules que cuelgan un nuevo cartel en el tablón de anuncios de una pequeña plaza. Me acerco y miro las letras negras.

“Francesca, vamos, nos estamos mojando”. Emanuel intenta tirar de mi mano, pero yo sigo sin moverme y leo las letras en el papel blanco que ahora está mojado por la lluvia. “Francesca, ¿qué estás haciendo?” Vuelve y se pone a mi lado.

“Nadie se alistará en su ejército”, despego el papel mojado con las uñas, destruyendo las letras negras que anuncian un reclutamiento general de todos los hombres de entre dieciocho y treinta y cinco años.

“Es peligroso. Tienen sus propios policías en las calles”. Intenta agarrarme la mano.

“Si el Mr. Mussolini quiere, puede ir a la guerra con Mr. Hitler tomados de la mano. Pero no reclutará soldados italianos”. Mis dedos siguen rasgando el cartel. “Asegúrate de que no viene nadie”.

“Eso no cambiará nada”.

“Lo hará. Ya te he dicho que no iba a rendirme”. Miro con satisfacción el cartel roto.

“Las Oficinas de Guerra que envían soldados a la batalla siempre ganan”.

“Vencieron a mi padre, pero no me vencerán a mí. No me detendré. Puedes esperarme junto a la motocicleta”. No debo pensar en mi padre. Ahora estoy con Emanuel.

“¿Qué le pasó a tu padre?” Se queda a mi lado.

“Vinieron por la noche y se lo llevaron para interrogarlo”, arranco más papel; se me humedecen los ojos. “Y luego dijeron que había tenido un accidente de auto en Roma y que no habría investigación policial”. Pateo lo que queda del cartel con mis zapatos mojados, ignorando el dolor.

“Siento mucho lo de tu padre”. Sus brazos me rodean por detrás, abrazándome mientras sigo destruyendo el cartel, tirando los trozos al pavimento mojado.

“Acaban de traerlo en un ataúd”. Las lágrimas corren por mis mejillas, mezclándose con las gotas de lluvia.

“Lo siento mucho”, sigue abrazándome y no intenta detenerme mientras continúo destrozando el cartel hasta dejarlo completamente ilegible.

“Al menos puedo detenerlos de alguna manera”, me limpio las lágrimas con la palma de la mano, mirando los restos de papel de la calle.

“No podemos detenerlos. Ya es demasiado tarde”, susurra.

“Vámonos de aquí”. Le devuelvo el abrazo mientras caminamos por la calle vacía. Todos huyeron de la lluvia. Acaricio sus fríos dedos apoyados en mi hombro e intento relajarme. ¿A qué se refería cuando dijo que era demasiado tarde?

“¿Qué querías decir?” le pregunto mientras seguimos caminando.

“¿Con respecto a qué?”

“¿Por qué dijiste que era demasiado tarde?” Me detengo. ¿Qué intentaba decirme?

“Es demasiado tarde. También han estado enviando cartas por correo”, dice en voz baja, y siento el peso de su palma sobre mi hombro.

“¿Qué significa eso?” vuelvo a preguntarle y me giro hacia él apartándome el pelo negro mojado de los ojos. También tiene los ojos enrojecidos por las lágrimas. ¿Qué enviaron por correo?

“No importa, vamos”. Empieza a caminar hacia la motocicleta aparcada al otro lado de la calle, cubierta con una lona.

“¿Me estás ocultando algo?” Alzo la voz.

“Me lo enviaron por correo”. Se detiene y se da la vuelta, con su corto pelo negro brillando bajo la lluvia.

“¿Quiénes son?” Pregunto, aunque ya sé la respuesta.

“Ellos”. Hace un gesto con la cabeza hacia el cartel rasgado del tablón de anuncios, ya lejos de nosotros.

“¿Te están reclutando?” Mis sienes empiezan a latir con fuerza. Oigo tambores de desfiles interminables de soldados, como los que veo en los noticiarios del cine antes de que empiece la película.

“Sí”, se limita a sacudir la cabeza y parece encorvarse.

“Llévame de vuelta al pueblo”, paso rápidamente junto a él.

“¡Francesca, basta! Estamos en guerra. Sabíamos que iba a pasar”. Intenta agarrarme la mano y detenerme.

“¿Por qué no me lo dijiste? Llévame de vuelta a mi pueblo. Fue mala suerte que te conociera”, le grito, golpeándole el pecho con la mano libre.

“No fue mala suerte. Me alegro de que te subieras a mi motocicleta”. Me abraza con fuerza. Tiene los ojos húmedos de lágrimas o de lluvia, ya no lo sé.

“No debí hacerlo, nada bueno salió de ese día. No debería haber venido a tu ciudad. Odio este lugar”. Le grito a través de las lágrimas y las gotas de lluvia. Aparto mis manos de las suyas y camino lo más rápido que puedo hacia la motocicleta, quitando rápidamente la cubierta de lona y luego pateando la rueda de goma. Pero la motocicleta solo se mueve ligeramente y no se cae. Le doy otra patada.

“No voy a llevarte de vuelta al pueblo. Te llevo a conocer a mi familia”. Toma la lona mojada de la acera, la vuelve a colocar en la motocicleta, cubre el asiento e intenta abrazarme, aunque yo me resisto.

“No vengo a conocer a tu familia. Soy una chica sencilla de un pueblo al sur de Roma. Nunca me aceptarán. También son fascistas. Me dijiste que sí”, vuelvo a zafarme de su abrazo y

empiezo a alejarme. Encontraré la estación de autobuses. Estaré bien aunque tenga que esperar aquí toda la noche bajo la lluvia. “No quiero verte más”, le grito, sabiendo que me arrepentiré.

“No si vas a ser mi esposa”. Le oigo gritar y se detiene en mi sitio. Me giro hacia él. ¿Por qué acaba de decir eso?

“¿Qué has dicho?” Le miro entre gotas y lágrimas.

“No si vas a ser mi esposa”. Se acerca a mí.

“No me casaré contigo”. Jadeo. No debo casarme con él. Es mala suerte. Él es de aquí y yo soy de allí.

“Por favor, Francesca, estamos en guerra. No tenemos tiempo que esperar”.

“Estás conmigo solo para pasar el rato, y ahora te vas a la guerra”, le grito.

“Te amo desde que me dejaste aquella noche a la puerta de la panadería y caminaste orgullosamente por la calle vacía”, me grita.

“No te amo. Eres de Roma”.

“Sí me amas”.

“Entonces proponlo”.

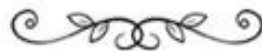
“Ven conmigo”, me toma de la mano y empieza a caminar hacia la calle principal. Y, cuando la lluvia comenzó a caer fuertemente, corrimos tomados de la mano. ¿Adónde me lleva? ¿Por qué no me propone matrimonio? “Espera aquí.” Me deja tiritando bajo un pequeño toldo y entra en una joyería.

“No me casaré contigo. Te alejarán de mí”. Lloro mientras él sale de la tienda y camina hacia mí bajo la lluvia.

“Francesca Albergo”, se arrodilla ante mí sobre el pavimento mojado. “¿Quieres ser mi esposa?”, dice mientras me presenta el anillo.

“Sí, mi Emanuel”. Me inclino hacia él y lo beso, poniéndolo en pie e ignorando el anillo. Quiere casarse conmigo, a pesar de que tengo un carácter terrible y a pesar de que me lo van a quitar.

“El anillo”, me susurra mientras beso sus labios y pongo mis manos sobre su pecho. No me importa el anillo, y no me importa si alguien nos ve por la calle.



“Dios te salve, María. Por favor, protege nuestro matrimonio”, junto las manos con fuerza y rezo en silencio frente a la puerta de madera de la cámara de la iglesia. Pronto alcanzaré la manilla metálica y abriré la puerta.

Todos esperan ya dentro, sentados en los bancos de madera. Emanuel también me espera al final del pasillo. Este es nuestro día. Miro el vestido blanco que cruje al moverse. A pesar de la guerra y del racionamiento anunciado hace unos meses, su familia encontró una costurera para coser este vestido de fantasía, y yo tuve que aceptar, aunque no quería. Quería llevar el vestido de mi madre, pero era demasiado sencillo para ellos. Esta iglesia también es mucho más grande que la que tenemos en el pueblo. Oigo sonar el órgano a través de la pesada puerta de madera. Tengo que salir, todos me esperan.

“Santa María, por favor, cuida de mi padre. Ahora está en los cielos. Anhele saber que está bien, que no dejaré que la venganza me consuma, dejando que mi corazón tenga un lugar para el amor”. Entrelazo mis manos lo más fuerte que puedo.

Respira, respira.

Emanuel es mi hombre, lo sé, aunque solo nos conocemos desde hace unos meses. Es el hombre con el que en unos minutos, ataré mi destino para siempre.

Es hora de irse. Agarro con la mano la pesada manilla metálica de la puerta, la abro y salgo al pasillo. Aparte de la melodía del órgano que resuena en el oscuro espacio cuya bóveda está llena de pinturas de la Virgen María y querubines, lo único que oigo es el sonido de mis pasos y el movimiento de mi vestido blanco.

Emanuel me había advertido de que ellos también estarían aquí, e intento no mirar a la gente sentada del lado de su familia.

“Te pido disculpas”, me había dicho hace un par de días. “Pero muchos miembros de mi familia le apoyan y creen que convertirá Italia en un imperio. Debo invitarlos. Si no, sospecharán”.

No tuve más remedio que aceptar, y ahora están sentados en los bancos de madera del lado derecho entre los miembros de su familia, destacando con sus uniformes negros, sentados en posición vertical. Sus ojos están fijos en mí, como si examinaran e intentaran leer mis pensamientos sobre ellos. Al menos se han quitado sus viseras negras en la casa de Dios y María, que me protegen desde los cielos. Me prometí no odiarlos más, y sé que mi Emanuel no se parece en nada a ellos. También sé que me ama. Me caso con él, no con su familia fascista. Tengo mi propia familia y mi pueblo. Mi mirada se desvía hacia el lado izquierdo de la sala, hacia los bancos de madera vacíos.

Solo han llegado mamá, Cecilia y algunas personas del pueblo. Me sonríen mientras camino hacia el altar. Roma estaba demasiado lejos para la mayoría de los habitantes del pueblo. Desde que el Duce envió al ejército a ocupar Grecia, hay racionamientos de combustible, y en las carreteras hay controles policiales que inspeccionan los documentos de identidad de los pasajeros, preguntan el motivo de su viaje y si es necesario. Pero eso no es importante ahora. Solo tengo que pensar en él. Me espera al final del pasillo, vestido de uniforme y sonriéndome.

Odio el uniforme que ha sustituido la chaqueta de cuero que solía llevar. Su peinado con copete está corto; pero no me importa. Supe que sería mi destino cuando dije que sí en aquel callejón de Roma, cuando nos prometimos que no tomaríamos parte en esta guerra mientras las noticias seguían llegando del frente.

Un paso tras otro, recorro el pasillo hasta situarme frente al sacerdote, al lado de mi Emanuel. Miro por última vez a la Virgen María pintada en la bóveda de la iglesia. Examino atentamente cómo extiende las manos en un gesto suave hacia mí. El órgano ha dejado de sonar y lo único que oigo es la respiración de los invitados y alguna tos al azar.

“¿Están listos para intercambiar sus votos?” Pregunta el sacerdote después de bendecirnos con la cruz mientras nos arrodillamos ante él.

“Sí.”

“Sí”, respondo en voz baja y miro un momento a Emanuel. Le dieron unos días de permiso en el campamento de entrenamiento. Su uniforme verde grisáceo, pulcramente planchado, me recuerda a los uniformes de los soldados alemanes que había visto varias veces en Roma. Al menos no han llegado a nuestro pueblo. Sonríe a mi Emanuel. En tan solo un momento, será mi marido. Superaremos esta guerra.

“Por favor, repite después de mí”, se dirige a él el sacerdote. “Yo, Emanuel Morelli, te tomo a ti, Francesca Albergo, como esposa. Prometo serte fiel en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad. Te amaré y te honraré todos los días de mi vida”.

“Yo, Emanuel...” Empieza a pronunciar las palabras sagradas, y oigo los tambores que suenan fuera, en la calle, su fuerte ritmo penetra los pesados muros de piedra de la iglesia, atravesando la puerta de madera cerrada.

“Es solo un desfile militar para nuevos reclutas”, susurra el cura, con la cruz aún en la mano, me sonrío alentador mientras Emanuel termina sus votos.

“Ahora, repite conmigo”, se dirige a mí el sacerdote. “Yo, Francesca Albergo, te tomo a ti, Emanuel...” Aún puedo oír el monótono sonido de los tambores fuera de la iglesia. El golpeteo de las botas militares contra el pavimento a un ritmo constante, como si hubieran cobrado vida propia.

“Yo, Francesca Albergo, te tomo a ti, Emanuel Morelli, por esposo”, alzo la voz, intentando superar el sonido de las trompetas que sacuden las vidrieras de la iglesia. “Prometo serte fiel en las buenas y en las malas”, hablo más alto, “te amaré y te honraré todos los días de mi vida”, casi grito, de rodillas, mirando a la Virgen María. Debe estar escuchándome.

“En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, los declaro marido y mujer”, dice el sacerdote en voz baja. La iglesia está completamente en silencio, ahora que el desfile ha pasado, pero los sonidos de sus pisadas aún resuenan en mi cabeza. Debería dejar de pensar en ellos.

La mano de Emanuel toca la mía cuando nos ponemos delante del sacerdote, y él me acerca, me besa suavemente y me susurra algo al oído. Aun así, no puedo oír sus palabras por encima de los murmullos de los invitados que están detrás de nosotros, y cierro los ojos e intento rendirme al suave contacto de sus labios con los míos. Es mi marido desde ahora y para siempre. Me abrazo a sus hombros, acariciando la vasta tela del uniforme, sintiendo cómo sus brazos me envuelven con fuerza mientras nos giramos para mirar a los invitados que se han puesto en pie y nos sonríen.

Como si fuera una orden, los miembros de su familia de Camisas Negras se ponen las viseras con el símbolo del partido fascista y se dirigen a la salida. Salen juntos, rodando como un montón de carbón entre las mujeres vestidas con elegantes atuendos.

“Hola, esposa mía”, me susurra.

“Hola, mi eterno esposo”, respondo y le sonrío entre lágrimas.

Caminamos lentamente por el pasillo, mientras los invitados nos observan desde ambos lados. Sonrío a las mujeres mayores de su familia, todas vestidas de negro, que susurran mientras ignoro sus frías miradas. Me da igual. Mi mano está en la de Emanuel mientras nos situamos en el centro de la iglesia, y las bendiciones sobre nuestras cabezas nos rodean.

“¿Nos vamos? Nos esperan fuera”, dice por fin, y cruzamos la iglesia vacía hacia la gran puerta de madera y la brillante luz del exterior.

“Larga vida al Duce”. Somos recibidos con un rugido en el mismo momento en que atravesamos el umbral de la puerta y pisamos los escalones de mármol que conducen a la calle.

En nuestro honor, los miembros de su familia de Camisas Negras se colocan en formación de dos columnas, frente a frente y marcando el camino fuera de la iglesia. Saludan *Sieg Heil*, creando un carril para que pasemos bajo sus manos levantadas, mientras los demás invitados se colocan detrás de ellos y aplauden.

Respira, respira, no grites.

Mi mano se estrecha en torno a la de Emanuel, que deja de caminar y me mira.

“Ven conmigo, mi bella esposa”, susurra y me conduce por los escalones de mármol hacia los Camisas Negras que saludan.

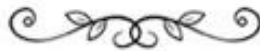
El sol otoñal emerge momentáneamente de entre las nubes, iluminándonos mientras Emanuel me arrastra rápidamente tras él entre la columna de manos alzadas. Mientras caminamos bajo su saludo nazi, nos encorvamos para no tocarles ni a ellos ni a la tela negra de su uniforme. Intento mirar hacia delante, fijándome en la sombra negra que pasa sobre el bello rostro de mi marido al pasar bajo ellas. Uno, tras otro, y otro.

“No digas nada”, susurra y tira de mí hasta el final de la fila de los Camisa Negra. “Saldremos de aquí en un segundo”.

“Viva nuestra futura Italia democrática”, grito en cuanto pasamos junto al último de ellos. Me pongo en pie y saludo, sintiendo cómo la saliva salpica de mi boca a un familiar suyo mayor, canoso y condecorado de camisa negra. No romperán mi espíritu.

“Francesca, ¿qué estás haciendo? Vamos”, Emanuel tira de mí hacia la motocicleta que nos espera al final de la calle. Me agarra de la mano y me arrastra ante la atónita mirada de sus familiares.

Solo cuando empezamos a conducir por las calles y le abrazo con fuerza, sintiendo su tosco uniforme, vuelvo a respirar y dejo que el viento me despeine, mientras intento superar las náuseas y las ganas de vomitar.



Nubes de tormenta

Italia, 20 de junio de 1941

El sol de una mañana de verano se filtra por la ventana de mi pequeño dormitorio, y yo, tumbada en la cama, miro al techo de madera, con cuidado de no despertar a mi marido.

Es mi marido desde hace varios meses, pero durante ese tiempo solo le he visto doce días. Cuando no estaba conmigo, estaba en el campo de entrenamiento al sur de Nápoles. A veces venía uno o dos días y luego volvía a marcharse, mientras yo anhelaba estar entre sus manos.

Levanto un poco la manta y miro su piel bronceada y su cuerpo tonificado por semanas de entrenamiento al sol. Examino la raspadura en su hombro derecho causada por la correa de su rifle.

Se mueve ligeramente, y lucho contra el impulso de acariciarle la espalda y despertarle, abrazar su cuerpo como hice anoche. Pero quiero que duerma un poco más. Necesita recuperar fuerzas. Mañana volverá a dejarme, solo que esta vez con otro destino. Su periodo de formación ha terminado. Nos queda un día más juntos.

Su uniforme planchado está perfectamente colocado en una silla de madera a un lado de la habitación. Su abrigo verde estaba colgado en el respaldo de la silla, y su rango de sargento se exhibía con orgullo. Un hijo de una renombrada familia de Roma no puede ser un simple soldado. Sus zapatos militares negros excesivamente lustrados le esperan a los pies de la silla.

“¿Qué haces, mi bella mujer?” Le oigo susurrar y siento su mano acariciando mi espalda.

“Tocarte”, me río y nos cubro a los dos con una fina manta de lana, me tumbo encima de él y empiezo a moverme con movimientos lentos.

Cuando vuelvo a despertarme y me quito la manta, encuentro a Emanuel de pie junto a la silla, metiéndose tranquilamente la camisa del uniforme en los pantalones.

“Te toca” dice, y yo sonrío.

“¿Adónde vamos?” Me siento en la cama.

“A Roma, a visitar a mi familia”.

“Dame unos minutos, me prepararé”. Me levanto y me dirijo al pequeño armario de madera colocado contra la pared del dormitorio. Elegiré mi vestido más bonito.

“Francesca, me pidieron que viniera solo.”

“¿Por qué?” Cierro la puerta del armario y me giro hacia él. *No creo que necesite elegir un vestido.*

“Por favor, no te ofendas, aún no están acostumbrados a ti. Están pasados de moda”. Se acerca a mí y doy un paso atrás.

“No me ofendo”.

“Por favor, Francesca. Volveré por la tarde. Dales tiempo para que te conozcan”, termina de abrocharse la camisa y vuelve a acercarse a mí.

“No hay problema”, me pongo rápidamente mi sencillo vestido de casa, paso junto a él, le doy un beso en la mejilla y me dirijo a la cocina.

“¿Qué haces? Me pregunta desde el dormitorio.

“Te prepararé café antes de que salgas”. Cierro de golpe el cajón de la cocina, ignorando que habían caído varias cucharas al suelo de piedra.

“¿Francesca?”

“Necesitamos leña para el horno. Saldré a buscar un poco”. Salgo de casa, cerrando la puerta de madera tras de mí. Bajo rápidamente los escalones de piedra y entro en la pequeña calle. Puedo sentir el tacto suave y fresco de los adoquines del pavimento. No me molesté en ponerme los zapatos cuando salí corriendo de casa.

Basta con dar un par de pasos para llegar a su fea motocicleta, que está estacionada en la calle, apoyada contra la pared de la casa. Con un cuchillo, apuñalo el neumático delantero con un movimiento feroz.

El aire que sale del neumático suena como una serpiente silbando. Clavé el cuchillo en el neumático, repetidamente, perforándolo, acuchillándolo.

“Francesca, ¿qué estás haciendo?” Grita, y la puerta de madera se cierra ruidosamente tras él.

“¡Ahora sabrán que tu mujer está loca!” Sigo cortando el neumático. “Hace doce días que tengo marido, y ellos te tienen a ti desde hace años. Si se meten con una simple chica de pueblo, ahora sabrán que también está loca”. Me enfrento a él.

“¿Cómo diablos voy a conseguir un neumático nuevo ahora?” Me grita, y yo le doy la espalda, extendiendo la mano hacia el neumático trasero de la motocicleta.

“Puedo conseguir que un burro te lleve a Roma y te traiga de vuelta”, respondo y alzo el cuchillo que tengo en la mano, preparándome para acuchillar también el neumático trasero. Sin embargo, me agarra con fuerza por detrás y me empuja lejos de su motocicleta. “Vamos, vete a Roma, vete con tu familia fascista, enséñales tu bonito uniforme”, grito e intento zafarme de su abrazo.

“Ya basta, mi bella esposa”, me abraza con fuerza y me susurra al oído. “Odio a los fascistas tanto como tú”.

“Te doy vergüenza. No debimos casado. ¡Debiste haber encontrado una chica rica que estuviera feliz de *Sieg Heil!*” Intento arañar sus dedos y liberarme.

“Siento no haber insistido en llevarte conmigo. Me equivoqué. Eres mi esposa. Para siempre. Estoy orgulloso de ser tu marido”. Me planta pequeños besos en la nuca y continúa abrazándome con fuerza, alejándome de su motocicleta roja. *¿Por qué estoy tan loca?*

“Lo siento.” Me limpio las lágrimas y respiro hondo, ya sin intentar liberarme de sus manos que me envuelven. Siento el calor de su cuerpo contra mi espalda. “Ve a Roma. Esperaré aquí”. *¿Por qué no puedo ser una mujer tranquila que guste a los hombres?*

“Aun si quisiera ir, ya no puedo. Quiero llevarte conmigo” suelta lentamente su agarre a mi alrededor, y yo suelto el cuchillo, oyendo cómo la hoja metálica golpea el pavimento.

“Vamos a buscar una gasolinera o un garaje. Puede que tengan un neumático para tu motocicleta”. Subo despacio las escaleras y vuelvo a entrar en casa. Tengo que ponerme los zapatos.

“Tu motocicleta, no la mía”. Dice y me doy la vuelta.

“¿Qué?”

“A partir de ahora, la motocicleta es tuya”, me mira.

“No la quiero. Es tuya”.

“La voy dejar aquí. Eres mi esposa. Quiero que te la quedes mientras no estoy”. Sube las escaleras y se pone delante de mí.

“No sé cómo montarla”.

“Yo te enseñaré”, me abraza de nuevo. “Encontraremos un neumático y te enseñaré a conducir”.

“Lo siento mucho”, susurro. “Tienes que visitar a tu familia fascista en Roma. Dame un minuto para ponerme los zapatos”.

“Lo siento, no tengo ese tipo de neumático”, responde el empleado de la gasolinera de las afueras del pueblo cuando Emanuel le muestra el neumático roto. “¿Qué le pasó?” Pincha el neumático destrozado con sus dedos engrasados.

“No nos dimos cuenta de que había un cuchillo en la carretera”, responde Emanuel sujetando mi mano. *No debí haberlo hecho.*

“No tengo neumáticos nuevos. El gobierno los envía todos al ejército”. Le entrega a Emanuel el neumático hecho pedazos. “Prueba en una de las granjas a las afueras del pueblo, quizá alguien tenga una motocicleta vieja”.

Le damos las gracias y nos alejamos por el camino que lleva a las afueras del pueblo y a las colinas.

Horas más tarde, nos detenemos a descansar bajo un roble. Ya hemos estado en varias granjas y nadie tiene un neumático. Nos tumbamos unos minutos a la sombra y le pongo la mano en el pecho, sintiendo su respiración entrecortada. Mañana me dejará otra vez.

“¿De dónde sacaste esta armónica?”. Saco una armónica sencilla del bolsillo de su camisa.

“La desde que era adolescente”, dice. Tiene los ojos cerrados y una brizna de heno sobresale de su boca.

“¿Puedes tocarla?”

“Solo una canción”. Sonríe, con los ojos aún cerrados, como si estuviera soñando.

“¿La tocas para mí?” Me siento sobre él.

“No”, se ríe y se levanta para besarme.

“¿Por qué no?” Intento resistirme a su beso.

“Porque solo la toco cuando estoy triste”. Consigue presionar sus labios contra los míos. “Y desde que te conozco, no he estado triste”.

“Te casaste con una loca”. Le devuelvo el beso. “Me disculpo por haber arruinado tu neumático y haber impedido que te despidieras de tu rica familia”. Sus manos empiezan a acariciar mi cuerpo.

Más tarde, nos tumbamos en la maleza y observamos una bandada de pájaros que aterriza en un campo cercano. Debemos levantarnos y seguir buscando un neumático.

“Toma mi armónica. Quédatala hasta que vuelva”. Me la entrega.

“¡Vete!” Me levanto y empiezo a perseguir a los pájaros en el campo. “Lárgate”, grito y les tiro piedras. Los pájaros despliegan rápidamente las alas y alzan el vuelo, desapareciendo tras el olivar de la colina.

“Francesca, ¿qué estás haciendo?” Vuelve a sentarse y me observa.

“No puedo soportar lo perfecto que parece todo”, camino por el campo vacío entre los amarillos tallos de grano, secándome las lágrimas de los ojos. “Esta agradable brisa, el silencio, los pájaros alrededor y nosotros dos tumbados aquí bajo el roble; todo ello sabiendo que mañana me dejarás”. Me acerco y me pongo a su lado. “Es demasiado placentero para mí, y no puedo dejar de pensar cuándo acabará”. Mis lágrimas siguen brotando. No me importa si me ve llorar.

“No llegará a su fin”. Se levanta y me abraza, pero los dos sabemos que miente.

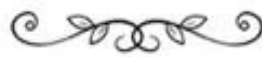
“Vámonos de aquí”. Finjo una sonrisa y le devuelvo el abrazo. “No quiero tu armónica.”

Guárdala para las veces que pienses en mí”. Lo beso y me prometo que no arruinaré las dos últimas horas que nos quedan juntos.

Conseguimos un neumático nuevo después del atardecer, y el pueblo está completamente oscuro cuando llegamos a mi casa.

“Está bien, mi Francesca. Te enseñaré a conducir la motocicleta en mis próximas vacaciones”. Coloca el neumático nuevo junto a la motocicleta roja, aún apoyada en el muro de piedra de mi casa.

“Ahora sé seguro que volverás”, le digo y le tomo de la mano mientras subimos las escaleras. Mañana se habrá ido.



Me prometí que no lloraría, y no lo haré. Al día siguiente le tomo de la mano con fuerza mientras caminamos hacia la pequeña estación de tren del pueblo.

Caminamos por la calle principal y, más allá de dos camiones y un caballo que tira de un auto, todavía algo lejos de la estación, oigo trompetas y tambores. Y a medida que nos acercamos, veo una orquesta a un lado de la plataforma, de pie y en filas rectas.

Van vestidos con sus uniformes de fiesta y tocan una marcha militar. El director, de espaldas a nosotros, da enérgicas instrucciones a los músicos, agitando las manos con entusiasmo. En el pequeño edificio de la estación colgaban banderas del partido fascista junto a las de la Alemania nazi, nuestro aliado en la guerra.

“Lea las últimas noticias”, grita el vendedor de periódicos, agitando un periódico, bajo una bandera roja con un círculo blanco y una esvástica negra en el centro. Su voz queda ahogada por el alboroto de la orquesta.

“Vamos”, dice Emanuel y me toma fuerte de la mano mientras caminamos hacia la estación, acercándonos a los soldados que ya han llegado. Inundan el andén con sus uniformes verdes y sus bolsas de lona, abrazando y besando a sus novios. Veo a Cecilia entre ellos, abrazada a su nuevo marido. También fue reclutado. Recientemente se han celebrado muchas bodas en el pueblo. Todas las mujeres que nos rodean abrazan a sus queridos soldados como si trataran de detener el tiempo antes de que suban al tren que les espera.

El tren ya está en la estación y las puertas de los vagones de pasajeros están abiertas de par en par. Uno a uno, los soldados comienzan a entrar, riendo y besando a sus chicas, posiblemente por última vez.

“Llévatela”, le digo a Emanuel y le pongo una foto en la mano. Es la que había tomado aquella vez en Roma cuando posé junto a su motocicleta. “Así, tienes algo por lo que recordarme.”

“Nunca te olvidaré”. Me abraza con fuerza y yo lo rodeo con mis brazos, tocando su rígido uniforme y su gran bolsa de lona.

“No lo hagas. Es peligroso, no te metas en el monstruo”, oigo gritar a alguien y giro la cabeza. Veo al loco Gabriel corriendo por el andén vestido con su sucio abrigo militar. Intenta

apartar a los soldados de los vagones que humean espesos vapores. “¡Fuera! El monstruo te comerá”, grita a un soldado que está a punto de entrar al vagón. Agita las manos en la cara del soldado, bloqueándole el paso. Pero el soldado se ríe de él y abofetea a loco Gabriel.

“Ignóralo. Está enfermo”, dejo de abrazar a Emanuel y grito al soldado. Empiezo a caminar en su dirección.

“¿Quién es?” Emanuel pregunta mientras me sigue.

“El loco de nuestro pueblo”, respondo mientras nos acercamos a Gabriel. “Ha sido así desde que yo era una niña”.

Pero un grupo de soldados se reúne a su alrededor, burlándose, y le arrancan el sombrero cuando intenta huir de ellos mientras agita las manos.

“No subas al tren. Es negro”, me grita por encima del sonido de las risas de los soldados. Le sigo con la mirada mientras corre por el andén y llega al edificio de la estación. Empieza a arrancar la bandera nazi. “La capa roja despierta al monstruo. La capa roja despierta al monstruo”. Grita mientras intenta sin éxito tirar de la bandera nazi.

“¡Gabriel, detente ya!” le grito desde lejos y empiezo a caminar en su dirección. Pero antes de que lo haga, dos policías se acercan y le golpean, derribándolo a patadas.

“Déjenlo en paz”, intenta agarrarme Emanuel de la mano, pero me suelto y corro hacia los policías, empujando a uno de ellos hacia atrás y poniéndome sobre Gabriel, jadeante. No conozco a esos policías.

“¿Quiénes son?” Uno de ellos me agarra del brazo y me empuja contra la pared del edificio.

“Ella está conmigo. Déjala de una vez”. Oigo la voz de Emanuel.

“No debe interferir en el trabajo policial”, responde el policía y sigue sujetándome con fuerza, inmovilizándome contra la pared de piedra. Mi pecho, forzado contra la dura piedra, arde mientras lucho por respirar. El policía me pellizca la nuca.

“Suéltala. Inmediatamente. Atención, soldado”. La voz de mi marido retumba, y los dedos sudorosos del policía sueltan lentamente su agarre sobre mí.

“Nos estaba molestando, sargento”. Me doy la vuelta y miro al policía que está en posición de firmes frente a Emanuel.

“Su trabajo policial ha terminado. Suéltalos”, dice Emanuel mientras recupero lentamente el aliento, intentando deshacerme de la sensación de sus dedos tocándome la nuca.

“Sí, sargento”, dice y empieza a alejarse. Miro al otro policía que se ha quedado atrás. Mi marido se interpone entre él y yo hasta que el policía cede y se marcha también.

“Debemos destruir al monstruo. Ver rojo por todas partes me hace daño a los ojos”, murmura Gabriel el Loco aún en el suelo. Le gotea un hilo de sangre por la nariz, tiene los ojos cerrados.

“El monstruo se irá pronto”, le digo mientras las lágrimas ruedan por sus mejillas. Necesito ayudarlo, pero tengo que irme. Debo despedirme de mi marido. Los soldados han empezado a subir al tren.

“Toma”, Emanuel saca un pañuelo limpio del bolsillo de su uniforme. Se arrodilla y lo pone en la sucia mano de Gabriel. “Tu nariz está sangrando”.

Gabriel abre momentáneamente los ojos y mira a mi marido. “Tengo el mismo uniforme”, dice y vuelve a cerrar los ojos, acurrucado en el suelo del andén.

“Lo siento”, le tomo la mano a Emanuel y nos alejamos. “Es el loco del pueblo. Seguro que hay locos en Roma”.

“Francesca Morelli, creo que nunca te he oído disculparte”. Se ríe y me acerca, besándome los labios. “No lo conviertas en un hábito. Y no hay locos en Roma, solo hombres que creen que

pueden gobernar el mundo”.

“Todos a bordo”, grita el revisor y hace sonar su silbato. La orquesta aumenta el tempo de la marcha militar. Rodeada por los soldados que pululan por el tren, le abrazo y le beso una vez más tan fuerte como puedo.

“Cuídate”, le digo y le tomo brevemente de la mano asomándome por la ventanilla. Extiende ambos brazos y me abraza. Me pongo de puntillas para alcanzarlo.

“Volveré pronto”, susurra cuando oímos el silbido de la locomotora.

“Si te pasa algo, vendré a rescatarte”. Empiezo a caminar junto a su vagón mientras el tren se pone en marcha.

“No me pasará nada, lo prometo”. Me agarra la mano y me veo obligada a echar a correr al sentir sus cálidos dedos sobre los míos.

“¿Prometes que volverás?” Sigo corriendo, abrazándole un segundo más.

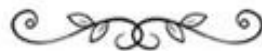
“Francesca Morelli, nada me impedirá volver contigo”, grita cuando nuestras manos se separan.

“Te estoy esperando. Vuelve conmigo”. Grito. Dejo de correr e intento recuperar el aliento, viendo cómo el tren se hace cada vez más pequeño al igual que su imagen y su brazo despidiéndose con la mano. El tren deja una nube negra en el cielo.

Solo cuando el tren desaparece tras las colinas y el humo negro se disipa en la brisa matinal, doy media vuelta y emprendo el camino de regreso.

La estación vuelve a estar en silencio. La mayoría de las mujeres y asistentes ya han abandonado la estación. Todos pasan junto al loco Gabriel, que sigue con los ojos cerrados y el cuerpo en posición fetal. Incluso los músicos de la orquesta empiezan a guardar sus tambores y trompetas.

“Esta mañana, el ejército alemán ha lanzado un ataque contra la Unión Soviética”, anuncia el vendedor de periódicos. Camina entre los músicos que quedan y agita el periódico sobre su cabeza. “Léelo, Mussolini felicita a Hitler por la guerra contra los bolcheviques y ofrece su ayuda”.



Mi Francesca. Sostengo la carta que me llegó por correo hace un par de días.

Estamos en un lugar pacífico y tranquilo, y a veces puedo imaginar que la guerra que nos separó no existe en absoluto. No puedo decirte dónde estoy. Aun así, puedo escribir que estamos rodeados de altas montañas cubiertas de nieve que se amontonó antes del invierno, y los árboles y lagos que rodean nuestro campamento parecen sacados de un país de hadas. Gracias a Dios que para nosotros la guerra no es más que un titular en un periódico, que de vez en cuando recibimos, y los aburridos vigías obligatorios. Pero uso todo mi tiempo libre para pensar en ti y en tu sonrisa. Te echo mucho de menos.

Camino lentamente por el callejón hacia la plaza del pueblo. Me visto con mi abrigo de lana para protegerme del frío y tengo cuidado de no resbalar en el pavimento que aún está mojado por

la lluvia de anoche. Han pasado seis meses desde que subió al tren aquel día de verano, y todo ha cambiado.

Los vientos invernales han sustituido a la cálida brisa estival, y la Navidad de este año es modesta. El abeto de nuestra fría casa está casi desnudo de adornos, y las calles no estaban decoradas con luces centelleantes como en años anteriores. Para colmo de males, la asignación para alimentos en la tienda de comestibles del pueblo es cada vez menor, a pesar de que necesito comer más. Estoy comiendo por dos.

Sonrí y acaricio mi vientre hinchado a través del vestido de lana. Puedo sentir su pataleo, como un suave aleteo en mi interior. Sé que es una chica. Santa María me susurró que tendré una hija. Pero aún no le he escrito al respecto. No quiero que se preocupe estando tan lejos.

En el callejón, veo un nuevo cartel fascista en el tablón de anuncios. Presenta a un heroico soldado con casco y fusil en la mano, asaltando al enemigo. Por un momento, me detengo y finjo mirar el cartel. A continuación, me quito los guantes con cuidado y me dispongo a despegar el cartel. Sin embargo, en un breve segundo, cambio de opinión y sigo caminando. Aunque probablemente los policías no patrullen las calles con tanto frío, no puedo arriesgarme.

No he visto al Loco Gabriel recientemente. Debe estar escondiéndose en algún lugar del frío. Una vez lo vi acurrucado dentro del pequeño cobertizo donde había escondido la motocicleta. Pero cuando intenté acercarme a él, empezó a llorar y salió corriendo.

No pude reemplazar el neumático de la motocicleta. Cuando llegó el invierno, tuve que meterlo en el viejo cobertizo que había junto a nuestra casa, cubrirlo con una lona y esconderlo junto a la pila de leña. Por suerte, lo hice hace unos meses, cuando no sabía que estaba embarazada. Ahora ya no podría esforzarme. A veces, los soldados llegan al pueblo y confiscan los caballos, enviándolos al ejército italiano que lucha en Rusia. También se llevan burros y los envían al extranjero, a los soldados del norte de África. A principios del invierno, los periódicos se jactaban de los nombres de las ciudades que los alemanes habían conquistado en Rusia: Minsk, Kiev, Odesa. Los titulares declaraban que los rusos estaban a punto de rendirse, pero desde Navidad los periódicos no habían mencionado el asunto y, según los rumores, los alemanes estaban en las afueras de Moscú y se retiraban debido a la intensa nevada y al ataque de los rusos. ¿Me está diciendo la verdad Emanuel, que no está luchando? No quiero que luche contra nadie, ni que conquiste ninguna ciudad. Solo quiero que vuelva a mí.

“Papá volverá pronto a casa”, le susurro al bebé en mi vientre mientras subo con cuidado las escaleras de la iglesia.

“Santa María”, me arrodillo ante su estatua, me persigno y miro hacia abajo. “Por favor, trae a Emanuel sano y salvo de vuelta a casa y acaba con esta tonta guerra. Por favor, dame una hija, no un hijo, para que nunca tenga que luchar”. Me detengo un momento y me acaricio el bulto, sabiendo que me está escuchando. “Santa María...” Cierro los ojos, pero los abro cuando oigo un crujido cerca.

Cecilia se acerca lentamente a mí, paseándose entre los bancos. Se arrodilla a mi lado, sonrío débilmente, se vuelve hacia la Virgen, se persigna y empieza a rezar.

“Santa María”, vuelvo a cerrar los ojos, cierro las manos con fuerza y miro hacia arriba. “Por favor, envía noticias del marido de Cecilia, que está en el campo de batalla. Hace meses que no sabe nada de él”.

Al terminar, miro la vela que he encendido y salgo lentamente de la oscura iglesia. Espero a Cecilia fuera. A pesar del viento invernal, disfruto de pie en la escalinata con vistas a la plaza casi vacía. El aire frío me ayuda a aliviar las náuseas, que todavía tengo de vez en cuando.

“¿Te ha enviado otra carta?” pregunta Cecilia cuando por fin sale de la iglesia, se pone a mi lado y se enciende un cigarrillo.

“No”, respondo, guardándome para mí el hecho de haber recibido una carta hace un par de días.

“¿Quieres uno?” Me ofrece un cigarrillo. Pero me niego aunque anhelo el sabor amargo. Fumar también me produce náuseas, y suelo cambiar mi ración de cigarrillos en el mercado por comida extra.

“¿Sabes algo de él?” le pregunto.

“No”, expulsa el humo al aire gélido.

“Tal vez recibas una carta hoy”.

“Sí, tal vez lo haga. ¿Vas a la oficina de correos?”

“Sí”, bajo lentamente los escalones de la iglesia y cruzo la plaza camino de la oficina de correos. Cecilia camina a mi lado.

El viejo empleado de la oficina de correos está sentado de espaldas a nosotros, observando las tiras de papel que salen de la máquina telegráfica con un tintineo estremecedor. Luego lee el texto, lo escribe en una nota, lo mete en un sobre y entrega el sobre cerrado al chico que espera junto a su mesa. “La familia Leto, ¿sabes dónde viven?”

“Sí”, dice el chico y sujeta con fuerza el sobre con ambas manos.

“Vete, rápido”. Le da una ligera palmada en la nuca al chico y este sale corriendo. Le sigo con la mirada, le veo cruzar la plaza y desaparecer en uno de los callejones.

“Francesca, Cecilia, ¿cómo están? Acérquense”. Nos sonrío y camina hacia la bolsa de correo apoyada en una pared lateral. Suspira, toma el saco de lona y vierte su contenido sobre la mesa de madera que hay detrás del mostrador. Cuando era niño, me daba un papel con un sello y me susurraba que me imaginara que alguien me enviaba una carta desde un país lejano. Sin embargo, ahora está ante mí, con el pelo blanco, encorvado, rebuscando en el montón de cartas, buscando la nuestra.

Mientras esperamos, miro la pizarra que cuelga de la pared y se cuentan las palabras de los telegramas. Hay un teléfono negro debajo de la pizarra, y un cartel con nombres de países y el coste de llamar a cada uno de ellos. Inglaterra, Egipto, Palestina y Estados Unidos fueron tachados con un grueso rotulador rojo. Son estados enemigos.

“Hay uno”, dice como para sí mismo y lo deja a un lado. Continúa revisando las cartas. Cecilia y yo nos acercamos un poco más al mostrador e intentamos identificar la letra, pero es difícil de descifrar desde donde estamos.

La máquina de telégrafo vuelve a funcionar y lanza una nueva tira de papel. Pero el empleado sigue hojeando las cartas hasta que termina de revisar todo el paquete. Solo entonces se acerca a nosotros, deposita la única carta sobre el mostrador y se vuelve de nuevo hacia la ruidosa máquina.

“Este es para ti”, me entrega Cecilia el sobre después de habérselo arrebatado de la mano extendida.

“Lo siento”, le digo y me lo guardo en el bolsillo del abrigo. Lo leeré más tarde cuando esté solo.

“Está bien”, se marcha de la pequeña oficina de correos.

“Cecilia, espera, vamos a tomar un café”. Voy tras ella y trato de caminar lo más rápido que puedo. Mi barriga está creciendo demasiado para mi comodidad.

“Seguramente recibirás una carta suya mañana o pasado, o dentro de una semana...”

“O tal vez no”, suelta mientras se aleja.

“Seguramente, recibirás una carta. Solo se está retrasando”.

“Sabes”, se detiene y me mira, “el norte de África, Libia o Egipto, o dondequiera que lo enviaran a luchar contra los británicos, no está tan lejos de aquí. Solo hay un desierto asqueroso y feo y una pequeña parte del mar Mediterráneo para cruzar de vuelta a casa. ¿Cuánto crees que tarda en llegar una carta?”.

“Él está bien”. Le pongo la mano en el brazo. “Está luchando en una guerra. En tiempos de guerra pasan cosas y las cartas se retrasan”.

“Sí, en tiempos de guerra pasan cosas”. Ignora mi mano sobre la suya, se da la vuelta y sigue caminando hacia el café de la plaza. “Algunos maridos son enviados de vacaciones a las montañas, sin hacer nada más que tareas de vigilancia porque son sargentos, y otros maridos son enviados a luchar en una guerra real contra el enemigo inglés en el desierto”.

No respondo y me siento a su lado en una de las mesas del café. Aunque es de madrugada, la cafetería está casi vacía. Excepto nosotros, hay un par de ancianos sentados en una de las mesas y jugando al ajedrez. El dueño del café se sienta junto a ellos y observa el tablero de ajedrez de madera y las piezas. Ni siquiera se molesta en levantarse y saludarnos. En cualquier caso, no tiene nada que ofrecernos. Hace tiempo que no recibe un café de Roma, y el expositor de pasteles que antes estaba lleno de bollería ahora está vacío.

“Hitler no puede con el invierno ruso”, dice uno de los jugadores mientras mueve la reina blanca.

“Hitler no se rendirá”, responde su oponente y mueve su caballo negro. “Terminará el invierno y volverá a atacar”.

“Tomamos el desierto del norte de África. Los británicos se rindieron en Tobruk”, asiente el dueño del café. “Ganamos cuando no es invierno”.

“¿Crees que mi marido está bien?”. Cecilia se enciende otro cigarrillo y me pregunta después de sentarnos un rato en silencio a verlos jugar.

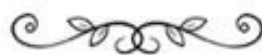
“Seguro que está bien”. Una vez más, pongo mi mano sobre la suya, que está apoyada en la mesa. “Ya los has oído”, intento sonreírle y miro a los hombres mayores que juegan al ajedrez. “Están en el desierto y ganando, aunque no hayas recibido ninguna carta”.

“Al menos no he recibido ningún telegrama del Gobierno diciéndome que es hora de ponerse un vestido negro”, sonrío y se seca una lágrima.

“No te preocupes, no recibirás tal telegrama. La única carta que recibirás será de él”. Le froto la mano y me quedo quieta, aunque quiero ir a casa y leer la carta de amor de Emanuel.

“Al menos no estoy embarazada. Si voy a ser viuda, mejor sin hijos”. Da una calada y dirige su mirada a los dos hombres y al dueño del café, que siguen jugando al ajedrez y analizando la guerra.

“Sí, si vas a ser viuda, es mejor no tener hijos”, respondo, mientras mi hija patatea suavemente en mi interior. En un par de meses, la abrazaré por primera vez y la besaré.



“No puedo más”, grito y muerdo el trozo de tela que la comadrona me había metido en la mano cuando todo empezó horas atrás. “Fuera...” Grito mientras tenía otra contracción. Sudo copiosamente, mojando mi vestido arremangado mientras permanezco tumbada con las piernas abiertas en la cama de mi diminuto dormitorio y grito de dolor.

“Empuja ya, ya”, me dice la comadrona, separándome las piernas con firmeza.

“No puedo...” Vuelvo a gritar y cierro los ojos, sintiendo la humedad entre mis piernas. Mis uñas se hunden profundamente en la mano del vecino que me sujeta. También está sudando con el calor del verano.

“Francesca, solo unos empujoncitos más”, susurra mi madre mientras me seca la frente con un paño frío. “Un par más...”

“Por favor, vete...” Grito.

“Vas bien, empuja otra vez”, le indica la comadrona. “Ve a por más agua y busca un abanico”, creo oírle decir. Tal vez se lo dijo a la joven que entró antes, se quedó junto a la puerta y me miró con cara de terror. Pero ya no estoy segura.

Respira, respira, respira.

Llevo horas tumbada en la cama, gritando con cada contracción. *¿Por qué no quiere salir? ¿Dónde está el médico?*

“Vamos, empuja. No pares ahora”, me anima la comadrona mientras me invade otra oleada de dolor y gimo y gruño.

“¿Está bien?” Creo que es mi madre preguntando.

“Está perfectamente, sigue empujando y no te rindas”. La comadrona se asoma entre mis piernas, forzándolas a abrirse.

“El loco de fuera dijo que no podían cruzar el puesto de control del pueblo vecino, así que no pudieron tomarle”, dice la niña cuando vuelve a entrar en la habitación con un cubo de agua y algunos periódicos en la mano. Asustada, me mira de nuevo y empiezo a llorar. El médico del pueblo fue reclutado por el ejército hace meses, y ahora no hay otro médico. ¿Por qué no quiere salir? Vuelvo a agarrar violentamente la mano de la vecina mientras me limpia el vientre con un paño frío.

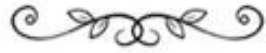
“¡Basta, sáquenla!” Grito. Toda la habitación parece girar a mí alrededor en una cacofonía de voces, dolor, sudor e instrucciones para empujar. Alguien me abanica un periódico en la cara. Hay más gritos, quizá míos; la cama se humedece entre mis piernas; miro fijamente el techo desconchado; las manos de alguien me abren las piernas a la fuerza; grito, chillo y gimo. Hay otra contracción y sudo aún más. De repente, todo queda en silencio y lo único que oigo o siento es el aire que sale del improvisado abanico. Respiro e intento levantar la cabeza, y silencio. ¿Va todo bien?

Entonces, oigo un pequeño gemido, pero un gemido al fin y al cabo. Llora. Duele mucho, pero ya no me importan ni el dolor ni las manos que me acarician. Mi madre me sonríe, y la chica de la puerta también sonríe avergonzada mientras da un par de pasos hacia mí.

“Es un niño”, me dice alguien acurrucando a un bebé calentito y húmedo sobre mi barriga. Se mueve mientras llora, y mis brazos lo abrazan, tocando la manta en la que estaba envuelto. Es tan delicado y pequeño, y es mío, nuestro. La mía y la de mi marido, que llegará pronto.

“Debería descansar”, oigo susurrar a alguien, luego un par de manos al azar me quitan a mi hijo y la puerta se cierra en silencio. Me tumbo de lado, mirando momentáneamente la pared desconchada, el suelo de terracota rojiza y los trozos de tela húmedos esparcidos por la habitación.

Pero antes de cerrar los ojos, leo los titulares del periódico que antes me servía para refrescarme. Los alemanes lanzaron un nuevo ataque contra la Unión Soviética. Mussolini enviará refuerzos italianos’.



El titular

Septiembre de 2021, Kiev, Ucrania

Anna

“Anuchka, ¿quieres más piroshki de cereza?”. La abuela extiende el plato cargado de pastelitos y me ofrece uno. Le sonrío, tomo otro y muerdo el dulce hojaldre espolvoreado con azúcar. Se agacha y coloca el plato sobre la mesita. Busco una excusa para hacerle más preguntas.

“¿Has leído el periódico?” Tomo el periódico del sofá. Los grandes titulares rojos anuncian una invasión inminente.

“¿De parte de los rusos? ¿Quieren invadirnos?” Se levanta y se dirige a la cocina. Seguro que está buscando algo más para que coma.

“Sí” digo mirando la colorida fotografía de una procesión de tanques rusos en la Plaza Roja de Moscú. “Durante la guerra, ¿estabas tan preocupada como ahora?”

“¿En la Gran Guerra Patria?” Pregunta desde la cocina.

“Sí.” Debería decirle que tomé la foto vieja, la que no tuve tiempo de devolver.

“Cuando empezó la guerra y los nazis invadieron el país, no sabíamos lo que estaba pasando. No teníamos televisión ni teléfonos para mantenernos informados en todo momento”. La oigo abrir el refrigerador. “Por aquel entonces, todos los periódicos pertenecían al gobierno. Solo imprimían lo que querían que supiéramos”. Pasa brevemente al salón y pone un tarro de mermelada sobre la mesa antes de volver a la pequeña cocina.

“Gracias”, digo y la sigo hasta la cocina para ver si necesita ayuda, pero sobre todo para poder seguir escuchándola.

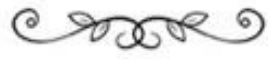
“Por aquel entonces”, sigue hablando la abuela, “trabajábamos turnos de dieciocho horas en la gran fábrica de tractores de Stalingrado. Había un enorme cartel de Stalin, el ‘Padre de las Naciones’, en la pared de la fábrica”. Dice despectivamente: “Los dirigentes políticos del partido decían que estábamos derrotando a los invasores alemanes”. Deja de hablar un momento. “Nos dijeron que no debíamos difundir rumores de que íbamos perdiendo, pero empezamos a montar tanques en lugar de tractores. Toda la ciudad estaba cubierta de sacos de arena contra los bombardeos aéreos, y creíamos que los alemanes no vendrían”.

“¿Y lo hicieron?” Doy otro mordisco al piroshki. ¿De dónde sacó esa vieja foto? La misma foto metida en el bolsillo de mi abrigo.

“Un día llegaron”, suspira. “Era un tranquilo domingo por la tarde. Era verano y recuerdo un sol cálido en las calles”. Me sonrío mientras empieza a fregar los platos. “De repente, sobrevolaron la ciudad como una enorme bandada de pájaros negros que oscurecían el cielo azul. Ese día, toda la ciudad fue bombardeada y ardió. Después de ese día, dejamos de creer a los líderes políticos del partido, que afirmaban que estábamos ganando y que todo iba bien”. Va al salón y toma el plato vacío de piroshki.

“¿Crees que nos invadirán? ¿Serían capaces?”. La sigo y vuelvo a mirar la foto del periódico, en la que aparecen los tanques rusos y sus cañones mirando al fotógrafo.

“No lo sé.” Deja de fregar los platos. “Pero sé una cosa”, me mira, “no creo en líderes y generales condecorados escondidos en sus lujosos búnkeres. No les importamos. Nosotras, las ama de casa, somos siempre las que pagamos el precio y las últimas en enterarnos”.



Un frente oriental tranquilo

Italia, otoño de 1942,

Un par de meses después del estallido de la ofensiva alemana de verano en Rusia

Francesca

“Lo siento, Francesca, hoy no tienes ninguna carta”. El viejo empleado de correos me sonrío con tristeza y le hace sonidos raros a Rafael, que está en mis brazos. Rafael está envuelto en una manta suave y un gorro de lana, está dormido y soñando. No sabe que hace meses que no recibo señales de vida de su padre. ¿Por qué no le dije que estaba embarazada?

“Gracias”. Echo un vistazo detrás de su hombro para ver si hay alguna bolsa de correo que se haya olvidado de abrir. Pero la mesa de madera del fondo del despacho está vacía.

“Los periódicos dicen que vencimos a los rusos en Stalingrado”, sonrío alentador.

“Sí, eso dice el periódico”. Le sonrío amargamente y acaricio la cabeza de Rafael. Ninguno de los dos cree en los periódicos.

“Si surge algo, te prometo que te lo haré saber”, dice, ignorando la teleimpresor que empieza a hacer un tictac monótono y a expulsar una tira de papel.

“Gracias”, me dirijo a la salida. No quiero que el chico de los telegramas aparezca en la puerta de mi casa, me entregue un sobre cerrado con una mirada de disculpa y se marche corriendo antes de que pueda abrirlo. De vez en cuando lo veo corriendo por las callejuelas y me meto en uno de los callejones, rezando para que no me descubra y me entregue un papel amarillo doblado. Cualquier cosa menos un telegrama como el que Cecilia recibió en pleno verano.

“Que tenga un buen día, cuide de su lindo bebé”. El viejo y encorvado empleado se levanta de su silla de madera y se acerca al teleimpresor. “Quizá oigas algo en Roma. Quién sabe”.

“¿A qué te refieres?” Me detengo y me doy la vuelta.

“Quizá sepan algo en Roma y nos lo oculten”, señala con la cabeza hacia el teleimpresor que hace tictac y la tira de papel que sale lentamente de la máquina.

“Gracias”, salgo de la oficina de correos. Esperaré la carta; debe estar en camino.

Un agradable sol de otoño brilla en la plaza del pueblo, y acaricio la cabeza de Rafael mientras paso junto a la fuente y el café. Cuando empezó el verano, lo abrieron de nuevo y volvieron el café y los pasteles. Los soldados alemanes trajeron el café y la comida del cercano aeropuerto que habían construido recientemente más allá de la colina.

Al principio, un par de soldados alemanes llegaron conduciendo varios jeeps de color azul grisáceo cargados de material. Aparcaron en la plaza del pueblo durante unos minutos y miraron a su alrededor antes de dirigirse a los campos situados detrás de la colina.

Luego llegaron los tractores y los trabajadores forzados que habían traído de Polonia. Destruyeron los antiguos olivares, enderezaron los campos hasta convertirlos en un campo de alambre de espino y pistas iluminadas de noche por torres de vigilancia. A pesar de la leche que necesitaba para Rafael, intenté comer menos, y di parte de mi comida a los jornaleros que repartían comida por la noche a la gente retenida tras las alambradas. Pero ahora también han desaparecido y han sido sustituidos por aviones bombarderos alemanes y soldados alemanes que visitan regularmente el pueblo y gastan su dinero alemán en el café local.

Aparto la mirada de ellos y empiezo a caminar hacia casa, metiendo la mano en el bolsillo y buscando la última carta que recibí de él hace meses. He abierto y vuelto a abrir la carta tantas

veces que el fino papel está casi rasgado. Debería haberle dicho que estaba embarazada cuando aún recibía mis notas de amor.

“¡Francesca!” Oigo que alguien me llama por mi nombre y veo a Cecilia sentada en la plaza, en una de las mesas del café. Me está saludando. Necesito sentarme con ella; no puedo dejarla sola.

“¿Cómo estás?” Me siento en la silla junto a ella, ignorando a los soldados alemanes del café.

“Bien. ¿Y tú?” Me sonrío y arruga su vestido negro. El cenicero de la mesa está lleno de colillas.

“Yo también”. Acaricio la cabeza de Rafael.

“¿Recibiste una carta?” Pregunta.

“No, quizás mañana”.

“Podrías preguntarle al carnicero. Seguro que tiene algo nuevo que contarte”. Ella mira hacia su tienda, al otro lado de la plaza.

“Está bien, esperaré la carta”. Yo también miro su tienda. Ha habido rumores de que él o alguien que conoce han estado escuchando la radio británica, la BBC, aunque se considere traición.

“Quizá sea mejor no recibir nada y no saber nada”. Sonríe para sí y enciende otro cigarrillo. Desde hace un par de meses, le doy mi asignación para cigarrillos en lugar de venderla en el mercado negro.

“¿Te dijeron algo más?”

“¿Aparte de ese telegrama?” Mira a dos oficiales alemanes sentados a nuestro lado. “No, no me dicen nada más. Solo sé que lo mataron en El Alamein, en Libia o Egipto. ¿Qué clase de nombre es El Alamein? Qué lugar para morir”. Les echa humo a los soldados alemanes, pero no creo que se den cuenta.

“¿Crees que sabrán más en Roma?”

“¿Qué podrían saber allí? Lo único que hacen es enviarlos para acá”, señala con la cabeza a los soldados alemanes.

“Quizá el Ministerio de Defensa sepa algo o el Ministerio de Propaganda”.

“Tal vez la oficina de moda, que proporciona la tela negra para los vestidos de las viudas, o la oficina de papel, que suministra los papeles de los telegramas, o la oficina de tinta, la misma tinta negra como el carbón que usan para escribir las cartas”. Apaga el cigarrillo en el cenicero, aunque apenas lo ha fumado.

“No era mi intención”. Pongo mi mano sobre la suya. “Estoy tratando de ayudar.”

“¿Crees que puedes ayudarme?” Saca el paquete de tabaco. “Ya nadie puede ayudarme, ni siquiera en el Ministerio de Nacimientos”. Se mete otro cigarrillo entre los labios.

“¿Me permite?” El oficial alemán de la mesa de al lado se levanta y extiende la mano, sosteniendo un mechero. Cecilia se vuelve hacia él.

“Danke”, le sonrío. Le devuelve la sonrisa y se acerca a nosotros, mirándome.

“Lindo bebé”, estira la mano y toca la cabeza de Rafael antes de volver a sentarse junto a otro agente.

“Danke”. Le sonrío amablemente, luchando contra mis repentinas ganas de abofetearle.

“¿Ves?” Cecilia me sonrío amargamente. “Algo saben en Roma, después de todo”. Suelta humo. “Saben enviar buenos soldados alemanes para reemplazar a los hombres que habían tomado para su guerra. Quizá deberíamos empezar a aprovechar lo que nos enviaron”.

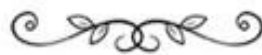
Rafael empieza a llorar de camino a casa, pero yo ignoro sus gritos y me quedo de pie junto a la valla, mirando el nuevo cartel que levanta la moral del pueblo. El cartel muestra a un soldado italiano y otro alemán dándose la mano mientras sus botas con clavos pisan una bandera rusa.

“Lo siento mucho”, le susurro a Rafael, y rasgo el cartel con las uñas, destrozando el papel mientras mi otra mano lo acaricia, tratando de tranquilizarlo. “Debí escribirle; debí decirle que estaba embarazada”. Tiro el papel roto al suelo. “No quería preocuparle, y ahora ni siquiera sabe que has nacido”. Me siento en la acera, ignorando las piedras sucias, y me apoyo en el cartel roto, sin oír nada más que los gritos de Rafael.

“¿Por qué me subí a su motocicleta? ¿Y por qué lloras?”. Me limpio los ojos llorosos. “Deja de llorar. ¿No ves que esto no ayuda en nada? ¿No entiendes que nadie puede decirme dónde está tu padre? ¿No ves que estamos solos?” Ignoro los llantos de Rafael. *¿Por qué no me escribe?*

Un hombre camina por el callejón y nos mira, pero no dice nada y sigue andando, dejándome sola con Rafael envuelto en una simple manta de lana en los brazos.

“Come, mi niño”, le digo al cabo de un rato, sacándome el pecho para amamantarlo. Le cubro la cabeza con la fina manta y le acaricio la mejilla. “Mamá está aquí. Yo cuidaré de ti”.



¿Qué es ese ruido? Abro los ojos y escucho el murmullo. Está oscuro afuera, probablemente medianoche. Busco rápidamente el cuchillo que guardo bajo la almohada. Sujeto la empuñadura con firmeza y escucho.

Rafael duerme plácidamente en su cuna; su respiración es tranquila. Incluso el pequeño callejón del pueblo está tranquilo. ¿De dónde viene ese ruido? ¿Del pequeño cobertizo? ¿Alguien está intentando robarme la leña de invierno, la misma que he ido recogiendo poco a poco durante los últimos meses?

“Sigue durmiendo”. Me inclino hacia Rafael y le beso suavemente. Me puse rápidamente un vestido sencillo sobre el camisón. Tengo que proteger mi leña; se acerca el invierno.

Me arrastro descalza hasta el cobertizo. Siento el frío tacto de las piedras bajo mis pies, pero la mano que sujeta el cuchillo está sudando. Necesito estar tranquilo. La puerta del cobertizo está abierta y oigo a alguien susurrando dentro.

“Eres una buena motocicleta”, dice alguien. “Te limpiaré”, continúa el desconocido. “Eres una buena motocicleta. Te arreglaré”, sigue diciendo.

Respira, respira, respira.

Mi mano se tensa alrededor de la empuñadura y abro la puerta de par en par.

“¡No toques la motocicleta!” Grito y cargo contra el desconocido en la oscuridad, apuntando con mi cuchillo a los susurros. *Nadie va a quitarme su motocicleta.*

“No lo hagas. Es peligroso”. Oigo un gemido en la oscuridad.

“¿Gabriel?” Jadeo y me detengo. *¿Lo herí?* No creo que lo haya apuñalado.

“No lo hagas. Es peligroso”, continúa el lloriqueo.

“Gabriel, ¿estás bien?” Le busco a tientas en la oscuridad. *¿Adónde ha ido?*

“Gabriel no hizo nada. Gabriel protegió la motocicleta”, sigue llorando en un rincón mientras yo tanteo en la oscuridad. Finalmente, lo toco y siento su andrajoso abrigo de lana y su

pelo desgreñado.

“¿Estás bien? ¿Te hice daño?” Le pregunto, pero sigue lloriqueando. Me apresuro a volver a casa y regreso con una linterna encendida y dos rebanadas de pan sobrante. “¿Estás bien?” Le examino a la luz mientras mastica hambriento las rebanadas de pan.

“Es demasiado peligroso conducir la motocicleta. Están a punto de atacar”, susurra para sí.

“No hay ataque, y esta motocicleta está rota. Hay que cambiar el neumático y no sé cómo”.

“Es peligroso. Pronto me fusilarán. Necesito huir”.

“No hay guerra, Gabriel. La guerra está lejos”. Quiero acariciarle el pelo sucio y desgreñado, pero no puedo.

“Pronto, es peligroso. Me dispararán. Ya vienen”, susurra mientras mastica la segunda rebanada. “Es una buena motocicleta. Te cuidará”.

“¿Sabes algo de motocicletas?” ¿Podría ayudarme?

“En la guerra anterior...”, empieza a hablar y luego se detiene.

“¿Qué pasó?” Lo miro. Me devuelve la mirada y me tiende la mano. “¿Sabes cambiar una rueda?”. Me acerco a él y le toco la mano extendida, pero no me responde y se limita a dejar la mano ahí. “Espera un momento”. Me apresuro a llegar a casa y tomo una manzana de la cocina. Vuelvo y se lo entrego.

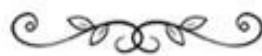
“Sí, quiero”. Mastica la manzana y se acerca lentamente al neumático tirado contra la pared del cobertizo.

“¿Me lo cambias?”

“Gabriel Di Maggio, Cuarto Regimiento de Fusileros, Ranger de Avanzada, Tercer Pelotón de Motocicletas”. Me mira, y bajo la tenue luz de la linterna, puedo ver sus ojos llorosos. “Es peligroso. Dispararán. Necesito huir del fuego”. Abraza el neumático mientras se sienta en el suelo, acariciando suavemente la goma.

“Gabriel, quédate aquí esta noche. ¿Puedes ocuparte de la motocicleta por mí?”. Finalmente le dejo atrás y consigo acariciar su sucio abrigo durante un segundo. Espero que haya entendido lo que quería decir y que cambie la rueda pinchada, pero no estoy segura. Permaneció sentado en el suelo, murmurando y abrazando el neumático nuevo como si tuviera que aferrarse a algo.

De vuelta a casa, me limpio las manos, beso a Rafael y vuelvo a dormir, no sin antes volver a meter el cuchillo bajo la almohada. Mañana, después de pasar por la oficina de correos, intentaré conseguirle algo de comida. Él se encargará de la motocicleta.



“¿En qué puedo ayudarla?” Me pregunta al día siguiente el soldado que está detrás del mostrador de correos. Habla italiano con acento alemán. Lleva el uniforme verde grisáceo del ejército alemán. Guardo silencio un momento y miro al viejo empleado que está de espaldas a mí, clasificando los sobres sobre la mesa. “Estoy aquí para ayudarla”, añade el soldado con una sonrisa al notar mi mirada.

“Esperaré”, respondo y me pongo junto a la pared, cruzando los brazos sobre el pecho y apoyándome en el tablón de anuncios.

“Como quieras”, dice, ya sin sonreír. Se da la vuelta y se dirige al teleimpresor. Parecían haber sustituido la vieja máquina por otra más grande, blasonada con una gran esvástica negra sostenida por las garras de un águila con las alas desplegadas.

“Lo siento, Francesca, pero hoy no tengo ninguna carta para ti”. El viejo empleado me sonríe unos minutos después. Termina de clasificar las cartas y se acerca al mostrador.

“No pasa nada”, le sonrío, aunque quiero gritar.

“Me está ayudando con el correo”. Echa un vistazo al soldado alemán que está de espaldas a nosotros, o tal vez haya echado un vistazo al nuevo cartel, que muestra las banderas fascista y nazi juntas. “Probablemente recibas una carta mañana”, dice como de costumbre.

“Gracias”. Salgo de la pequeña oficina, pero después de un momento, vuelvo a entrar. El viejo empleado levanta la cabeza y me mira. “¿Hay alguien a quien pueda preguntar?” Hablo en voz baja y miro al soldado alemán que está de espaldas a nosotros, jugueteando con el ruidoso teleimpresor.

“Todo lo que sé es lo que Roma me dice. Aquí no me dicen nada”, mira al soldado alemán que tira de las tiras de papel. Me mira momentáneamente, luego se sienta en la mesa de madera y empieza a leer.

“Muchas gracias. Vendré mañana”, alzo la voz y salgo de la pequeña oficina de correos. Es un buen hombre, pero no me ayudará, y tengo que ir a casa y alimentar a Rafael.

El café de la plaza está lleno de soldados alemanes sentados alrededor de las pequeñas mesas, disfrutando del sol otoñal. Sus jeeps grises están aparcados junto a ellos.

Los ignoro y paso junto a la fuente, pero antes de entrar en el callejón, me doy la vuelta y empiezo a caminar de vuelta. Necesito saberlo.

“Buenos días”, cierro la puerta de cristal tras de mí.

“Lo siento, no tengo jamón”, le dice el carnicero en alemán al soldado de uniforme verde grisáceo que tiene delante.

“Te pagaré todo lo que quieras”, responde el soldado. Me quedo junto a la puerta y los observo.

La vitrina que antes estaba llena de carne ahora está vacía; solo hay un par de patos colgando. Probablemente saldrían de caza.

“Lo siento, no hay”, asintió el carnicero.

“Quiero esto”, señala el soldado a uno de los patos. El carnicero lo toma y envuelve al animal en papel de pergamino marrón mientras el soldado saca su cartera y deposita billetes alemanes sobre el mostrador.

“Francesca, lo siento”, se dirige a mí después de que el soldado salga de la tienda y la puerta de cristal se cierre tras él. “No tengo carne para ti, el ejército se lo lleva todo”.

“No importa.” No he estado aquí en mucho tiempo. No tengo suficiente para carne, tal y como están las cosas. “¿Qué sabes tú?”

“¿Sobre qué?”

“Sobre la guerra”. Lo miro.

“Sé exactamente lo que haces. Leo los periódicos igual que tú”. Me devuelve la mirada.

“Eso no es lo que se dice en la calle”.

“¿Qué se dice en la calle entonces?” Empieza a alinear sus cuchillos en el mostrador.

“Que escuches otras cosas, como la BBC. Dicen que sabes cosas”, digo en voz baja, aunque estemos los dos solos.

“La gente habla mucho”, empieza a afilar uno de los cuchillos, alisándolo con rápidos movimientos.

“Necesito saberlo”. Me inclino lo más cerca que puedo, lo único que se interpone entre nosotros es la vitrina. “Por favor.”

“¿Qué quieres saber?” Suspira y mira por la ventana a los soldados alemanes sentados en el café.

“¿Qué está pasando en Rusia?”

“No tiene buena pinta”.

“No me compadezcas, por favor”, aprieto los puños; las uñas se me clavan en la palma.

“Dicen que los rusos han rodeado a los alemanes e italianos que se están muriendo de frío en la nieve”.

“No te creo. Eso no es lo que dicen los periódicos”. Extiendo las manos sobre la vitrina. Está mintiendo.

“Puedes creer lo que quieras, los periódicos del gobierno, los carteles en los tabloneros de anuncios, la radio fascista que se emite desde Roma. Puedes creerle a quien quieras”. Suspira y guarda el cuchillo afilado en un cajón de madera.

“Iré a Roma y lo averiguaré”. Miro hacia la puerta. Está equivocado. Mis cartas se están retrasando.

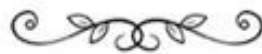
“¿Puedes llegar a Roma?”

“No, pero encontraré la manera”. Me vuelvo hacia él.

“Si es así, ven a verme. Quizá pueda ayudarte”.

“Encontraré la manera”, le respondo y salgo de su tienda. Doy un portazo y paso por delante de la cafetería, aún llena de soldados alemanes disfrutando del sol otoñal.

Me detengo junto al tablón de anuncios y escupo sobre un cartel que anuncia un nuevo recorte de las raciones alimentarias. Mi marido no está en Rusia. Nadie se lo llevaría a Rusia sin avisarme.



“Gabriel, esto es para ti”, le sirvo un vaso de leche que había ordeñado el otro día.

“Gabriel Di Maggio, Cuarto Regimiento de Fusiles, Ranger de Avanzada, Tercer Pelotón de Motocicletas”. Sorbe la leche y parte de ella se derrama por su poblada barba, goteando por su barbilla. Permanece sentado, apoyado en la motocicleta. El neumático roto estaba tirado a un lado, lo había sustituido por el nuevo.

“Gabriel, gracias. ¿Sabes montar en motocicleta?” Me inclino a su lado, intento acercarme y abrazarle, pero no puedo.

“No, es demasiado peligroso”. Se come la rebanada de pan que le había dado con la leche.

“Gabriel, enséñame a montar en motocicleta”.

“Es peligroso. No lo hagas. Nos van a disparar”. Sus ojos oscuros me miran fijamente y noto que se le llenan los ojos de lágrimas.

“Yo cuidaré de ti, Gabriel. Te prometo que cuidaré de ti”. Le pongo la mano en el brazo, luchando contra una creciente sensación de náuseas.

“Es peligroso”.

“Te traeré más leche y pan”. Sigo acariciándole el brazo y él asiente.

“Aprieta el pedal y agarra el volante”. Se para a mi lado en el callejón. “Con cuidado, gira el acelerador”, señala, balanceándose de un lado a otro y mirando a los lados con preocupación. “Me dispararán”.

Pasan dos personas con su burro y nos miran, pero los ignoro. Necesito aprender a montar en motocicleta. Tengo que convencer a Gabriel para que monte en bici conmigo.

“Por favor, Gabriel, necesito que subas a la motocicleta”, le imploro. “Yo cuidaré de ti”. La motocicleta empieza a vibrar bajo mis muslos, e intento acostumbrarme a la sensación y al ruido retumbante mezclado con el penetrante olor a gasolina. Hace tanto tiempo que no conduzco con mi marido perdido, pero no debo pensar en ello. Necesito que Gabriel me guíe, al menos al principio. Entonces me las arreglaré por mi cuenta.

“Hay alemanes en el pueblo. Me dispararon en la primera guerra”. Continúa balanceándose mirando a todos lados.

“Son alemanes diferentes, buenos alemanes”, le aseguro, alzando la voz por encima del ruido de la motocicleta.

“¿Cuidarás de mí? ¿Me lo prometes?” Se acerca lentamente a la motocicleta y pone la mano en el asiento detrás de mí.

“Lo prometo. Los alemanes son nuestros amigos. Conduciremos fuera del pueblo, donde no hay alemanes”.

“Es peligroso. No deberíamos hacerlo”, murmura para sí, pero finalmente cede y se sienta en la motocicleta detrás de mí y me sujeta la espalda. Le sonrío y lucho contra las náuseas. Necesito su ayuda.

“Cambia de marcha con el pie y aprieta ligeramente el acelerador”, grita mientras conducimos por el camino de tierra de un campo a las afueras del pueblo. Estoy luchando para mantener la motocicleta estable.

“¿Así?” Levanto la voz por encima del ruido de la motocicleta y el silbido del viento.

“Los pájaros”, grita.

“¿Qué?” “¿Qué?” Miro hacia delante en la carretera, con cuidado de no volcar.

“Los pájaros negros”, empieza a gritar. “¡Para, para!”

“¿Qué pasa?” Le grito y reduzco la velocidad.

“¡Para, para!” Grita y salta de la motocicleta antes de que yo me detenga del todo, tirándonos a los dos al camino de tierra. Intento no llorar de dolor cuando caigo al suelo. Sin embargo, me doy cuenta de que huye entre gritos por el campo arado, tapándose los oídos con las manos. Levanto la vista y veo dos grandes aviones alemanes aterrizando en el nuevo aeródromo que han construido a las afueras del pueblo. La parte inferior de sus alas plateadas lleva impresas cruces negras.

“Gabriel, para” le grito y me pongo de pie. Empiezo a perseguirle mientras ignoro mis doloridas piernas. Los aviones sobrevuelan mi cabeza a baja altura con un sonido tan ensordecedor que me veo obligado a taparme los oídos.

“¡Gabriel!” Grito después de que aterricen en el aeródromo. “¡Gabriel!” Miro a mí alrededor y lo busco en el campo.

“Quieren dispararme. Prometiste que me protegerías” dice tumbado entre los terrones de

tierra, acurrucado en posición fetal y sujetándose la cabeza entre las manos.

“Te estoy protegiendo. Los desterré”. Me inclino lentamente hacia él y le abrazo, intentando tocarle lo menos posible, prometiéndole repetidamente que cuidaría de él. “Se han ido, los pájaros volaron. Estoy aquí”, le digo después de mucho tiempo. “Volvamos a la motocicleta”.

Pero Gabriel se niega a volver a subirse a la motocicleta, y tengo que esconderla entre los arbustos y regresar al pueblo a pie, asegurándole que los pájaros negros no volverán a hacerle daño. No debería haberlo llevado conmigo.

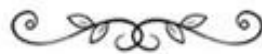
“¿Dónde estás, motocicleta?” Camino por el campo a primera hora de la tarde, buscando el arbusto donde la escondí. *¿Por qué no lo marqué mejor?*

“¿Dónde estás, mi Emanuel?” le pregunto a la primera estrella que titila en el cielo. ¿Por qué no me has escrito? ¿Por qué no respondiste a la carta que te envié sobre nuestro hijo?

“¿Dónde estás, arbusto?” grito en la oscuridad, caminando y tropezando por el campo arado. “¿Por qué perdí la motocicleta?”

Amanece cuando por fin conduzco lentamente de vuelta a casa, exhausta y sucia. Tengo las manos llenas de cortes y rasguños por haber cavado entre los arbustos. Rafael debe estar llorando en casa, muerto de hambre. Dejo de llorar.

“¿Has vuelto para protegerme?” me pregunta Gabriel cuando meto la motocicleta al cobertizo. Pero no le contesto. Cubro la motocicleta roja y sucia con la lona y me apresuro a casa para dar de comer a Rafael.



“Tengo una manera de llegar a Roma”, le digo al carnicero al día siguiente, después de haber esperado pacientemente a que salga el único cliente que había dentro.

“¿Cómo?” Me pregunta

“¿Y a ti qué te importa?”

“Necesito que lles algo a Roma”, me dice tras mirarme unos instantes. “Te pagaré. ¿Puedo confiar en ti?”

“Me conoces desde que era una niña. Sabes que puedes confiar en mí”. Lo miro. Necesito el dinero.

“Cuando eras pequeña, irrumpiste y trataste de arruinar mi tienda, gritándome que estaba masacrando conejitos”.

“Pero no le dije a mi padre que me pegaste. Le dije que me había caído”. Sin querer, me toco los muslos, sintiendo la cicatriz a través del vestido. Ahí fue donde me golpeó con la hebilla de su cinturón. Me negué a gritar y a llorar. También me negué a decírselo a mis padres.

Me escruta y yo me mantengo erguida frente a él. Luego, se acerca a la puerta y la cierra desde dentro. “Espera aquí, mantén el pestillo cerrado. Si alguien quiere entrar, que avise”, dice y desaparece en la trastienda.

Sale un par de minutos después y me dice que le siga. La mesa está repleta de trozos de jamón ahumado envueltos en papel pergamino.

“Lleva el paquete grande a esta dirección”, me pone una nota en la palma de la mano mientras mete la carne dentro del saco. “Pagan mucho por el jamón ahumado en el mercado negro de Roma”.

“¿Y este?” Señalo el paquete más pequeño sobre la mesa de madera. ¿Ese es mi pago?

“Es para los guardias del puesto de control de camino a Roma. No tenemos otra opción”. Me sonrío mientras lo deja caer en otro saco. “Hay tres soldados italianos haciendo guardia. Uno de ellos es sargento. Dale la carne”.

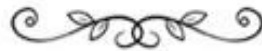
“¿Y el dinero?”

“El hombre de la dirección en Roma te pagará”. Me lleva a la puerta trasera de la tienda, para que no me vean los soldados alemanes del café.

“Te lo devolveré”.

“Ya lo sé”. Me sonrío. “Siempre has sido salvaje, pero nunca un ladrón”.

“Gracias”. Cargo los pesados sacos sobre mis hombros y me alejo rápidamente. Iré a Roma y averiguaré qué le pasó a mi Emanuel.



“No lo hagas. Es peligroso”. Gabriel está sentado en un rincón del cobertizo, cubierto con su viejo abrigo militar roto.

“Debo hacerlo”, respondo y destapo la motocicleta. No tengo por qué escucharle, es un loco que habla solo.

“No debes irte”, cierra los ojos y se tapa la cabeza con las manos. “No te vayas. Debes esconderte”.

“No voy a la guerra”, respondo mientras busco un poco de alambre para atar el saco a los lados de la motocicleta. “Me voy a Roma. Allí no es peligroso”.

“Gabriel tiene miedo. Están paseando por el pueblo. Te acompaño”. Se pone a cuatro patas, busca a tientas y finalmente me entrega un alambre de hierro que había encontrado.

“Gabriel, lo siento”, intento pensar qué puedo decir para no ofenderle.

“No tienes que lamentarlo. Soy fuerte. Cuidaré de ti como tú cuidaste de mí cuando los pájaros negros bajaron del cielo”. Me ayuda a atar el saco. Tira con fuerza y tensa el alambre de hierro.

Gabriel, no puedes venir conmigo. Lo siento.”

“Pero, ¿por qué? Gabriel es fuerte”. Me da la espalda. “¿Por qué Gabriel no puede protegerte?” Empieza a temblar y creo que está llorando. No puede venir conmigo. Está loco.

“Porque Gabriel tiene que vigilar el cobertizo para cuando vuelvan los pájaros negros”. Pongo la mano en su gran hombro, asqueada por el tacto de su abrigo sucio.

“Pero Gabriel tiene que vigilarte”, sigue gimoteando, tiritando en su viejo abrigo militar. Luego vuelve a caer de rodillas y se arrastra hasta la esquina. “Gabriel debe ser valiente, Gabriel debe ser valiente”, susurra una y otra vez a un trozo de leña que había cogido de la pequeña pila al lado del cobertizo. Lo acuna como a un bebé.

“¿Puedes quedarte en el cobertizo y protegerme desde lejos?”. Me acerco y le acaricio la mano, intentando tranquilizarle, sintiendo el pelaje desgredado y su respiración agitada. Cuando

vuelva de Roma, le traeré una bañera con agua y jabón.

“Te protegeré del cobertizo. Miraré por las rendijas”, se seca las lágrimas.

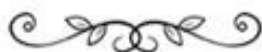
“Gracias, Gabriel. Volveré pronto”. Me subo a la motocicleta y sujeto el acelerador como él me había enseñado. De una patada, oigo que la motocicleta empieza a gruñir profundamente, y la motocicleta empieza a temblar entre mis muslos. Aprieto suavemente el acelerador y empiezo a avanzar lentamente. Noto los baches de los adoquines bajo la motocicleta, pero al cabo de unos metros, mi pie resbala y el motocicleta se para.

“¿Puedo ayudarte?” Oigo la voz de Gabriel desde el cobertizo.

“No gracias, estaré bien”. Estabilizo la motocicleta y vuelvo a pisar el pedal, arrancándola de nuevo. Tengo que triunfar sin él. No puede ayudarme.

“Buena suerte”, aún le oigo por encima del estruendo de la motocicleta mientras me alejo lentamente.

Conseguí quitármelo de encima. Ahora tengo que pasar el control militar de camino a Roma. Tengo el jamón listo para esos tres soldados.



Cuando veo el puesto de guardia a lo lejos, me paro a un lado de la carretera y los miro, dejándome descansar un poco. Suelto el acelerador de la motocicleta y abro la chaqueta de cuero de mi marido, que me había protegido del viento. Es la primera vez que me pongo su chaqueta de cuero, aunque haya pasado tanto tiempo desde que me dejó. Aprieto el forro de la chaqueta contra mi nariz, intentando oler su olor corporal mezclado con el del cuero. Estoy lista.

El jamón para los soldados se coloca en el saco atado al lado derecho de la motocicleta. Mi ración mensual de cigarrillos está a buen recaudo en mi bolsillo. Intentaré ofrecerles mi ración y quedarme con el jamón.

Toco el bolsillo interior donde he escondido varios billetes, por si los cigarrillos no fueran suficientes. De todos modos, no como mucho y puedo arreglármelas sin el dinero. Lo importante es que llegue a Roma.

Tengo que sonreír amablemente, explicar a los soldados que tengo que seguir hasta Roma, buscar al sargento que manda en el puesto de control y decirle que tengo algo importante que transmitirle. Cuando me pregunte si tengo documentos, le entregaré la cajita con los cigarrillos. No me importará que registren la motocicleta, no tengo nada que ocultar. Le daré el saco de la derecha. Sin embargo, debo entregar el saco de la izquierda. Repito en mi cabeza la secuencia de acciones que debo llevar a cabo, y me empiezan a sudar las palmas de las manos. Han estado sudando desde que salí del pueblo.

Aprieto el acelerador y conduzco lentamente por la carretera hacia el puesto de control. El puesto de control es una pequeña cabaña blanca de madera. Hay una valla de alambre de espino a ambos lados, un jeep militar grisáceo aparcado a un lado de la carretera, un poste de madera blanco y rojo tendido al otro lado de la carretera. Los tres soldados se ponen de pie y me examinan.

“Alto”. El soldado me hace un gesto mientras se acerca tranquilamente. Lleva el arma atada al hombro.

“Estoy de camino a Roma”. Le sonrío amablemente.

“¿Tienes papeles?” Me pregunta, con la mirada fija en mis piernas, separadas sobre la motocicleta roja. ¿Qué hago si intenta confiscarme la motocicleta? Le había prometido a mi Emanuel que su motocicleta le esperaría a la vuelta.

“Sí, así es”. Le sonrío y echo mano al bolsillo de la chaqueta de cuero, mientras miro de reojo e intento localizar al sargento al mando. ¿Quién es el sargento?

“¿Qué quiere?” Oigo que alguien pregunta en alemán, y veo a un oficial alemán apoyado en el jeep, con un walkie-talkie en la mano. Mi mano se detiene dentro del bolsillo.

¿Qué debo hacer?

“¿Sí?” El soldado me mira y pone la mano en la culata de su fusil. ¿Cree que hay un arma en mi chaqueta?

“¿Qué quiere?” Vuelve a preguntar, cuelga el walkie-talkie y empieza a caminar hacia nosotros. No puedo ofrecerle los cigarrillos. Tengo que hacer algo.

“Cometí un error”, le susurro al soldado.

Me mira, aún sujetando la culata de su rifle.

“Hacia el sur”, alza la voz y señala. “Busca un camino de tierra”, me susurra. “Se equivocó de camino”, le grita al agente.

“Gracias”, susurro y doy la vuelta a la motocicleta, alejándome rápidamente en mi ruidosa motocicleta.

Respira, respira, respira.

Me detengo junto a una alameda de cipreses, me bajo de la motocicleta, me arrodillo e intento vomitar, pero a pesar de sentir náuseas, no puedo hacerlo. Mis dedos se clavan en el suelo blando. Debí traer agua.

Unos minutos después, me levanto, me limpio el sudor de la frente, me vuelvo a poner la chaqueta y me siento en la motocicleta. Empiezo a buscar el camino de tierra. No me rendiré.

La ciudad apenas ha cambiado desde la última vez que estuve allí. La única diferencia que noto son algo más de camiones militares y menos autos civiles en las carreteras. Y, por supuesto, no hay ningún marido pidiéndome una foto de pie junto a su motocicleta roja. Me detengo en esa plaza, entre los camiones militares y miro a los soldados alemanes que hacen fotos a sus novias. Tengo que entregar el paquete y averiguar qué le ha pasado a mi marido.

“Gire a la izquierda en la plaza de la República y luego a la derecha en Vía Agostino, junto a la zapatería de lujo”, me indica una joven. Evito a los policías de tráfico apostados en las plazas; sus manos con guantes blancos gesticulan aquí y allá, dirigiendo el poco tráfico que hay en la carretera. También me mantengo alejada de los hombres que caminan por la calle. Temo que intenten tomar los sacos de arpillera y huir.

“Está en Vía San Ignacio, no muy lejos de aquí”, una anciana señala uno de los callejones. Le doy las gracias y sigo conduciendo, deteniéndome junto a una tienda con un pequeño letrero de una cabeza de cerdo sonriente. Parece que está cerrado. He llegado a mi destino.

Me bajo lentamente de la motocicleta, compruebo el callejón vacío y reviso de nuevo la dirección de la nota arrugada. Este es el lugar.

Me mello el dedo con el alambre de hierro cuando intento desatar los sacos. No puedo vendar la herida, así que chupo la sangre y espero un par de minutos a que se detenga la hemorragia. Tengo que entrar. Utilizo la aldaba varias veces, golpea con fuerza la puerta de hierro hasta que oigo abrirse el pestillo.

“¿Qué quieres?” Un gran hombre con un delantal manchado de sangre me escruta a través de la puerta que había abierto.

“Tengo algo para ti.”

“No necesito nada.”

“Me dijeron que te lo diera”. Le enseño el saco.

“No te conozco. Fuera de aquí”. Abre un poco la puerta y mira hacia el callejón, asegurándose de que está vacío.

“Me dijeron que te lo diera”, insisto. Necesito el dinero para el traslado.

“Pues sí, gracias”. Agarra el saco y hala, intentando arrancármelo de los brazos, pero consigo sujetarlo y entrar con él en la oscura tienda. Hay una gran mesa de madera en el centro de la tenue habitación, está cubierta de trozos de carne.

“Necesito el pago”. Sujeto el saco con fuerza, contento de haber dejado el saco más pequeño fuera.

“No puedo pagarte ahora mismo. Vete de aquí, dile que le daré el dinero la próxima vez”, responde, con gotas de saliva salpicándole la boca.

“No me iré sin el dinero”.

Respira, respira. No debo parecer débil. No debe pensar que le tengo miedo.

“No tengo dinero”. Tira con fuerza del saco y me lo arranca de las manos. Me veo obligado a soltarlo para que no me rompa los dedos.

“Necesito el dinero”, digo en voz baja, metiendo la mano en la bota y sacando el cuchillo que escondí antes del viaje. “Necesito el dinero ahora”. Me acerco a él lentamente. Aprieto el cuchillo; mis dedos se vuelven blancos. Espero que no se dé cuenta de que me tiemblan las manos y de que me suda la frente.

“Soy carnicero”. Se echa a reír a carcajadas, su sucio delantal blanco tiembla con cada uno de sus movimientos mientras retroceden unos pasos. “No me dan miedo los cuchillos ni la sangre”, susurra mientras toma un enorme cuchillo de carnicero de una de las estanterías y lo blande.

“No te atrevas. Me buscarán” susurro, aunque sé que debería dar media vuelta e irme. Todavía tengo un pequeño saco de jamón. He perdido esta batalla. “Mi dinero”, susurro. No me daré la vuelta y saldré corriendo.

Me mira durante unos segundos y se acerca un poco más, pero no me echo para atrás. Finalmente, saca un par de billetes de su delantal y me los lanza: “Cuéntalos”.

“Comprueba la carne”, le sigo apuntando con el cuchillo, negándome a tocar el dinero.

Rompe el saco de arpillera y examina el jamón con las manos sucias. “Está bien. Cuenta el dinero”. Me sonrío por primera vez. Sigo sujetando el cuchillo mientras cuento, me duelen los dedos.

“Está bien. Es suficiente”, retomo los billetes y empiezo a caminar despacio hacia la puerta.

“Eres valiente. Eso está bien. Necesitamos valor para luchar contra ellos”.

“¿Qué quiere decir con ‘ellos’?”

“No es asunto tuyo. Tienes tu dinero”.

“¿Quiénes son?” Me quedo quieta. Siento la fría puerta metálica en mi espalda.

“Los que enviaron a nuestro ejército a Stalingrado”.

“¿Qué sabes de Stalingrado?”

“No sé nada. Vete antes de que cambie de opinión”. Deja de sonreír y toma el cuchillo de carnicero que antes había colocado sobre la mesa, entre los trozos de jamón.

Salgo de la tienda y me acerco a la motocicleta, fijándome en el segundo saco. Fui un tonto;

tengo suerte de que nadie me lo robara. Examino su contenido y vuelvo a mirar la puerta metálica cerrada. No necesito carne. Rafael es demasiado pequeño para comer carne.

“Abre”, grito y vuelvo a golpear la puerta de hierro.

“¿Qué quieres?” Se asoma por la rendija.

“Yo me encargo”. Le enseño el jamón destinado a los guardias del puesto de control.

“¿Cuánto quieres por él?”

“No quiero dinero”.

“Entonces, ¿qué quieres?” Examina la calle.

“Quiero saber lo que sabes sobre Stalingrado”.

“El jamón”. Extiende la mano y dejo que la agarre. Es mi única opción.

“¿Eres uno de ellos? ¿Eres uno de los informantes de los fascistas?”

“No soy su informante”. Escupo en la acera.

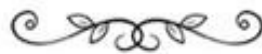
“La BBC informa de que los rusos rompieron las líneas alemanas y rodearon a toda una tropa alemana e italiana”, dice rápidamente.

“Eso ya lo sé. Quiero dinero para mi carne”. Lo miro, pero no puedo llegar hasta mi bota. No debería haber puesto el cuchillo ahí atrás.

“Vete. Tienes la información que pediste”.

“Pero ya lo sabía. Quiero dinero”.

“Así que lo compraste dos veces. Hiciste un mal negocio”. Se echa a reír de nuevo, salpicando saliva. “Ve al Ministerio de Defensa. Quizá te digan que todo va bien en Stalingrado”. Me cierra la puerta de hierro en las narices con un portazo.



“¿Su nombre, por favor?” Pregunta el empleado del Ministerio de Defensa. Está sentado detrás de un escritorio de caoba cargado de papeles.

“Francesca Morelli”, respondo. Llevo horas caminando, de una habitación y una planta a otra, cada una llena de hombres con trajes respetables y secretarias con trajes de falda y tacones altos, buscando a alguien que acepte escucharme. Finalmente, me remitieron a este empleado.

“¿Y cuál es el problema?” Mira mi documento de identidad, examinando detenidamente la cartulina y mi foto, marcada con sellos.

“Quiero saber qué le ha pasado a mi marido”. Desde el mediodía, me dirijo a un empleado tras otro para explicarles el motivo de mi llegada. Cada uno me ha remitido a un departamento diferente.

“¿Por qué cree que le ha pasado algo a su marido?”. Me devuelve mi carné de identidad y mira uno de los papeles de su mesa.

“Porque hace meses que no recibo una carta suya”, guardo el DNI en el bolso. Tengo que ser amable y educado.

“Sra. Morelli, este es el Ministerio de Defensa del Imperio Italiano. No es nuestro deber tratar de entender por qué un hombre no escribe a su mujer”. Levanta la mirada del periódico que estaba leyendo y me mira con severidad.

“Solo quiero saber que está bien”. Aprieto los puños pero coloco las manos en mi regazo.

“¿Recibió un telegrama oficial del gobierno?”

“¿Qué telegrama?”

“Una notificándole si le había pasado algo”, no especifica qué.

“No.”

“Entonces, está bien”. Vuelve a mirar el papel que tiene en la mano. “Como pueden ver, tenemos mucho trabajo. Estamos en guerra”.

“Por favor, dímelo”.

El empleado levanta la vista y me examina, y luego suelta: “también tenemos que tener cuidado de no facilitar información sobre nuestras unidades militares al enemigo. Sra. Morelli. Creo que tiene que irse”.

“Tengo que saberlo”. Coloco la caja de cigarrillos y el sobre de papel marrón lleno de billetes encima de sus documentos. “No soy el enemigo. Soy su esposa”.

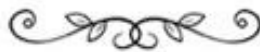
“¿En qué unidad dijiste que estaba?”

“El Segundo Cuerpo”. Me las arreglaré el mes que viene sin ese dinero.

Se lo piensa un momento y no dice nada, pero finalmente toma la caja y el sobre, se los mete en el bolsillo de la chaqueta y se levanta. Le sigo con la mirada mientras camina hacia el fondo del gran salón, desapareciendo entre las hileras de estanterías. Mientras le espero sentado frente a su escritorio, observo a las mujeres sentadas junto a la pared del pasillo. Tienen una pila de tarjetas de cartón y están tecleando rápidamente en los dispositivos de tele impresión que tienen delante, ignorando todo el ruido que hay a su alrededor. ¿Son estas las mujeres que envían los horribles telegramas fatídicos?

“Mrs. Morelli”, se sienta un par de minutos después. “La unidad de su marido ha sido enviada a Stalingrado, pero puedo asegurarle que está bien”, me sonrío. “Si no has recibido otras noticias, tu marido está sano y lucha valientemente contra el enemigo. No debes escuchar a los cobardes ni difundir sus rumores”. Se inclina hacia delante y dice seriamente “Que tenga un buen viaje de vuelta a casa, Sra. Morelli”. Se levanta y extiende la mano.

“Gracias”. Me levanto y salgo del edificio. No le di la mano.



Ciudad cubierta de nieve

Noviembre de 2021, Kiev, Ucrania

Anna

La nieve sigue cayendo mientras salgo del metro, caminando con cuidado por la calle empapada de blanco para no resbalar en el hielo. Me dirijo hacia el edificio de apartamentos de la abuela. El viento frío me hiela la cara mientras sostengo la compra que le había hecho. Le resulta difícil salir de su apartamento con este tiempo.

A la entrada de uno de los edificios, me cruzo con un hombre que despeja el camino con una pala. Me quedará con ella poco tiempo antes de volver a la universidad. Tengo mucho que estudiar.

“No deberías haberme traído tantas cosas”, refunfuña mientras coloco las bolsas en la cocina. “Dame tu abrigo. Lo colgaré”.

“Está bien, abuela. Estoy bien”. Me quito el abrigo, la bufanda, el gorro de lana y los guantes, dejándolos en la entrada. Ya la oigo desde la cocina poniendo la tetera en el gas y abriendo el armario para sacar los vasos.

“¿Te ayudó a encender el gas?” Me froto las manos heladas. El horno de gas de la habitación de invitados no está encendido y la habitación está fría. “¿Estás almacenando comida? Dicen que los rusos intentarán invadirnos”.

“No es necesario, Anuchka. He sobrevivido a los alemanes y a Hitler. Yo también sobreviviré a Putin”. Camina por la casa con su jersey de lana, pero yo me agacho y enciendo la calefacción. No debería sufrir por el frío, y menos a su edad.

“Abuela, lo siento”, le digo cuando por fin entra en la habitación de invitados y deja las tazas de té sobre la mesa.

“¿Para qué, Anuchka?”

“Saqué la vieja foto de la caja de música de madera”, saco la foto del bolsillo y la pongo sobre la mesita. “Estuvo mal haberme llevado la foto. Lo siento.” Sostengo el vaso, calentando mis dedos helados. Pronto se calentará la habitación.

“No pasa nada, Anuchka”, toma la foto temblorosamente y la mira. “Es solo una vieja foto de esa guerra. No es realmente importante”.

“¿Quién es esta mujer?”

“No sé. Encontré la foto en el invierno de 1942, en Stalingrado”.

“¿Y lo encontraste y te lo quedaste? ¿Como recuerdo? ¿Como suvenir?” La miro a los ojos, buscando una pista.

“Creo que lo tomé de un soldado que estaba allí. Ya no me acuerdo. Han pasado tantos años”.

“¿Era uno de ellos? ¿Uno de los soldados alemanes o italianos?”

“Ha pasado tanto tiempo, Anuchka. Toda la ciudad estaba en ruinas. Por aquel entonces, ya no trabajaba en la fábrica de tractores. Eran el enemigo, e intentaron capturar las ruinas de la fábrica y llegar al río”. Sorbe ruidosamente el té, le tiemblan las manos.

“¿Luchaste contra ellos, abuela?”

“No teníamos elección”. Deja la taza de té y deja de hablar un momento, como si intentara recordar. “El río Volga estaba detrás de nosotros”, vuelve a hacer una pausa. “El río y los

oficiales comunistas. Estaban esperando a ver quién retrocedía, ametralladoras en mano, y delante de nosotros estaban los alemanes y los italianos”. Se lleva el vaso a los labios. “Tuvimos que elegir entre morir en la batalla o morir mientras intentábamos replegarnos”, dice lentamente, dando un sorbo a su té. “Así que luchamos. Nos arrastramos como ratas en cuevas por la ciudad en ruinas. Ninguno de los hermosos parques o edificios había sobrevivido, solo había nieve y ruinas. Pero también murieron cuando llegó el invierno. Simplemente se congelaron”. Se levanta lentamente y camina hacia la vitrina, toma la llave y la abre.

“¿Estaba muerto?”

“¿Quién?” Abre la caja de música de caoba y oigo la música mientras la pequeña bailarina gira.

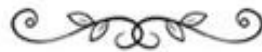
“El soldado, al que le sacaste la foto”.

“Anuchka, incluso los que vivieron murieron un poco en aquel invierno en Stalingrado. Tanto nosotros como ellos. Hacía tanto frío”. Cierra la caja de madera y la música se detiene.

“¿Y qué pasa con él? ¿Qué le pasó? “¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me lo dices?”. La miro mientras cierra la vitrina y vuelve a sentarse en el sofá a mi lado.

“Porque soy demasiado viejo, Anuchka. Y no quiero recordar lo que pasó durante esos días”. Me sonrío.

De camino a casa, me froto las manos heladas. No puedo dejar de pensar en la mujer de pie junto a la motocicleta, preguntándome si estaría buscando al soldado que llevaba su foto en el bolsillo en el invierno de 1942.



Después de la batalla

Italia, febrero de 1943

Francesca

“Santa María, por favor, ayúdame a encontrar a mi marido”. En la oscura iglesia, me arrodillo, cruzo los brazos y rezo en silencio. Seguro que escucha mis palabras. Solo unas pocas velas iluminan la oscura sala de la iglesia, pero sé que ella me vigila con sus ojos bondadosos.

“Santa María, por favor, protege a mi Emanuel en el duro invierno ruso. Por favor, mantenlo vivo en la nieve helada de Stalingrado. Esté donde esté, por favor, déjale pasar vivo el invierno, es todo lo que te pido”. Continúo susurrando mientras abro los ojos y miro su estatua de pie sobre mí. Es la madre de todas las mujeres. Ella debe entender por lo que estoy pasando. Oigo a alguien moverse por los pasillos y veo que Cecilia se acerca a mi fila de bancos. Todavía está de pie a cierta distancia de mí cuando la veo persignarse, arrodillarse y empezar a rezar.

“Santa María”, vuelvo a mirar a la santa virgen, “por favor, haz que no tenga que llevar un vestido negro como ella. Sé que está vivo. Estoy segura de que está vivo”. Desde que Cecilia empezó a sentarse en el café con los soldados alemanes, ya casi no hablamos. Nadie en el pueblo le habla, pero a ella no parece importarle. Suele sentarse con ellos a reír y fumar cigarrillos, mientras se reúnen a comprarle vino y pasteles.

“Santa María, por favor, ayúdala a ella también”. Cierro los ojos y cruzo las palmas de las manos hasta que mis dedos se vuelven blancos. “Por favor”, me levanto, me acerco a Cecilia, me agacho a su lado y sigo rezando. La miro bajo la luz de las velas, pero no responde y sigue rezando con los ojos cerrados.

“Por favor, no vuelvas con ellos”, susurro.

“Me estás interrumpiendo”. Me mira un momento antes de volver a cerrar los ojos.

“Eres uno de los nuestros. No te pareces en nada a ellos”, sigo susurrando.

“Soy viuda. Ya no pertenezco a nadie”.

“Pero tú eres de los nuestros, eres de este pueblo”.

“Ya nadie me habla en este pueblo”, dijo en voz baja.

“No vayas con ellos”.

Deja de rezar y me mira. “Antes era así. Incluso antes de empezar a relacionarme con ellos, la gente del pueblo se distanció de mí. Sentían lástima por mí y actuaban como si fuera una paria, cotilleando a mis espaldas”. Cruza de nuevo las manos y vuelve a mirar a Santa María, moviendo los labios sin pronunciar las palabras. Al cabo de un momento dice: “A ti también te pasará cuando te quedes viuda, ya lo sabes”.

“Shhhhhh...” Alguien detrás de nosotros susurra, tratando de silenciarnos.

“Eso no es cierto”, respondo, acercándome un poco más a ella.

“Sabes que es verdad”. Ni siquiera me mira, sino que mantiene los ojos fijos en la estatua. “Estoy segura de que ya has preparado el vestido negro, esperando a que llegue el telegrama. Seguro que también hablan a tus espaldas, esperando el momento de darte pena”.

“Ellos te aman. Nada ha cambiado desde que éramos niños”, le susurro, pero en el fondo sé que tiene razón.

“Me tienen miedo. Asusto a todas las mujeres del pueblo. Temen que la muerte de mi marido les contagie. Tienen miedo del vestido negro. Al menos los alemanes no me tienen miedo”.

“Pero los alemanes son nuestros enemigos”.

“No, te equivocas. Los ingleses y los rusos son nuestros enemigos. Los alemanes son nuestros aliados. Un soldado inglés mató a mi marido, no el educado oficial alemán que me invitaba a tomar café y escuchaba mis historias”. Hace una pausa y continúa. “Te equivocas al querer luchar contra los fascistas y difundir tu propaganda contra ellos. Te equivocas creyéndote más listo que ellos”. Me mira y, en la penumbra, puedo ver las lágrimas que caen por sus mejillas.

“No me equivoco. Son responsables de esta guerra y de la muerte de tu marido”. Me arrepiento de mis palabras tan pronto como las pronuncio. No debería haber dicho eso.

“Eres una mujer orgullosa que no puede ver nada más que su orgullo. Estás ciego a la realidad, y no debería haberte escuchado. Ni entonces ni ahora”.

“Shhhhhh...” La mujer detrás de nosotros susurra de nuevo, pero la ignoro. Santa María me perdonará.

“Eres mi amiga”, le susurro a Cecilia.

“Los amigos se escuchan”.

“Perdóname. Ahora te escucho”. Cierro los ojos y cruzo las palmas de las manos, pero luego vuelvo a mirarla.

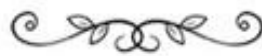
“Soy viuda”. “Soy viuda”. Se vuelve hacia el altar y finge rezar. “Así, al menos puedo ser una viuda que disfruta un poco de la vida”.

“Hay otras formas de disfrutar de la vida”, le susurro. “No solo socializar con los alemanes y sus amigos fascistas.”

“Me tratan bien; me dan comida y me escuchan, y cuando me río, se ríen conmigo. No tengo que quedarme en casa llorando como todos en el pueblo esperan que haga”.

“Pero tenías un marido al que querías”.

“Sí, tuve un marido que fue asesinado por un soldado inglés. Y ahora no tengo un marido al que amar, y tú tampoco”, continúa hablando en voz baja. “Santa María ya me ha perdonado”, hace una pausa y me mira. “Por cierto, también hay muchos pilotos de transporte alemanes entre ellos del aeródromo cercano. Lucharon en Rusia antes de llegar aquí. A lo mejor saben algo que tú no sabes. Deberías acompañarme una noche”. Mira al santo, se persigna y se levanta. La sigo con la mirada mientras sale de la iglesia, dejándome arrodillado ante la estatua.



“Francesca, ¿a dónde vas vestida así?”

“Mamá, no es tu problema”. Me paro frente a la puerta abierta del armario de madera y me observo en el espejo. Ya me he cambiado tres vestidos, tirando los que no me gustan en la cama. Esta es la misma cama donde hice el amor con Emanuel la noche antes de que me lo arrebataran. Se hace tarde y tengo que decidir.

“¿Qué diría papá si estuviera aquí?” Está en la puerta mirándome, con Rafael dormido en brazos.

“Papá lo entendería, y papá ya no está con nosotros”, le respondo, arrepintiéndome al instante. Debería pensar más antes de hablar.

“Papá no aprobaría que me hablaras así”.

“Lo siento.” Me acerco a ella y le doy un abrazo; luego beso suavemente a Rafael en la cabeza y vuelvo al espejo. Mis dedos desabrochan rápidamente el vestido y lo tiro sobre la cama junto con los demás, ahora vestida solo con una simple camisola.

“¿Vas a salir a su encuentro?” Me pregunta, pero no le contesto. Me miro en el espejo y me pellizco la cintura. Ojalá tuviera un cuerpo más curvilíneo. Los últimos meses han sido duros, y era difícil conseguir comida. He notado que los pechos se me han quedado un poco pequeños, sobre todo después de dejar de dar el pecho a Rafael. El suave tejido de la camisola se siente suelto contra mi cuerpo.

“Padre no estaría de acuerdo con esto”, continúa.

“Papá intentó luchar contra ellos y fracasó”. Me limpio una lágrima de la cara y aprieto el tirante de la camisola. “Ahora estamos solas”. Finalmente elijo un vestido de color crema claro que me probé antes pero que tiré a un lado sobre la cama insatisfecha.

“¿Te influyó ese amigo tuyo? He visto con quién sale”, mamá sigue de pie en la puerta, pero no le contesto. Me observo en el espejo. Desde ese día llamo a este vestido el vestido Roma. Quiero quitármelo y volver a tirarlo en la cama, pero esto es lo mejor que tengo.

“Tienes un hijo y estás casada. Las mujeres casadas no hacen esas cosas”.

“Mamá, ya basta. Sé lo que hago”, digo mientras me pinto los labios con el único carmín que tengo y me pellizco las mejillas para enrojecerlas. “¿Cuidarías de Rafael por mí hasta que regrese?”

“No quiero que hagas eso”.

“¿Podrías darme un poco de privacidad?” Le digo, y finalmente sale de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Tengo que terminar de arreglarme y el vestido no me sienta bien.

Después de arreglarme lo mejor posible, me miro por última vez en el espejo antes de salir.

“Ciao mama. Te amo. Por favor, no me juzgues”. Le doy un beso. Cuando me voy, la veo de pie en la cocina preparando té con plantas que ha recogido en el campo, mientras Rafael duerme en su cuna a su lado.

“Yo no te juzgaré, pero ella sí”. No me devuelve el beso, sino que se cruza de brazos mientras me mira con sus ojos negros.

“Sí, solo Santa María puede juzgarme”, le respondo, esperando que la santa lo entienda.

“Y tu marido, tu marido luchando en Rusia, del que te olvidaste”.

“Sí, mi marido también me juzgará, pero también tendrá que entender” Me alejo y salgo de casa, luchando contra el impulso de cerrar la puerta de madera tras de mí. No quiero que Rafael se despierte.

La calle está mojada por la lluvia que ha caído esta tarde, y oigo cómo mis zapatos golpean el pavimento liso. Una ráfaga de viento frío me hace estremecer y me abrazo a mí misma. No me llevé el abrigo. Es demasiado simple para ellos. Es mejor que tenga un poco de frío.

Al pasar por la desierta plaza del pueblo, me detengo junto al cine cerrado y miro el enorme cartel de lona que glorifica la victoria en Rusia, consiguiendo leer las brillantes letras en la oscuridad.

“Perdóname, Santa María por lo que voy a hacer”. Me persigno ante el cartel y luego me acomodo.

“Perdóname, mi querido Emanuel, pero sé que lo entenderás”, susurro por última vez mientras me ajusto el vestido y me pellizco la cara para que mis mejillas se pongan rojas y tentadoras antes de entrar en el café.

El ruido de la música y el hedor del humo de los cigarrillos me golpean al abrir la puerta del café, apresurándome a cerrarla tras de mí. No quiero que nadie note que entré. Me apoyo en la puerta, asegurándome de que está cerrada, y miro a mí alrededor. El pequeño café está lleno de soldados y oficiales alemanes que se sientan alrededor de las mesas o se quedan de pie en un rincón con sus bebidas. Algunos cantan una canción alemana que no reconozco.

“Lily Marlene”, repiten de vez en cuando el nombre de una mujer mientras cantan sobre una niña de pie bajo un farol, esperando a que su soldado regrese del campo de batalla. “Lily Marlene”. Levantan sus copas cada vez que mencionan su nombre y beben un sorbo. Necesito irme de aquí. No puedo hacerlo. Aquí hay muchos. ¿Cómo conseguiré encontrar el que necesito?

Veo a Cecilia sentada en una de las mesas de la esquina de la sala, envuelta en una nube de humo de cigarrillo. A su lado hay un oficial alemán; su mesa está llena de copas de vino vacías. Le sonrío, pero su atención se centra en su acompañante, que le entrega una caja de cigarrillos. Saca uno y lo enciende con ayuda del agente.

“¿Puedo invitar a la señora a una copa?” Me pregunta un oficial alto y rubio.

Examino la gorra del oficial y la cruz de hierro que lleva al cuello, escudriñando su uniforme en busca de la insignia adecuada. “No, gracias”. Le sonrío amablemente. Tengo que encontrar a otra persona.

Dos oficiales con zapatos rojos de paracaidista me sonríen desde su mesa y levantan sus copas. Los ignoro y sigo caminando hacia el interior de la cafetería, saco un cigarrillo y me lo meto entre los labios. Me encuentro junto a un agente de pelo castaño y uniforme azul oscuro.

“Aquí tiene, señora”. Saca un encendedor metálico del bolsillo y yo me acerco a su mano extendida, aspiro el humo y le sonrío con gratitud. En el pecho lleva una insignia de aviador. “¿Puedo invitarte a una copa?”

“¿Qué te parece Italia hasta ahora?”. Le sonrío. “¿Más agradable que la helada Rusia?”

“Afortunadamente, no estaba en Rusia. Solo unos pocos afortunados salieron vivos de allí”, ríe. “Luché en el desierto del norte de África”. Bebe un sorbo de su copa de vino. “Mucho más pacífico, con la excepción de las víboras inglesas”.

“Tienes suerte. He oído que el invierno en Rusia es duro”. Sigo fumando a su lado. No lo conseguiré.

“Estuvo en Rusia”. Saluda a otro piloto y el oficial le devuelve el saludo y nos invita a unirnos. “¿Te gustaría escuchar historias sobre la nieve y las cloacas de Stalingrado?”. El piloto me acompaña hacia la mesa y nos presenta, poniendo su mano en mi cadera.

“Teníamos que encender fogatas bajo los motores de los aviones para que no se congelaran, de lo contrario no podríamos arrancarlos por la mañana”. Vacía su copa de vino. “Y los rusos no lucharon contra nosotros en absoluto. Dejan que nuestros soldados mueran congelados”. Vuelve a llenar su vaso. “Pero para el mundo exterior anunciaron que les habíamos ganado”. Sigue dando sorbos a su vino mientras le hago preguntas. Esto dura un rato. Su uniforme está lleno de medallas y condecoraciones, y la Cruz de Hierro Negra adorna su cuello. El otro piloto que nos presentó hace tiempo que se fue, probablemente uniéndose a sus amigos cantando sobre Lily Marlene.

“¿Cómo es aterrizar en la nieve?” le pregunto, y él me lo explica con todo lujo de detalles mientras yo finjo interés. Mis dedos tocan de vez en cuando su brazo que descansa sobre la mesa, e intento olvidar cómo se sentía la cálida mano de Emanuel.

“Los rusos nos odiaban, a los pilotos de transporte, porque manteníamos con vida a los soldados asediados”, me acaricia la mano un momento.

“¿Y cómo saliste de allí? Eres un héroe”. Doy un sorbo de vino y le miro, intentando captar su mirada.

“Hacía falta mucho valor para volar todos los días al frente de Stalingrado e intentar evacuar a nuestros soldados para que no fueran capturados”. Me sonrío. “Probablemente tengas razón. Soy un héroe”.

“Aprecio el heroísmo. Sus historias son fascinantes”. Le tiendo mi vaso para que lo rellene.

“¿Y por qué una mujer guapa como tú se interesa por las historias de los pilotos?”.

“No me interesan las historias en sí. Me interesan los héroes que son nuestros aliados”.

“¿No te aburren mis historias?”

“Sus historias me fascinan. Todavía tengo muchas preguntas”. Toco su palma un momento, sintiendo sus suaves dedos.

“¿Quieres que vayamos a un lugar más privado? Es difícil mantener una conversación con tanto ruido a nuestro alrededor”.

“Tengo un sitio bonito al que podemos ir”, le digo y me río, luchando contra mis náuseas pero tocándole de nuevo el brazo como por error.

“¿Quieres enseñarme este sitio?”. Se ríe y saca un montón de billetes, dejándolos sobre la mesa sin molestarse en contarlos.

“Sígame”. Tomo su gorra de oficial, me la pongo en la cabeza y le tomo de la mano, conduciéndole hacia la salida. Tomo una botella de una de las mesas con la mano libre.

“Buenas noches”. Me parece que nos acompañan saludos y risas de las mesas de alrededor, pero los ignoro. Necesito salir al aire libre. Espero no haber bebido demasiado.

“Ven conmigo, mi héroe de la Luftwaffe”. Camino por el silencioso callejón, con nuestras manos entrelazadas, mientras intento respirar el frío aire nocturno. Intenta detenerse y besarme un par de veces, acercando sus labios manchados de vino a los míos, pero giro la cabeza y dejo que me bese el cuello, luchando contra las oleadas de náuseas. No puedo parar; no ahora.

“Paciencia, mi héroe, llegaremos pronto. Toma, bebe este vino”, le susurro y le doy un sorbo de la botella que sostengo, rezando para que no se nos cruce nadie en la oscuridad.

“Buen vino y una italiana con curvas es todo lo que necesita un piloto alemán”. Me devuelve la botella y se esfuerza por estabilizarse, abrazándome de nuevo.

“Espera aquí un momento. Ya vuelvo”. Respiro hondo mientras nos acercamos a mi casa, y siento sus manos intentando tocarme los pechos. Me alejo de él y subo los escalones de piedra de la casa.

“¿Debo ir? ¿Frau Italiana?” Pregunta, balanceándose ligeramente en el centro del callejón.

“Shhh... Espera en silencio. Te llamo enseguida”, abro la puerta de casa y entro rápidamente. “Mamá...”

“¿Dónde estabas?” Ella está de pie en el pasillo. “¿Has estado bebiendo?”

“Mamá, toma a Rafael y vete a tu habitación”.

“¿Qué pasó? ¿Qué haces?”

“No importa mamá, haz lo que te digo”. Me apresuro a entrar en mi habitación, me saco el algodón del sujetador y lo tiro debajo de la cama.

Espero que Santa María te ayude”. Se persigna y se apresura a entrar en la trastienda, cerrando la puerta tras de sí.

“Ven... sube...” le susurro. Sube las escaleras y entra en casa, sosteniéndome entre sus manos. Me besa en los labios e intenta meterme la lengua en la boca. Huele a vino mezclado con sudor, probablemente yo también. “Espera... ven conmigo”. Le llevo a mi dormitorio, sintiendo cómo su mano intenta acariciarme por detrás. “Un momento...”

“Creía que querías hacerme más preguntas”. Me abraza por detrás, apretándome fuerte los pechos, y yo lucho para no gemir del dolor.

“¿Y los soldados italianos? ¿Intentaste salvarlos también del frente asediado?”.

“¿Soldados italianos?” Sonríe y sigue tocándome los pechos con fuerza. “Nadie se preocupaba por ellos. De todos modos, no saben luchar. No valía la pena salvarlos”.

“Me estás hiriendo”. Le quito las manos pero dejo que se acerque e intente besarme. Tengo que saberlo. “Pensé que estaban luchando juntos.”

“¿Luchando juntos?” Murmura. “Nos dieron instrucciones de no evacuarlos en nuestros aviones y dejarlos morir en la nieve”. Se echa a reír. “Es bonito que puedas elegir cómo morir, por congelación o por una bala soviética”.

“Ya basta”. Intento empujarle, pero es fuerte y me inmoviliza contra la pared.

“¿Ya terminaste de hacer preguntas?” Se ríe. “¿No quieres preguntarme si me gustan las italianas?”

“No. Estoy cansada, y tú estás borracho. Tienes que volver a tu base”. Intento liberarme de su pesado cuerpo que me inmoviliza, noto su mano levantándose el vestido y acariciándome los muslos.

“Me prometiste algo”. Me agarra las bragas e intenta bajármelas, haciéndome jadear de dolor por la tela estirada sobre mis muslos. “Y los dos sabemos a qué he venido”. Oigo cómo se rasga la tela de mi ropa interior y siento su lengua intentando entrar en mi boca. Tengo que echarlo. Tiene que irse.

“¡Basta, basta, me haces daño!” Intento apartarlo de mí con todas mis fuerzas.

“A los italianos les encanta el romanticismo, ¿verdad?” Se ríe y me agarra la nuca, intentando besarme de nuevo. Su boca huele a alcohol, mientras sus labios se aprietan contra los míos. “¿Así es como te gusta?”

“¡Fuera de aquí!” Mis uñas arañan su cuello mientras lucho contra la sensación de náuseas.

“¿Te gusta duro?” Me agarra la mano y la lleva a sus pantalones, apretándola contra la tela áspera y dura. Su otra mano intenta levantarme aún más el vestido mientras me agarra con fuerza los muslos. “Maldita italiana, no vine aquí para nada.”

Gimo de dolor e intento apartar la mano, que él sujeta a sus pantalones, pero es demasiado fuerte y no consigo liberarme. Me va a violar.

“Suéltame...” Intento empujarle con las caderas, pero su mano solo sube más, intentando tocarme.

“Me gusta tu pequeño esfuerzo de resistencia”. Dice en voz alta y aprieta su cuerpo contra el mío. ¿Y si mamá oye e intenta intervenir? Intento taponarle la boca con la mano libre, pero me muerde los dedos y reprimo un grito cuando sus manos me aprietan con fuerza los pechos. Intento arañarle los ojos con las manos libres, y mientras él se aparta un segundo para protegerse los ojos, yo giro la cabeza y me meto un dedo hasta el fondo de la garganta, provocándome el vómito en su dirección.

“Italiana asquerosa”. Se aparta rápidamente de mí, intentando limpiarse la camisa y los pantalones con la mano.

“Lo siento, bebí demasiado”. Lo miro y no me molesto en limpiarme, sintiendo el sabor agrio

en la boca y las lágrimas en los ojos.

“Son todos iguales, italianos. Bonito por fuera y asqueroso cuando te acercas demasiado”, dice antes de salir de mi habitación. Me quedo apoyada contra la pared, respirando lentamente e intentando limpiarme los labios con el dorso de la mano. Oigo sus pasos en el pasillo y el ruido de la puerta al cerrarse. Solo entonces caigo de rodillas y empiezo a llorar, mirando mi querido vestido manchado.

“¿Francesca?” Mamá me llama desde detrás de la puerta cerrada.

“Estoy bien, mamá, no salgas”. Me levanto rápidamente y salgo de casa, acordándome en el último momento de no cerrar la puerta tras de mí. Tengo que apoyarme cuando bajo los escalones de piedra hacia el callejón. Necesito asegurarme de que se ha ido. A la débil luz de la farola, puedo ver su silueta mientras se aleja, desapareciendo hacia la plaza. “Vete”, susurro, intentando recordar su nombre, pero ya no importa.

Abro la puerta del cobertizo, ignorando el sabor agrio de mi boca, y me dirijo hacia la motocicleta, casi tropezando con los troncos de la chimenea y rascándome las piernas en la oscuridad.

“¿Por qué tuviste que ir a la guerra?” Le doy una patada a la motocicleta. “¿Por qué no huiste de ellos?”. Le doy una y otra patada a pesar de que duele. “Ya nada importa. De todas formas estás muerto”. Agarro la motocicleta por el asa y la dejo caer al suelo. “¿Cómo puedes estar muerto?” Le grito una y otra vez a la motocicleta.

“No deberías hacer eso”. Oigo una voz tranquila que viene del otro lado del cobertizo, pero ignoro al loco de Gabriel y cierro la puerta de madera tras de mí. Tengo que irme a casa. Tengo que hacer algo.

Después de lavarme la cara con un poco de agua fría, me quito el vestido sucio del cuerpo y lo tiro al suelo. Luego, enrolló mi ropa interior rota en una pequeña bola de tela y la quemo a la llama de la vela, ignorando el penetrante olor.

“Francesca, ¿todo bien?” Mi madre pregunta de nuevo.

“Todo bien, mamá. Vuelve a dormirte”, le contesto y corro al dormitorio, me quito la camisola rota, tomo un trapo húmedo y me arrodillo. Froto el suelo para limpiarlo. Estoy desnuda y me duelen las rodillas por el agua fría y el duro suelo de piedra, pero no me detengo. No puedo parar. Al terminar, tiro el trapo sucio a un lado, saco una camisola limpia del armario y me pongo el vestido negro que me espera en el armario desde hace tiempo. Tal vez Cecilia tenía razón y es hora del vestido negro.



“¿Cecilia!” Llamo a la puerta de su casa con fuerza. “Cecilia, ábreme la puerta”. Vuelvo a llamar. El sabor agrio y amargo en la garganta sigue ahí, a pesar de enjuagarme la boca y comer hojas de menta repetidamente. Empezó a llover de nuevo y pude sentir cómo las gotas de lluvia me golpeaban la nuca y mojaban mi vestido negro. Temblaba por el frío aire de la noche. No podía dormirme después de lo que pasó con el oficial alemán. “Cecilia, soy yo”. Volví a golpear la puerta de madera con el puño, todavía mareada y con náuseas por todo el vino que había bebido.

Todavía podía sentir el sabor de su asquerosa lengua. ¿Podría ser que todavía esté pasando tiempo con su alemán?

“¿Qué quieres?” La puerta por fin se abre, y ella me mira, vestida con su camisón.

“Por favor, no salgas con él”.

“¿De quién estás hablando?”

“Tu oficial alemán, los alemanes...” Siento que mi cuerpo tiembla de frío.

“¿Qué pasó?” Me mira a través de la rendija de su puerta abierta. “¿No te fue bien con tu oficial alemán? ¿Quieres que te ayude a encontrar otro?”.

“No es mío, y no es tuyo. Tenemos que permanecer unidos; tenemos que ayudarnos unos a otros”.

“Gracias, pero ya me está ayudando. No necesito más ayuda”. Intenta cerrarme la puerta en las narices, pero yo meto el pie en la rendija, intentando pensar qué decirle.

“Cecilia, por favor, solíamos ser amigas.”

“Sí, nosotras también tuvimos maridos una vez. Ya sabes, a veces la guerra cambia las cosas”.

“¿Es eso lo que realmente quieres? ¿Para estar con uno de ellos?” Todavía mantengo mi pie en su puerta.

“¿Alguien me ha preguntado qué quiero? ¿Alguien te ha preguntado qué quieres?”

“Pero no puedes ser así. No puedes salir con ellos”. Intento organizar mis pensamientos y palabras.

“¿Qué otra opción tengo? ¿Seguir siendo una viuda compadecida por todo el pueblo?”.

“¡No les das pena!” Sigo sosteniendo la puerta. Me duele la cabeza por el vino.

“Créeme, lo hacen, y ya se compadecen de ti también. Eres demasiado orgullosa para admitirlo”. A pesar de la fuerte lluvia se niega a dejarme entrar.

“¿Y nuestra gente?”

“¿Qué pueblo; el glorioso imperio fascista que envió a mi marido al norte de África a morir en el desierto? ¿O a los generales fascistas italianos que enviaron a tu marido a morir en la nieve de Stalingrado?”.

“No digas eso. Mi marido no murió en la nieve. Está vivo y lo encontraré. Iré hasta Rusia para encontrarlo si hace falta” le grito mientras lucho contra mis ganas de vomitar.

“¿En serio?” A pesar de la débil luz, noto que mira mi vestido negro empapado. “Veo que te has puesto el vestido negro. Te conviene. Parece que hasta tú sabes que ya no está vivo”.

“Sé que puede estar muerto, pero no voy a rendirme. Lo encontraré”, intento encontrar las palabras adecuadas, sintiendo que no sé explicarme. “Por favor, no salgas con el oficial alemán.”

“Mírate”, levanta la voz. “Solías ser orgullosa. Eras una respetable mujer italiana. Mira en lo que te has convertido. Ahora eres un trapo mojado, igual que nuestro país. Deberías buscarte un oficial alemán educado como hice yo. Y cuando lo hagas, no le preguntes de dónde te ha sacado el abrigo de piel, mientras sea agradable y cálido”. Consigue apartarme la pierna y sale dando un portazo, dejándome de pie en la oscuridad, frío y mojado por la lluvia.



“Francesca, una vez más lo siento”, me dice unos días más tarde el empleado de más edad de la oficina de correos. Todos los días llego a la misma hora y todos los días me da la misma respuesta. Se levanta de su mesa y se acerca al mostrador. Junto a él hay un soldado alemán que atiende a los demás clientes.

“Está bien. Volveré mañana”. Le sonrío y salgo a la plaza. Ya no le pido que revise las bolsas de correo apiladas en un rincón.

Lleva lloviendo varios días. Dejé a Rafael con mamá y caminé por el pueblo, ignorando a la gente que miraba mi vestido negro.

El cartel gigante que glorificaba las batallas rusas, que colgaba de la pared de la sala de cine, desapareció, y fue sustituido por otro en el que aparecían un granjero y un soldado uniendo sus manos y dando la bienvenida a la primavera victoriosa. Pero la primavera aún no ha llegado y fuera hace frío y llueve. Cruzo con cuidado la plaza intentando mantener el calor con mi viejo abrigo.

El sonido de la motocicleta de un auto me hace volverme, y me detengo para ver cómo el auto de un oficial alemán atraviesa la plaza a toda velocidad, haciendo chirriar sus neumáticos y llenando el aire de un penetrante olor a gasolina.

La gente sigue su camino ignorando el auto que se detuvo frente al café, pero yo sigo allí de pie. Veo al conductor saltar del auto y apresurarse a abrir la puerta trasera.

“Señora”. El conductor mantiene la puerta abierta mientras Cecilia sale del vehículo, con un abrigo de piel y guantes de cuero.

“Gracias”. Ella le sonrío y el agente le toma la mano. Nuestras miradas se cruzan durante una fracción de segundo mientras ella y el alemán caminan hacia el café. No dice nada y se gira para mirar hacia otro lado. Cuando pasa a mi lado, miro hacia abajo y escupo en la acera.

“Alto”, me ruge el oficial alemán. Lleva un uniforme negro decorado y un sombrero con una calavera. “¿Qué acabas de hacer?” No para de gritarme en alemán.

«Solo me sentí mal por un momento», le respondo en italiano y miro a Cecilia, pero ella sigue allí de pie, sujetándole el brazo, de espaldas a mí.

“Discúlpate con la señora”, me grita en alemán.

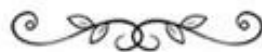
“Me disculpo”, le digo, examinando el abrigo de piel marrón que lleva.

“Sigue caminando. No quiero verte más por aquí”, me ordena.

“Perdóname. Una vez tuve una amiga que era exactamente igual que ella, pero debo estar equivocado. Realmente perdón”. Levanto la mano haciendo el saludo nazi y vuelvo por la plaza.

“Algún día nos vengaremos de mujeres como ella”, me susurra un joven al pasar junto a mí en el callejón. Pero antes de que pueda responder, desaparece por la esquina.

Me detengo junto a un cartel en el que se lee: “La daga fascista derrotará a la serpiente americana que está a las puertas de nuestra nación”. Las mujeres que se reúnen en la plaza cada mañana dicen que los americanos han desembarcado en Sicilia.



Las barras y estrellas

Italia, abril de 1944, un año después

“Mamá, mira, un camión”, grita Rafael entusiasmado, señalando en dirección a un vehículo blindado alemán que pasa por la plaza del pueblo, sacudiendo las aceras de la calle con un fuerte ruido.

“Vamos, cariño”. Le levanto y retrocedo unos pasos.

“Y uno más”, grita alegremente, saludando a los soldados que están en el vehículo blindado. Llevan cascos de acero y sus manos sostienen ametralladoras que nos apuntan. Noto sus cinturones de balas de cobre brillando al sol de la mañana.

“Y uno más”, grita, “Bravo”.

Solo hay unas pocas personas de pie en la plaza que observan en silencio el paso de los vehículos alemanes, pintados con colores de camuflaje y llenando el aire de la mañana con el rugido de sus motocicletas. La cruz de hierro negra del ejército alemán está pintada en sus costados, e intento contarlos pero pierdo la cuenta en algún momento. Siguen pasando, uno tras otro a gran velocidad, ensordeciéndonos con su ruido y desprendiendo un profundo olor a gasolina quemada, sin detenerse ni un momento.

“Déjame bajar...” Rafael intenta soltarse de mis brazos y bajar a la acera, pero le sujeto con fuerza y miro el tanque alemán que cruza la plaza. Un oficial con uniforme negro está de pie en su torreta y habla por un walkie-talkie.

Algunos niños corren por la plaza e intentan dejar atrás a los vehículos alemanes que pasan, riendo y saludando con los brazos en alto como si fuera una especie de aventura. *¿Qué ocurre?*

“Dicen que los americanos avanzan desde el sur hacia el pueblo”, oigo decir a una mujer mientras me acerco a la fuente de la plaza.

“No creo que los estadounidenses lo consigan. Los alemanes lucharán. Nunca se rinden”, responde otra mujer.

“¡Qué vergüenza!”, grita una de las mujeres y agarra firmemente de la oreja a un niño que solloza, arrastrándolo fuera de la plaza y del grupo de niños que corren y saludan hacia los alemanes. Pero a medida que los alemanes se acercaban, desaparecían hacia la salida sur del pueblo y la carretera de Nápoles, dejando tras de sí solo huellas en los adoquines de la plaza y rastros del olor de un motocicleta. *¿Qué ocurre en el sur?* Sigo agarrando con fuerza a Rafael a pesar de sus protestas y me vuelvo hacia la carnicería que hay al lado de la plaza. Tal vez él sabe lo que está pasando.

La puerta de la carnicería está cerrada y la golpeo con el puño, intentando mirar dentro a través del sucio cristal. Hay una luz ahí dentro.

“Mamá, ¿por qué golpeas la puerta?”

“Está bien, cariño. No le voy a dar”. Finalmente le suelto de mis brazos después de mirar hacia la carretera mientras cruzábamos la plaza, asegurándome de que no venían más vehículos alemanes.

Oigo el pestillo y una chica joven abre la puerta. Tiene los ojos rojos y el pelo revuelto.

“Buenos días. ¿Dónde está el carnicero?” le pregunto.

“Se fue. Lo siento. Por favor, ven mañana”. Empuja la puerta e intenta cerrármela en las narices.

“¿Va todo bien?” Pongo la mano en la manilla y la abro con fuerza.

“Se lo llevaron anoche”. Me mira y se limpia los ojos.

“¿Quién se lo llevó? ¿Ellos?”

“Sí, los fascistas. Dijeron que escuchaba la BBC, y fue detenido por traición y por difundir rumores de derrotismo. Lo siento, ven mañana”, cierra la puerta de un portazo y oigo el cerrojo desde dentro. ¿Qué es lo que pasa? Se oye un disparo a lo lejos.

“Mamá, vigila a Rafael. Quédate en casa, no salgas”. A pesar de sus protestas, se lo entrego en cuanto llego a casa, tomo una cesta y la mayor parte del dinero del tarro de la cocina. Intentaría comprar algunos víveres en el mercado si quedara alguno.

“¿Escuchaste los disparos afuera?” Mamá me pregunta.

“Vigílalo. Volveré pronto”.

“Vimos muchos camiones y mamá me abrazó”. Oigo a Rafael contárselo a mi madre emocionado mientras salgo, cerrando la puerta principal tras de mí. Las calles que conducen a la plaza están ahora vacías de gente, y camino rápidamente, ignorando los disparos en la distancia. Cuando me acerco a la fuente, me detengo a mirar a mí alrededor.

La plaza está abandonada. Todas las tiendas que estaban abiertas hace poco, ahora están cerradas. Las mesas del café también están desiertas, y no hay vehículos del ejército alemán de color azul grisáceo aparcados fuera. Incluso la oficina de correos, que siempre está abierta, ahora está cerrada. Solo dos jóvenes que no conozco corren por la plaza, y parece que uno de ellos lleva un rifle en la mano. Se detienen un momento y uno de ellos pinta las palabras “Venganza de los alemanes y los colaboracionistas” en la pared del cine. Mueve el pincel a trazos rápidos, ignorando la pintura negra que gotea, antes de que sigan corriendo y desaparezcan en uno de los callejones. A lo lejos, los disparos se hacen más fuertes.

“Mamá, ayúdame a cerrar las persianas”, le pido cuando vuelvo a casa y cierro la puerta tras de mí con el pestillo grande.

“Francesca, ¿qué está pasando afuera?”

“No sé. Puede que los americanos se estén acercando. Tal vez los alemanes lograron detenerlos. No sé”.

“¿Has oído algo? ¿Alguien sabe dónde están los americanos?”

“Mamá, las persianas”. Recorro la casa y cierro una a una las persianas metálicas, asegurándome de que los cerrojos estén bien trabados.

“Mamá, quiero ver más camiones”.

“Mañana, cariño. Ya es tarde y todos los camiones se han ido a dormir”. Me agacho para abrazarle. Suena un disparo desde fuera, esta vez más cerca. “Mamá, ayúdame con la estantería”. Empiezo a empujar la pesada librería de madera que hay en el pasillo hacia la puerta principal.

“Mamá, ¿qué son esos ruidos?”

“No es nada, cariño”. Le abrazo. “Ven, te sentaré en la estantería y puedes fingir que es un auto conduciendo hacia la puerta principal”. Oigo otro disparo desde fuera.

“Deben de estar buscando a todos los que colaboraron con los nazis”, me susurra mamá al cabo de un rato. Llevábamos horas encerrados en la casa, oyendo disparos de vez en cuando.

“¿Estás seguro? Los nazis siguen aquí”, le susurro.

“Si los americanos están cerca del pueblo, entonces no estarán aquí mucho más tiempo”, responde y se persigna.

“¿Crees que eso es lo que les hacen a los que cooperaron con ellos?”. La miro y ella asiente. ¿Y Cecilia?

“Mamá, tengo que salir unos minutos”. Me dirijo a la puerta principal y empiezo a apartar la estantería.

“Francesca, no, no vayas ahí”. Se apoya en la estantería y bloquea la puerta de madera. “Sé exactamente lo que pretendes hacer”.

“Mamá, tengo que hacerlo”. Empujo la estantería con todas mis fuerzas, ignorando a Rafael, que se echa a llorar.

“No hace falta. Ella tomó sus propias decisiones, y este es su destino”. Se persigna de nuevo. “No es tu destino”.

“Mamá, era mi amiga. No abras la puerta a nadie. Ya vuelvo”. Ahora vuelvo”. La abrazo y, finalmente, se aparta y toma a Rafael en brazos, intentando calmarlo mientras salgo a la calle desierta y cierro rápidamente la puerta tras de mí.

Mientras corro por la calle, me detengo en la entrada de cada callejón y compruebo que está vacío. El sol se ha puesto y la oscuridad es casi total. Así me resulta más fácil intentar ser invisible mientras corro entre las sombras de los edificios. Necesito saber si la han cogido. De vez en cuando oigo disparos y ruidos fuertes, tal vez explosiones, pero las calles están vacías de gente y la ropa blanca cuelga de los tendederos de algunas casas como banderas de rendición. Solo un poco más. Me detengo para recuperar el aliento. Debo ir a su casa.

Mientras espiaba desde un extremo de la calle, observo que un vehículo blindado alemán se detiene, y varios soldados descienden de él. Me doy la vuelta y corro hacia otro callejón. Debo volver a casa, pero necesito saber si le hicieron algo.

“¡Levantad los brazos!” Oigo gritos en alemán. ¿Me están llamando?

“¡Venganza!” Alguien grita en italiano, y de inmediato se produce una ráfaga de disparos. Unas cuantas personas que corrían por la calle se desploman de repente como muñecos de trapo.

Corre, corre, corre, y aún consigo darme cuenta de que un cóctel molotov lanzado al aire se convierte en una bola de fuego al tocar el suelo. Sigo corriendo con todas mis fuerzas, en dirección al callejón más cercano.

Corre, corre, corre, ignora al joven que yace en la calle en un charco de sangre, con los brazos extendidos a los lados. Ignora el jeep alemán quemado al final del callejón. Corre, corre, corre.

Solo me detengo al acercarme a la casa de Cecilia. Jadeo, agachándome y tratando de relajarme, saboreando lo agrio de mi garganta. *Respira, respira, respira, no pienses en lo que viste, no pienses en el joven y en la mancha de sangre. No pienses en el soldado alemán muerto que yace en la calle.* Debo concentrarme solo en lo que he venido a buscar, y luego volver deprisa a casa con mamá y Rafael.

“Cecilia”, susurro mientras me acerco a su puerta. La puerta principal está abierta de par en par y rota, como si alguien la hubiera pateado. “Cecilia.” El interior de la casa está oscuro, y entro, paso a paso, “Cecilia...” Me dirijo a la cocina, encuentro una vela y la enciendo, yendo lentamente de habitación en habitación. “Cecilia...”

Los muebles de la habitación de invitados están patas arriba y el armario de su dormitorio está vacío de ropa. La cocina también está vacía de comida. “¡Cecilia!” Llamo y me propongo

salir de su casa. Por última vez, entro en su dormitorio y me persigno ante el cuadro de la Santa María que cuelga de la pared. Espero que haya conseguido escapar. Solía ser mi amiga.

“¡Raus! ¡Fuera!” Oigo a alguien gritar en alemán fuera, junto con el sonido de un cinturón de orugas de conducción blindada. Corro a la cocina, pero lo único que encuentro allí es una botella de cristal vacía. “¡Raus!” Oigo el grito de nuevo, y una serie inmediata de disparos fuera sigue, junto con el chirrido de la correa de oruga de conducción y el sonido de la motocicleta. ¿Me apuntaban a mí o gritaban a las casas cercanas? ¿Ahora qué hago? Apago la vela y me pongo de rodillas, abriéndome paso a tientas por la oscuridad del interior de la casa, al tiempo que intento hacer el menor ruido posible.

Solo cuando estoy absolutamente seguro de que han seguido adelante, salgo del armario vacío y empiezo a correr hacia casa.

Corre, corre, corre. Tengo que volver. ¿Y si intentan entrar en mi casa? ¿Qué pasará con Rafael y mamá? Me duele el pecho cuando por fin me acerco a la casa. Tengo que estar preparado. No tocarán a mi hijo. Entro en el pequeño cobertizo a oscuras. Estaré listo.

“Es peligroso. Hay disparos fuera, Gabriel Di Maggio, Cuarto Regimiento de Fusiles, Ranger de Avanzada, Tercer Pelotón de Motocicletas”, balbucea.

“Gabriel, ayúdame”, le grito mientras jadeo, sostengo la motocicleta y la pongo de lado.

“Es peligroso. Vienen los alemanes”, susurra y se pega a mí, intentando abrazarme con su andrajoso y maloliente viejo abrigo militar.

“Gabriel, ayúdame. Sujeta la botella”. Abro el depósito de la motocicleta mientras está tumbada de lado y lleno la botella vacía con el combustible que se derrama de ella.

“Es una bomba. Es peligroso. Me dispararon, pero no huí”. Se acerca aún más a mí; sus manos temblorosas me ayudan a sujetar la botella y a verter un poco de gasolina.

“Gabriel, necesito un trozo de tela”, le grito a pesar de que está justo a mi lado, ignorando el olor a gasolina que se derramó sobre mis manos.

“Me dio un pañuelo el hombre que te abrazó en el tren”. Gabriel se ríe nerviosamente, saca un trozo de tela sucia del bolsillo de su abrigo y me lo entrega.

“Gracias, Gabriel. Quédate aquí, no salgas”. Meto el trozo de tela en la botella y salgo del cobertizo, agachándome junto a las escaleras que llevan a la casa mientras sostengo el cóctel molotov en la mano. Si vienen, estaré preparado. Se llevaron a mi padre, se llevaron a mi marido, pero no tocarán a mi hijo.

“¡Raus!” Oigo gritos al final de la calle y el sonido de una motocicleta. Me acurruco detrás de la escalera, con la mano sujetando con fuerza la botella llena de combustible. No les tengo miedo.

“¡Viva Italia!” Oigo gritos en italiano y disparos. ¿Qué es lo que pasa? ¿Se acercan en mi dirección o se retiran? Intento incorporarme un poco y asomarme por la esquina, pero no veo nada. Solo oigo el ruido de una motocicleta que se acerca y los disparos que no cesan. ¿Dónde están?

Entonces lo veo entrar lentamente en la calle desde uno de los callejones y avanzar hacia mi casa, despacio, como un antiguo monstruo de acero. Me inclino, apretando la espalda contra las piedras del muro. Oigo silbar las balas por encima de mi cabeza y siento el yeso de la pared derrumbándose sobre mi espalda y mi cabeza. Debo hacerlo; debo impedir que venga.

¡Ahora!

Me tiembla la mano al encender una cerilla y acercarla al trozo de tela sumergido en la

botella.

Ahora levántate y lánzalo, no pienses. ¡Ahora!

Mis piernas parecen cobrar vida propia cuando me pongo en pie, extendiendo el brazo y lanzo la botella lo más lejos que puedo hacia el vehículo blindado que sale de la esquina. Mis ojos siguen la pequeña llama mientras crea un arco en el aire, y luego choca contra el lateral del tanque y se convierte en una enorme bola de fuego que ilumina el callejón en una llama naranja.

Corre, corre lejos de la casa al cobertizo, y escóndete. Vendrán a buscarme. ¿Qué he hecho?

Golpeo con la mano la delgada puerta de madera a mis espaldas, pero sigo oyendo gritos en alemán y disparos en las calles de alrededor.

Escóndete en la esquina más alejada del cobertizo detrás de la leña restante. Ignora a Gabriel, que intenta abrazarme, todo tembloroso. Tápate la cabeza con las manos e ignora los gritos y disparos del exterior. No se fijaron en mí.

“¡Raus!” Alguien grita desde fuera del cobertizo.

“Es peligroso. No debes hacerlo”, me susurra Gabriel.

“¡Raus!” Gritan de nuevo. ¿Qué he hecho? ¿Por qué creí que podría detenerlos? Siento el cuerpo tembloroso de Gabriel a mi lado mientras me pone el dobladillo de su abrigo, intentando taparme. Ahora nos matarán a los dos.

“Adiós, Gabriel”, le susurro y le suelto las manos que me sujetan. Empiezo a levantarme hacia la puerta. Intentaré huir. Lo conseguiré.

“¡Raus!” Se oye de nuevo la llamada de fuera, seguida de varios disparos.

No pienses, abre la puerta y corre hacia el callejón, no mires atrás. Lo conseguiré. Solo unas docenas de pasos hasta que cruce la calle y escape.

Me levanto y miro la puerta cerrada del cobertizo, respirando hondo.

“Es peligroso”, me agarra con fuerza la mano de Gabriel mientras tira de mí hacia la pila de leña que hay al fondo del pequeño cobertizo, y yo choco contra ellos y caigo al suelo, gimiendo de dolor. “Gabriel no huye”. Oigo su voz mezclada con los gritos y los sonidos de los disparos en el exterior mientras toma la motocicleta tumbada de lado, la colocan, se sienta en ella y la arranca con el pie.

“Gabriel”, grito mientras intento levantarme, apoyándome y sujetando los troncos, pero él arranca hacia delante y se estrella contra la puerta de madera, abriéndola de par en par.

“¡Gabriel Di Maggio, Cuarto Regimiento de Fusiles, Ranger de Avanzada, Tercer Pelotón de Motocicletas está atacando al enemigo, Comandante!”. Ruge y sale del cobertizo. Pero segundos después de desaparecer por la puerta de madera abierta, oigo un disparo seguido de otro.

“Gabriel”, susurro y me rasco, tumbándome en el frío suelo de piedra. “Gabriel, ¿qué has hecho? ¿Qué he hecho?”

Se producen varios disparos contra el cobertizo, y yo me aferro al suelo, cubriéndome la cabeza y conteniendo mis gritos, intentando ser invisible.

Túmbate dónde estás y no te muevas, pase lo que pase fuera. Cierra los ojos. No entran, no respiran.

Los silbidos de las balas me hacen daño en los oídos y respiro con dificultad, mis labios tocan las piedras del suelo, saboreando la suciedad. Lo más importante es estar tranquilo.

“Muévanse, cúbranme hacia delante en la calle”, grita alguien fuera en alemán, y se oyen más disparos. No me muevo. Ilie todavía en mi lugar con los ojos cerrados. No me atrevo a pensar en lo que ha pasado.

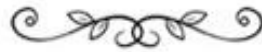
Al cabo de un rato, cuando el ruido de los disparos disminuye y ya no oigo los tanques alemanes, me arrastro hacia la puerta abierta del cobertizo y miro a la calle.

El vehículo blindado alemán sigue ardiendo en la esquina del callejón e iluminando la oscura calle, y la motocicleta roja está tumbada de lado en la esquina. Gabriel está tumbado de espaldas junto a la puerta del cobertizo, las llamas del vehículo parecen dibujar alegres alas de luz y sombra alrededor de su cuerpo.

“Es culpa mía. Te ayudaré”, me arrastro hacia él y le susurro, abrazándole a través de su viejo y desgredado abrigo militar, que está pintado con una gran mancha oscura de sangre, pero él no me responde. Sigue mirando al cielo negro y sonríe. “Levántate. No pasa nada. Se han ido”. Me pongo de rodillas e intento tirar de los bordes de su abrigo, pero no se mueve y permanece tendido en el pavimento. “Vamos, vuelve al cobertizo. Te traeré algo de comer”, repito una y otra vez, acariciando su rostro iluminado por el fuego.

No debería haber hecho lo que hice. Solo quería amar a alguien y no ser una mujer en medio de una guerra. Digo palabras en mi mente, buscando las correctas, pero no consigo encontrarlas.

“Es peligroso. No debes tumbarte así”, le susurro mientras le cierro los ojos y me levanto lentamente para volver a casa.



Dos días después, por fin cesan los disparos en el exterior, muevo la pesada librería de madera, abro la puerta principal y salgo por fin de casa.

“Mamá, ahora vuelvo”, le digo antes de bajar las escaleras hacia el callejón, asegurándome de que cierra la puerta tras de mí.

Un agradable sol matinal colorea la tranquila calle mientras camino lentamente y miro en todas direcciones. Trozos de tela blanca o sábanas colgaban de muchas ventanas, ondeando lentamente con la brisa matinal.

El tanque alemán permanece de pie en la esquina de la calle, quemado y negro de hollín, con sus ametralladoras apuntando aún hacia el cielo. Pero los soldados que corrían y gritaban por las calles ya no están, y alguien ha movido la motocicleta roja que estaba tirada en la calle y la ha apoyado en los escalones de piedra que suben a mi casa.

Gabriel también desapareció. Alguien se lo llevó. Incluso la mancha de sangre que cubría el pavimento donde le abracé aquella noche, desapareció, como si nunca hubiera estado allí. Debe haber sido arrastrado por la lluvia durante la noche. Me quedo un momento en el callejón y me pregunto si todo aquello había ocurrido de verdad, o tal vez solo me había imaginado toda aquella horrible noche.

La puerta del cobertizo está entreabierta y me asomo, sujetando con fuerza el cuchillo en la mano mientras la abro lentamente. Me sobresalto cuando la puerta chirría, pero unos segundos después entro y trato de adaptarme a la oscuridad, examinando cuidadosamente el cobertizo.

Aún puedo oler un leve aroma a gasolina en el interior, pero el cobertizo está vacío y solo unos troncos de madera se alzan en un rincón. Tardo un rato en meter la motocicleta dentro y

apoyarla contra la pared. Ya no tengo a la loca de Gabriel para ayudarme. Siento como si me asfixiara allí dentro sin su presencia, y me apresuro a salir, caminando hacia el callejón desierto.

¿Siguen todos escondidos en sus casas? ¿Se retiraron los alemanes hacia el norte? Si los alemanes escapan, ¿cómo podría conseguir información sobre mi marido? Son los únicos que saben lo que ocurrió en Stalingrado. Ellos, y los rusos que lucharon allí. ¿Habré perdido la última oportunidad de saber qué le pasó a mi Emanuel? ¿Qué iba a hacer ahora?

Vuelvo al cobertizo y me siento en silencio en la motocicleta, sujetando sus asas, pero luego las dejo y me agacho, abrazando el depósito de combustible y apretando mi cuerpo contra el frío metal. Esto es lo único que me queda de él, una motocicleta y recuerdos. Cierro los ojos y sigo abrazando y sintiendo el metal, dejando que las lágrimas rueden por mis mejillas sin intentar secarlas. Fuera oigo voces, pero las ignoro. Hablan animadamente, se dicen unos a otros que han llegado los americanos, se preguntan quién ha quemado el blindado alemán parado a la entrada del callejón.

Al cabo de un rato, cuando la calle vuelve a estar en silencio y toda la gente se ha marchado, me bajo de la motocicleta y me dirijo a la plaza del pueblo. Intentaré conseguir algo de comida. Mañana será un nuevo día. No me rendiré.

“A Roma” está escrito en letras blancas en la torreta de un tanque que lleva la bandera de las barras y estrellas mientras cruza ruidosamente la plaza y desaparece por la curva de la calle, sorteando la fuente que antaño tenía una estatua de un león a la cabeza, y que ahora está en ruinas, con escombros de mármol esparcidos a su alrededor.

“A Roma” está escrita en una flecha azul de dirección que un soldado con uniforme caqui cuelga de un poste telefónico en ruinas al borde de la plaza. Varios niños se paran a su alrededor y le observan con curiosidad, ayudándole a sujetar el cartel mientras golpea los clavos con el martillo que lleva en la mano.

“Necesito volver a Roma”, me susurro mientras otro tanque ruge y cruza la plaza, y los soldados apostados en la torreta se despiden de los niños lanzándoles caramelos.

“La cafetería está cerrada hasta nuevo aviso”, me dice un soldado con uniforme caqui sentado dentro de la cafetería cuando entro. Tiene rango de oficial y habla italiano con acento extranjero. A su alrededor hay cajas de madera de color caqui con letras negras **“US Army”**.

“Dicen que puedes ayudarme”, le respondo, aunque no sea cierto. Unos cuantos aldeanos están de pie en la plaza, tratando de procesar a nuestros nuevos conquistadores. Todas las tiendas siguen cerradas, y miran la fuente destruida y los tanques que pasan ruidosamente por la calle principal, en dirección a Roma y sin detenerse ni un segundo. Varios jeeps de color caqui están aparcados junto al café, y sus radiotransmisores llenan el aire de silbidos y ruidos vagos.

“Acabo de llegar esta mañana, ¿y ya te han remitido a mí?” me pregunta el oficial estadounidense mientras da instrucciones a un soldado que ha entrado desde el exterior para que coloque otra caja en la esquina. Una máquina de escribir y un teléfono de campaña ya están sobre la mesa frente a él.

“Sí, necesito un permiso de tránsito”. Tomo una de las sillas de cafetería que hay en la esquina y la coloco frente a él, sentándome en ella.

“Señora...”, me dice mientras toma el teléfono de campaña de la mesa.

“Mrs. Morelli”.

“Mrs. Morelli, acabamos de llegar. Nos llevará unos días organizarnos. Vuelva dentro de

unos días. Para entonces, quizá sea capaz de entender lo que quieres”. Empieza a hablar por el teléfono de campaña que lleva en la mano, explicando a alguien al otro lado cómo llegar a la plaza del pueblo.

“Dile que siga recto por la carretera hasta llegar a la fuente rota”, le digo.

“Sigue conduciendo por la carretera principal hasta llegar a la fuente rota. Me instalé en el café de la plaza”. Cuelga y vuelve a mirarme. “¿Qué querías?”

“Quiero permiso para ir al norte, para cruzar el puesto de control. También debe tener un puesto de control”.

“No hay ningún puesto de control, y no hay ningún norte. Al norte está el ejército alemán”.

“Necesito encontrar a alguien. Necesito llegar a Roma y más al norte”.

“No hay ninguna Roma, ¿me entiende?”. Responde impaciente y vuelve a contestar el teléfono que suena. “Cuando lleguéis a la aldea, yo estaré en su centro, donde está el cuartel general. Ve...”

“Tengo que ir a Roma”. Me pongo en pie y alzo la voz, le quito el teléfono de la mano y lo coloco de golpe en su sitio. “Quizá quede alguien en Roma que no haya huido y sepa algo. El hombre de los archivos, alguien, alguien allí debe saber. Tenía un marido y desapareció”.

El agente me mira un momento y vuelve a tomar el teléfono. No debería haber hecho lo que acabo de hacer. Ahora son nuestros conquistadores. Debo pedirle disculpas; él puede castigarme. Permanezco de pie frente a él, respirando agitadamente, mirando sus ojos marrones, su cara bien afeitada, su uniforme planchado. No me disculparé con nadie. Tengo un marido que encontrar.

“Me pondré en contacto con usted en breve”, le dice al hombre que está al otro lado del teléfono de campo y vuelve a mirarme.

“Mrs. Morelli, te pido disculpas, pero Roma sigue en manos de los alemanes. Tendrás que esperar pacientemente antes de poder empezar a buscar a quien desees encontrar. No puedo ayudarte. Nadie puede”.

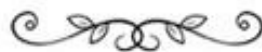
“Te pido disculpas por gritarte. No es culpa tuya. Solo querías liberarnos de los alemanes. No lo entenderías”. Me doy la vuelta y salgo de este lugar que solía ser un café, sin querer que vea mis lágrimas.

“Mrs. Morelli”, me llama. “¿Estás buscando trabajo? Necesito trabajadores”.

“No voy a trabajar para ti”. Me detengo y me vuelvo hacia él, sin importarme si nota mis ojos rojos.

“Estamos montando un hospital militar cerca del pueblo”. Escribe algo en un papel. “Ve allí, pregunta por ella. Es la enfermera encargada”. Me entrega el papel, aún con el teléfono en la mano. “Diles que te envío yo”.

“No necesito tus favores. Me las arreglaré sola”. Ignoro su mano extendida que sostiene la nota y me doy la vuelta, regresando a la plaza. No necesito que se apiaden de mí y me ofrezcan trabajo. Necesito encontrar a mi marido.



“¿Tiene hijos?” me pregunta mientras echa un vistazo a los papeles colocados frente a ella sobre el gran escritorio de metal militar. Su gorro de enfermera está bien sujeto a su pelo plateado.

“Tengo un niño de dos años”, respondo, con ganas de decirle que también tengo marido, pero me callo. No creo que le interese en absoluto como trabajadora. Se sienta en su despacho de la segunda planta de la mansión y sigue leyendo los papeles que tiene delante. Tomaron el gran edificio al sur del pueblo y ondearon su bandera sobre él, convirtiéndolo en un hospital militar. El vestíbulo de la planta baja está lleno de heridos en camas, enfermeras con uniformes blancos caminando en silencio entre ellos. La gran entrada de la mansión está ahora decorada con la bandera de la Cruz Roja que extendieron en el suelo. Al otro lado del camino de entrada, hay ambulancias de color caqui aparcadas cerca de una pila de bidones de combustible.

“¿Estás casada?” Levanta un momento la vista de los papeles que tiene en la mano y vuelve a leerlos.

“¿Necesitas a alguien para trabajar aquí o no?”

“Sabes”, levanta la vista como si se fijara en mí por primera vez, “no estamos tan mal como crees”.

“Estoy seguro”, le respondo, sin querer decirle que los alemanes también nos sonrieron al principio.

“Veo que llevas un vestido negro”.

“Llevaré un vestido negro hasta que me devuelvan a mi marido”, le respondo y, enfadada, me doy la vuelta para salir de la habitación, dando un portazo tras de mí. Empiezo a bajar las escaleras hacia el primer piso. No es asunto suyo. Pero cuando paso por la sala de pacientes heridos y veo a todos los hombres tumbados en las camas blancas, vendados y gimiendo, doy media vuelta y vuelvo a subir las escaleras. Necesito este trabajo, al menos por un tiempo.

Me agacho junto a su puerta y retomo el cartel metálico **“Jefa de enfermeras - Blanche”**, que estaba pegado a la puerta y debió de caerse al dar un portazo, intentando colocarlo de nuevo en su sitio.

“Perdóname. Realmente necesito este trabajo”. Vuelvo a entrar en su despacho y pongo el cartelito con su nombre sobre la mesa. No pude volver a subirlo.

“No creo que estés acostumbrado a disculparte”. Me mira. Fíjate en las arruguitas que tiene a los lados de los ojos.

“No.” Si no me acepta, buscaré otra cosa que hacer para llevarle comida a Rafael.

“¿Cómo dijiste que te llamabas?” Me mira de nuevo, fijándose en mi vestido negro.

“Francesca.”

“Puedes empezar a trabajar aquí mañana. Las enfermeras te explicarán lo que tienes que hacer”. Firma un papel y me lo entrega.

“Gracias, enfermera Blanche”. Me doy la vuelta para marcharme.

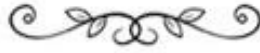
“Y Francesca”, dice antes de que cierre la puerta tras de mí.

“¿Sí, enfermera Blanche?” Me detengo y me giro hacia ella.

“Al final, descubrirás que somos más simpáticos que los alemanes”.

“Sí, enfermera Blanche”. Cierro la puerta tras de mí y me contengo para no decirle que cuando estaban los alemanes tenía la oportunidad de averiguar qué le había pasado a mi marido, y que ahora esa oportunidad se había esfumado para siempre.

Bajo rápidamente a la primera planta y busco a una de las enfermeras. Quizá sean más amables que los alemanes.



“¿Cómo dijiste que te llamabas?”

“Francesca.”

“No entiendo cómo te contrataron para este trabajo. ¿Puedes siquiera entender lo que te estoy diciendo? No creo que entiendas nada de inglés”, me dice de pie mientras yo me arrodillo para fregar el suelo de terracota de la sala de enfermeras con un cepillo duro. Sigo limpiando el suelo y no le contesto. Mejor que piense que soy una italiana estúpida que no entiende inglés. Desde el primer día que empecé a trabajar en este hospital, ha sido desagradable conmigo. Algunas de las otras enfermeras de aquí son amables y me dan cigarrillos de vez en cuando, pero ella nunca lo hace.

“Cuando termines aquí, por favor, baja a la sala principal y limpia también allí el suelo”, continúa ordenándome. Llevo un mes trabajando en la gran mansión convertida en hospital, limpiándola de la mañana a la noche y mejorando mi inglés. Necesito hablar bien inglés si quiero poder encontrarlo.

“Audrey”, otra enfermera entra en la habitación. “Te necesitamos abajo, en la sala principal. Se espera que lleguen más heridos esta tarde”.

“Enseguida voy”. La enfermera Audrey se para frente al pequeño espejo de la sala de enfermeras, se quita su uniforme blanco e ignora mi presencia mientras lo arroja sobre su cama militar. Recorre la habitación en ropa interior, busca ropa limpia en la pequeña taquilla metálica que hay junto a la cama y luego se viste. “Francesca”, se vuelve hacia mí mientras termina de vestirse y arreglarse el pelo.

“Sí.”

“Por favor, limpia mi otro par de zapatos. Está debajo de mi cama”.

“Sí”, respondo y sigo fregando el suelo, escuchando cómo sus pasos se van apagando a medida que se aleja por el pasillo.

“Ya está”, me susurro mientras saco sus zapatos blancos de debajo de su cama de hierro, los coloco ordenadamente en el suelo y escupo sobre ellos. “Nuevos y limpios”. Vuelvo a escupirles y restriego el trapo húmedo sobre ellos, frotando tan fuerte como puedo. “Tal como me pediste”. Miro los zapatos brillantes y rayados con satisfacción, colocándolos ordenadamente a un lado de su cama. Puede seguir pensando que soy el italiano tonto.

Cuando termino de limpiar y salgo del edificio, ya es de noche. Empiezo a caminar hacia la entrada del hospital, hacia mi motocicleta, que está aparcada en un lateral del aparcamiento, junto a los barriles de combustible, pero entonces me detengo y miro hacia atrás, hacia la entrada.

Varias ambulancias de color caqui llegan a la entrada, y algunos soldados que se encuentran allí corren, abren las puertas y colocan camillas con soldados heridos en el suelo.

“Necesito ayuda para traerlos”, grita alguien, pero no viene nadie. Pasan unos segundos y me acerco a ellos, me agacho y agarro las asas de una de las camillas. Otro soldado lo sujeta desde el otro lado y, con su señal, lo levantamos juntos y empezamos a llevarlo dentro.

“Al quirófano de la izquierda”, nos indica alguien, y nos volvemos y colocamos al soldado herido en la mesa de operaciones. Miro al médico y a las enfermeras, que ya llevan mascarillas y

empiezan a prepararle para la operación.

“Hay más fuera”, nos informa alguien cuando volvemos a la entrada. Ignoro el sudor que me recorre la espalda por el esfuerzo mientras me agacho, sujeto las asas de la siguiente camilla, miro al soldado herido y me detengo. Es una mujer soldado.

“Deprisa, ha perdido mucha sangre”, dice alguien que está junto a la ambulancia, y yo jadeo y me levanto. Empiezo a llevarla dentro con el otro soldado, mirándola mientras camino.

Tiene el pelo castaño ondulado, desparramado y apelmazado por el barro, y su atractivo rostro está lleno de manchas de sangre que también han ensuciado su uniforme caqui.

Llévala, no dejes de caminar, no pienses en su puño cerrado apoyado en la camilla y en sus ojos cerrados. No mires las vendas blancas que envuelven su pie aplastado. Lo importante ahora es llevarla al quirófano. ¿Sigue viva?

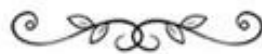
“Era enfermera. Los aviones alemanes atacaron un hospital militar en el frente”, dice alguien cuando la colocamos en la mesa de operaciones, pero no me quedo a escuchar más. Salgo de la habitación. De todas formas, no me importa. Esta es su guerra, no la mía. Yo soy la italiana tonta.

Aun así, unos minutos más tarde, junto a mi motocicleta al final del aparcamiento, me agacho y vomito, sintiendo mi frente sudorosa. Me enjuagaré la boca cuando llegue a casa.

“Francesca, ¿todo bien?” me pregunta mamá más tarde, cuando entra en mi habitación a altas horas de la noche.

“Sí, madre, todo va bien”. Abro los ojos un momento y vuelvo a cerrarlos, sin dejar de juntar las manos mientras me inclino frente a la pequeña estatua de madera de la Virgen que cuelga sobre mi cama.

“Santa María”, susurro. “Por favor, haz que esta guerra termine rápido y ayúdame a averiguar qué le pasó a mi marido. Y también cuidar de la mujer soldado. Por favor, no la dejes morir”. Me persigno y me levanto, camino hacia el cubo de agua de la cocina para lavarme la cara antes de acostarme.



“Francesca”, me llama Audrey unos días después.

“Sí.” Bajo el cubo metálico que sostengo y la miro.

“¿Sabes quién colgó la pequeña estatuilla de la Virgen María en la pared, encima de la cama de la enfermera herida?” me pregunta. Hago como que no entiendo y me alejo de ella.

“Bájalo. Esto es un hospital, no una iglesia”, dice a mis espaldas, pero la ignoro y me arrodillo para empezar a limpiar el suelo bajo la cama del soldado.

Su pierna amputada está cubierta de vendas blancas y la mayor parte del tiempo está drogado con morfina o gime de dolor, agarrando la sábana con sus dedos blancos como si intentara arrancarla.

“No pasa nada, te pondrás bien”, le susurro por la noche cuando quito la estatuilla de la Virgen María de la pared para que esa enfermera no la tire. Entonces, miro a la oscura y silenciosa sala de heridos para ver que la enfermera de turno está lejos, así que me persigno y la

meto debajo del colchón de su cama. Necesita que alguien cuide de ella. Le mojo la frente sudorosa con un paño frío, aunque mi trabajo sea limpiar y no ayudar a los heridos.

“Gracias, enfermera”, suspira y me susurra, con los ojos cerrados, y yo le acaricio la palma de la mano que sostiene la sábana y vuelvo a limpiar, no sin antes tomar la caja de cigarrillos colocada en el armario metálico del lado de su cama y meterla en el bolsillo de mi vestido. Cada pocos días le dan paquetes de cigarrillos, como a todos los demás soldados heridos de aquí, pero ella no fuma y de todos modos no los necesita. Recibe la morfina que la ayuda a relajarse.

“Has terminado por hoy. Puedes irte a casa”, me dice más tarde una de las amables enfermeras, pero aunque me dirijo a la salida, me quedo sentada en las escaleras que suben al segundo piso y las escucho. Hablan en voz baja de las listas de heridos o cotillean sobre los demás, a veces incluso mencionan a la estúpida italiana. En la sala de turnos tienen una gran radio marrón que pone música suave de la BBC de Londres, y a veces las noticias. Me gusta escucharla. Más tarde, después de descansar y secarme el sudor del día de trabajo, cruzo el oscuro camino de entrada del hospital, oyendo mis pasos en la grava del exterior. A veces veo un búho posado en uno de los cipreses. Mis dedos acarician el depósito de la motocicleta que me ha estado esperando todo el día antes de sentarme en ella y arrancarla de una patada. Conduzco a casa con cuidado en la oscuridad, concentrándome en la débil linterna que ilumina mi camino en la ruinosa carretera que lleva al pueblo.

“¿Cómo ha estado hoy?” Abrazo a mamá cuando entro tranquilamente en casa, mientras me acerco a la camita de Rafael, me inclino y le doy un suave beso en la frente, de esos que le aseguran dulces sueños.

“Ven, siéntate. Te daré algo de comer”, me susurra mamá y coloca una cucharada colmada de risotto en un plato que me espera en la mesita de la cocina.

“No tengo hambre. Comeré más tarde”. Enciendo un cigarrillo y voy al dormitorio. La vieja maleta me espera debajo de la cama, me arrodillo y la saco, metiendo la caja de cigarrillos que he traído hoy y añadiéndola al montón que ya está allí. Entonces abro con cuidado el mapa que una vez cogí del despacho de la enfermera jefe Blanche y lo extiendo en el suelo, empezando a marcar líneas con un bolígrafo.

La BBC ha informado esta noche de que los rusos han capturado Kiev y avanzan hacia el oeste contra los alemanes, y yo me agacho y la busco en el mapa, intentando leer los nombres de las ciudades escritos en inglés. Mis dedos marcan con el bolígrafo azul una nueva línea del frente que cruza Kiev. La guerra no durará mucho más.

“Francesca, ¿qué estás haciendo? ¿Qué tienes debajo de la cama?”

“Nada, madre, déjame en paz. Ya vuelvo”. Permanezco de rodillas en el suelo y miro el mapa extendido ante mí.

“¿Por qué no vas y les preguntas?” La oigo.

“¿Quién?”

“Su familia. Deben saber algo o al menos pueden averiguarlo”.

“Porque son fascistas”, giro la cabeza y le respondo.

“Eres orgullosa y testaruda. Eso es lo que eres”. Se apoya en el marco de la puerta y me observa.

“El amigo que tuve una vez dijo lo mismo”. Giro la cabeza hacia atrás y vuelvo a mirar el mapa. No les pediré ayuda. Apoyan a los Camisas Negras.

“Al menos tenía razón en algo”, dice mamá en voz baja. “¿Supiste algo de ella?”

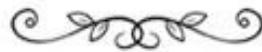
“No, madre” le respondo mientras busco Stalingrado en el mapa. “Tal vez la atraparon al final y se vengaron. Tal vez huyó a Alemania. Quizá nunca lo sepa. Hay demasiadas cosas que no sé en esta estúpida guerra”.

“Al menos sé que eres una mujer fiel. Estoy segura”. Siento la palma de su mano acariciándome el pelo. “Ven a comer. La comida se enfría”.

“Un momento, mamá”. Apago el cigarrillo y mido la distancia de Italia a Stalingrado, colocando las palmas de las manos con los dedos abiertos sobre el mapa, pero ni siquiera mis dos dedos abiertos bastan para cubrir esta distancia.

“Te espero en la cocina”. Me toca el hombro y se aleja mientras yo sigo inclinado sobre el mapa.

“Gracias, mamá”, digo y me limpio los ojos llorosos con las manos. Doblo el mapa y lo meto en la vieja maleta, la cierro y la vuelvo a meter debajo de la cama. Luego me persigno ante mi pared y el cartel descolorido que hay en ella, donde antes colgaba la estatua de la Virgen, y me levanto y voy a la cocina. Mañana intentaré conseguir gasolina de la pila de barriles de combustible colocada en la esquina de la entrada principal del Hospital.



“Déjame ayudarte”. Ando tomando con muletas tras de mí un mes después. Camino por el jardín detrás del hospital entre los soldados heridos y les sirvo zumo de naranja en vasos de esmalte, y ella me sigue. “Me llamo Grace”. Se detiene frente a mí y jadea, apoyándose en sus muletas y tendiéndome la mano para un apretón.

“Sé cómo te llamas”, digo y sigo caminando. No le doy la mano. Si hubiera sido un poco más sensible, habría visto que mis dos manos están ocupadas sujetando la bandeja de los vasos de zumo.

“Por favor, déjame ayudarte. Quiero ponerme mejor”. Continúa siguiéndome por el jardín entre los heridos que están sentados en las sillas blancas disfrutando del sol de la tarde.

“No voy a ser tu amiga”. Me levanto y la miro. Está jadeando.

“Yo tampoco quiero ser tu amigo. Quiero hacer algo”.

“Aquí tienes, puedes distribuir tu zumo americano a los heridos. Prueba a beber zumo de naranja de verdad alguna vez antes de destruir nuestros naranjos con tus tanques”, respondo mientras dejo la bandeja llena de vasos sobre una de las mesas y me alejo.

“La próxima vez, intenta no ser tan amistoso con los alemanes, así no tendremos que venir aquí a rescatar a tu gente de ellos, y perder una pierna al ser atacado por un avión alemán”. Todavía puedo oírla.

“La próxima vez, no me molestaré en poner la estatua de la santa bajo el colchón en el que duermes, pidiéndole que te mantenga con vida”, me digo y me alejo hacia una de las esquinas, sentándome en el suelo y encendiendo un cigarrillo. No necesito un nuevo amigo que inevitablemente también me dejará un día.

“¿Eres viuda?” Me pregunta más tarde, cuando me encuentra sentada en el rincón secreto, escondida. Está de pie frente a mí, cubierta de sudor, con un pijama blanco de hospital como todos los demás heridos. “¿Por eso siempre llevas un vestido negro?”

“¿Por qué yo?” le pregunto. Quizá no debería haberle contestado. Quizá sea mejor que piense que soy el italiano estúpido, como todos los demás.

“¿No sabes ser amable?”

“No es asunto tuyo si soy viuda o no”. Levanto la vista y la examino, su pierna amputada vendada, su camisa blanca llena de manchas de sudor y su cara mirándome. Sus ojos son marrones, más claros que los míos, y ahora me mira fijamente. “¿Tienes un cigarrillo?” le pregunto al cabo de un rato, aunque sé que no fuma. Pero saca un paquete de cigarrillos del bolsillo de su camisa y me lo entrega.

“¿Qué le ha pasado?” Deja las muletas en el muro de piedra más cercano y salta hacia mí, sentándose cuidadosamente a mi lado sin preguntarme si me interesa su compañía.

“¿Qué te ha pasado en la pierna?”

“Dímelo y te lo diré”.

“No sé qué le ha pasado”. Enciendo el cigarrillo y exhalo el humo amargo. “Desapareció durante la guerra”.

“¿Y no te lo dijeron? ¿Nadie lo sabe?”. Continúa interrogándome.

“No, los honorables generales sentados en Roma estaban demasiado ocupados puliendo sus rangos para enviar telegramas a todas las mujeres que quedaron atrás”.

“Entonces, ¿no recibiste un telegrama?”

“¿Cómo habría recibido un telegrama? Primero, los fascistas tomaron el poder y le obligaron a alistarse, luego nos ocuparon los alemanes y ahora nos has ocupado tú, aunque intentas ser mi amigo”. Miro al cielo. “Ahora, el camino a Roma está bloqueado por el ejército alemán, y no hay más telegramas. Antes solo había rusos y alemanes, y ahora también estás tú. Realmente no entiendes la guerra”.

“Entiendo lo suficiente, créeme”. Se toca la venda que envuelve su pierna amputada. “También estoy aprendiendo a entender a las asquerosas mujeres italianas”.

“Las estúpidas italianas”, la corrijo e inhalo mi cigarrillo. “Así es como me llaman”.

“Si no conseguiste ninguna información, entonces tal vez sobrevivió. No se puede saber con seguridad”.

“Estaba en Rusia, en Stalingrado, en invierno, enfrentándose al ejército ruso. ¿Cuáles son las probabilidades de que haya sobrevivido y haya sido capturado por ellos?”. Aparto la mirada de ella. No quiero que vea la lágrima en el rabillo del ojo. “No soy un italiano tan estúpido”.

“Nunca se sabe”. Saca un cigarrillo de la caja y juega con él entre los dedos.

“No, nunca puedes saberlo”. La observo. “¿Qué te ha pasado?”

“Un avión alemán me disparó, uno de tus amigos.”

“Sí, uno de mis amigos”. Apagué el cigarrillo.

“Quería ser una enfermera que ayuda a los heridos. Sigo queriendo serlo”.

“Quién sabe, tal vez algún día suceda”. Aparto la mirada, sabiendo que no ocurrirá.

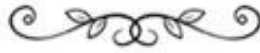
“No creerás que eso va a pasar”, susurra, acariciando el vendaje de su pierna. “Quieren enviarme de vuelta a casa, pero mi intención es quedarme aquí y volver a ser enfermera. No me rendiré”.

“Incluso si te quedas, todavía no puedes ser mi amigo.”

“No quiero ser tu amiga”. Se apoya con las manos en el muro de piedra y se levanta,

rebotando hacia sus muletas sobre una pierna. “Y no necesito la Santa María que pusiste bajo mi colchón. Me las arreglaré sin ella”. Me tira la caja de cigarrillos y se aleja cojeando, apoyándose en sus muletas. “Nos vemos mañana en la distribución de zumo sintético americano a los heridos, y buena suerte encontrando vivo a tu marido soldado”.

Sigo fumando mientras la veo alejarse, sabiendo que está equivocada y que es imposible que haya sobrevivido.



La ciudad en ruinas

Noviembre de 2021, Kiev, Ucrania

Anna

“Gracias, Mariusha”, le sonríe Natasha mientras coloca dos porciones de tarta de manzana y canela delante de nosotras.

“Deberías comer más. Los dos estáis demasiado delgados”. Dice la abuela y vuelve a la cocina. La oigo abrir el refrigerador.

“Gracias, abuela, es suficiente. No necesitamos más”, le digo, esperando que me oiga. Antes le había preguntado a Natasha si quería venir a visitar a la abuela conmigo, y ahora estamos los dos sentados en su habitación de invitados frente a varios platos apilados con pastas dulces y un par de tazas de té. “¿Tienes suficiente comida? ¿Necesitas que te traiga más?”. Levanto la voz, oyéndola abrir un tarro en la cocina.

“No te preocupes. Ya tengo suficiente”, responde.

“Abuela, dicen en las noticias que los tanques rusos avanzan hacia la frontera. Ya no son solo amenazas”.

“Come y sé una buena estudiante”, dice desde la cocina. “Ya he visto suficiente. No temo otra guerra”.

“Mariusha”, se levanta y grita Natasha, que se dirige a la vitrina de cristal de la esquina del salón. “¿Eres tú el de la foto? ¿Es de antes de la guerra?”. Mira la foto de la abuela en el marco plateado; era más joven y su pelo de un tono negro oscuro.

“Esta soy yo unos años después de la guerra”. La abuela sale de la cocina y coloca otro plato de mazapán cubierto de chocolate sobre la mesa. “Prueba algunos de esos también”.

“¿Tienes alguna fotografía de la guerra?” sigue preguntando Natasha, y la abuela se acerca y se pone a su lado.

“No, cariño”, responde la abuela. “No teníamos móviles ni cámaras como ahora. Por aquel entonces, muy poca gente tenía cámaras. Solo los fotógrafos del Partido Comunista podían hacer fotos”. Abre la puerta de cristal de la vitrina y sostiene la foto en el marco plateado. Sus dedos arrugados rozan el cristal, aparentemente quitando el polvo, aunque estaba reluciente de limpio.

“¿Qué fotografiaban en tiempos de guerra?”. Me acerco y me pongo a su lado, hago la foto y miro lo guapa que estaba.

“¿Quién?” La abuela se vuelve hacia mí.

“Los fotógrafos comunistas, en la guerra, en Stalingrado”.

“Hicieron fotos de la ciudad en ruinas”, suspira. “Solo después de que alemanes e italianos se rindieran, se atrevieron a cruzar el río y fotografiar las ruinas. Antes nos dejaban solos para luchar contra ellos a través de ruinas y madrigueras. Tenían miedo de cruzar el río y de que los submarinos Stuka alemanes les dispararan”. La abuela sonríe para sus adentros.

“¿Y los prisioneros? ¿Había allí prisioneros italianos y alemanes? ¿Les hicieron fotos?” pregunta Natasha a la abuela y alcanza la caja de madera que hay dentro de la vitrina. “¿Puedo?”

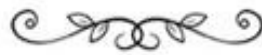
“Es solo una caja de madera”. La abuela se la ofrece. “Allí había prisioneros de guerra. Recuerdo verlos caminar por la nieve en largos convoyes. Hacía mucho frío”.

“¿Y hablaste con ellos?” continúa preguntando Natasha.

“Estábamos demasiado débiles para hablar”, dice lentamente la abuela. “Solo los miramos. Algunos cogimos sus abrigo. Nosotros también teníamos frío. Algunos les quitaron la comida, queriendo que murieran”. Miro sus dedos temblando alrededor de la caja de madera.

“Y la foto, la de esa mujer junto a la motocicleta, ¿la encontraste en el abrigo de un soldado capturado?”. No puedo evitarlo. “Me dijiste que lo encontraste en uno de sus soldados”.

“No recuerdo lo que te he dicho. Quizá estaba muerto”. Me mira, mete la caja de madera en la vitrina y la cierra. “Cuando eres vieja como yo, Anuchka, es difícil distinguir la realidad de la imaginación”. Se sienta de nuevo en el sofá. “Cuando acabaron los combates en la ciudad, lo único que quería era que terminara la guerra para poder volver a casa y trabajar en nuestra granja aquí en Ucrania”.



“¿Le devolviste la foto de la mujer?” me pregunta Natasha mientras caminamos por la nieve hacia la estación de metro.

“Sí, se lo devolví en mi última visita. Me sentí mal por ello”. Me bajo la capucha del abrigo y siento el viento fresco y la nieve cayendo sobre mi cabeza mientras camino por la calle. ¿Tenía tanto frío la abuela durante la guerra?

“¿Y dijo algo más?”

“Ya la has oído. Aquel día me dijo que le había quitado la foto a un soldado alemán en Stalingrado, y hoy me ha dicho que no se acuerda y que tal vez estaba muerto después de todo”.

“¿Y le crees?”

“Ya no lo sé. Tal vez realmente era un soldado muerto”. Bajamos las escaleras del metro. “De todos modos, le devolví la foto. Así que parece que la mujer de la motocicleta se quedará para siempre en la cajita de madera de la abuela en la vitrina”.

“¿Crees que tu abuela habría cogido una foto de un soldado alemán sin importancia que murió en la nieve y la habría guardado junto a las medallas que recibió en la guerra sin ningún motivo?” Pregunta Natasha mientras validamos nuestros billetes y bajamos al andén del metro.

“Quizá solo se llevó un recuerdo de la guerra”. Me froto las manos mientras esperamos a que llegue el tren.

“Me parece que oculta algo”, dice Natasha. “Ni tú te lo crees”.

“Incluso si eso es cierto, no tenemos forma de averiguarlo”. Entramos en el metro que ha llegado. “Aunque estuviera vivo, ni siquiera sabemos su nombre”.

“¿Cómo se llamaba la mujer de la foto?”

“Francesca Morelli”, respondo y miro los anuncios en las pantallas del metro, instando a los ciudadanos a prepararse ante la inminente amenaza rusa.

“Quizá podamos averiguarlo”, dice Natasha. “Si la mujer de la foto era su esposa, al menos tenemos el apellido”.

“¿Y si esa mujer era solo su novia?”

“Si solo era su novia, nunca sabremos lo que pasó”, responde. Nos acercamos el uno al otro mientras la gente empieza a entrar en el metro tras un largo día de trabajo.

“Podríamos probar en el departamento de historia de la universidad. Quizá alguien de allí sepa algo”. Miro a las demás personas del vagón mientras el metro atraviesa a toda velocidad el túnel negro.

“¿En Stalingrado? ¿Un soldado italiano?” nos pregunta al día siguiente el jefe del departamento de Historia. “La mayoría de los alemanes que lucharon allí murieron en el invierno de 1942, incluidos los italianos que lucharon con ellos. De hecho, los soldados italianos estaban en peores condiciones porque no recibían muchas provisiones”, continúa hablando mientras ambos nos sentamos frente a ella en su espacioso despacho. “¿Por qué quieres saberlo?”

“Encontramos una foto antigua que perteneció a alguien que podría haber estado allí”, le digo.

“¿En Stalingrado, en las batallas de 1942?”

“Sí.” Ambos asentimos. “Creemos que era un soldado italiano y que podría haber sobrevivido”, dice Natasha, aunque solo estamos especulando.

“Si sobrevivió, debe haber sido capturado. No tenemos pruebas de gente que sobreviviera al asedio de Stalingrado. Además, la mayoría de los que fueron capturados murieron en un par de meses. Francamente, teniendo en cuenta lo que nos habían hecho, se lo merecían”, dice secamente. “¿Sabes cuál era su rango?”

“No”, respondo. “¿Es importante?”

“Si era un oficial, podría. Los oficiales sobrevivieron más tiempo en cautividad”. Jugueteó con sus gafas de lectura colocadas sobre su lujoso escritorio. “Así eran las cosas entonces. Los oficiales comían mejor y no trabajaban tanto, y los que trabajaban menos seguían vivos”.

“¿Y si fuera un simple soldado?” pregunto, pero ella no responde. Sigue jugando con sus gafas de leer.

“¿Hay listas de prisioneros de guerra capturados en Stalingrado?” pregunta Natasha.

“¿Sabes su nombre?”

“Sí”, respondo, aunque solo tengamos el apellido.

“Supongo que los archivos del Ejército Rojo habrán incluido listas de prisioneros de guerra que llegaron a Bektovka después de Stalingrado. A la NKVD le gustaba quedarse con todo. Deben haber guardado esto también”.

“¿Dónde está Bektovka?” Pregunto.

“¿Qué es la NKVD?” añade Natasha.

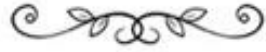
“Bektovka es el campo de prisioneros de guerra al sur de Stalingrado al que los llevaron”, explica. “Si encuentra su nombre en las listas, quizá sobrevivió, pero incluso los que sobrevivieron al campo fueron dispersados como trabajadores forzados por toda la Unión Soviética cuando terminó la guerra”.

“¿Y qué es el NKVD?” Repito la pregunta de Natasha.

“Estaban aquí antes de la KGB y antes de que nos separaran de Rusia, que ahora quiere conquistarnos de nuevo”. Sonríe débilmente. “Prueba en los archivos del Ejército Rojo. Quizá tengan las listas. Lo mejor sería que presentara una solicitud oficial. A los bibliotecarios de allí les gustan las peticiones oficiales. Pero no se haga ilusiones. Lo más probable es que haya muerto”. Tomó uno de los papeles de su mesa, señal de que la reunión había terminado.

“¿Puede hacernos una petición formal?” pregunto, y ella deja el papel y me mira. Mis finales no empiezan hasta la semana que viene. Tengo algo de tiempo, y no puedo dejar de pensar en la

mujer de la foto, preguntándome si estaría buscando al soldado que llevó su foto en el bolsillo durante todo el invierno de 1942.



Roma

Italia, agosto de 1944

Francesca

“Francesca, mira...” Grace camina hacia mí, unos meses después, cojeando lentamente sobre su pata de palo y utilizando un bastón. Ya viste uniforme caqui con la insignia del Cuerpo Médico de los Estados Unidos en el hombro, aunque las demás enfermeras aún no la dejan ser una de ellas. Quizá por eso sigue visitándome en mi lugar de descanso privado que encontré en el jardín del hospital, detrás de un viejo cobertizo.

“¿Qué?” Miro el periódico que tiene en la mano.

“Roma ha sido liberada”, me lee en voz alta el título en inglés, aunque yo lo deduzco por las grandes letras negras y la imagen de los soldados ondeando la bandera de las barras y estrellas a los pies del Coliseo.

“Es un periódico viejo”, le digo, aunque sé que no es verdad. Las mujeres que sacan agua de la fuente destruida de la plaza del pueblo llevan varios días diciendo que los alemanes se han retirado de Roma. Odio esa ciudad.

“Sabes que eso no es verdad”, permanece de pie frente a mí mientras yo me siento en el suelo y miro sus manos que sostienen el periódico.

“¿Qué más da? Primero, los alemanes fueron señores de Roma, y ahora vosotros seréis señores de Roma”.

“Importa porque no hay que esperar a que acabe la guerra. Puedes ir a Roma y averiguar qué le pasó a tu marido”. *¿Por qué le hablé de mi marido? ¿Por qué se preocupa por mí?*

“No es asunto tuyo lo que le pasó a mi marido. No necesito tu ayuda para otra cosa que no sean cigarrillos. ¿Tienes alguna?” Le tiendo la mano.

“¿Qué importa si tengo cigarrillos o no, sobre todo porque sueles tomarlos de mi taquilla siempre que quieres?”, me levanta la voz.

“No te he pedido ayuda con mi marido, y decidiré si espero o no a que acabe la guerra”, le digo también alzando la voz, sin interés en contarle por qué no quiero ir a Roma.

“Yo tampoco voy a ayudarte. No tiene remedio”, me grita. “Eres una italiana testaruda que cree que sabe más que los demás. No me extraña que no tengas amigos”, me tira el periódico a los pies, se da la vuelta y se aleja cojeando.

“Tú tampoco tienes amigos. Por eso has venido con la estúpida italiana”, consigo gritar tras ella, justo antes de que se vaya. Mi mano busca el paquete de cigarrillos en el bolsillo de mi vestido negro, enciendo uno con manos temblorosas, no puedo dejar de secarme las lágrimas. Tengo miedo de esa ciudad.

“No era mi intención. Lo siento”, viene y se sienta a mi lado al cabo de unos minutos. “Pero creo que deberías ir a Roma”.

“Solo he tenido mala suerte en esa ciudad”, miro hacia otro lado, examinando los cipreses que nos rodean y secándome las lágrimas. “Y yo también lo siento.”

“No lo sabía”, dice suavemente.

“Las cosas malas empezaron mucho antes de que llegaras”.

“Así que quizá tengas que esperar a que acabe la guerra”, saca un cigarrillo y se lo enciende.

“Sí, de esa ciudad y de esta guerra solo sale el mal”, miro su mano, que sostiene el cigarrillo, preguntándome cuándo empezó a fumar.

“¿No tienes forma de buscar información desde aquí, sin ir allí?”.

“No”, respondo, sabiendo que miento.

“Siento haberte llamado cabezota”, dice tras unos minutos en silencio.

“Está bien. Mi madre también dice que soy testaruda y orgullosa”, miro a los altos pinos que nos rodean, moviéndose ligeramente con el viento.

“¿Tiene razón?”

“Vamos. Hay algo que todavía quiero hacer”, me levanto y le echo una mano, ayudándola a levantarse, y ambos caminamos hacia la entrada del hospital, hacia mi motocicleta. “Lo intentaré, aunque soy testarudo y orgulloso”.

Aparco la motocicleta en la plaza del pueblo, observando a las mujeres reunidas cerca de la fuente destruida, esperando pacientemente su turno para llenar de agua el cubo de acero galvanizado que sostienen en la mano. Todas las ruinas que quedaron después de las peleas fueron despejadas. Incluso el café, que sirvió de cuartel militar en los primeros días, volvió a ser solo un café. Algunos hombres mayores se sientan en sillas fuera, al sol, y nos miran con curiosidad mientras ayudo a Grace a bajar de la motocicleta, con mi mano en la suya.

“Nos están vigilando”, susurra.

“Tú no tienes pierna, yo soy una viuda vestida de negro y los dos vamos en motocicleta. Claro que nos mirarán”, respondo. “Vamos”, empiezo a caminar hacia la oficina de correos mientras ella me sigue.

“¡Francesca!” “¡Francesca!” El hombre mayor de pelo blanco sale de detrás del mostrador y me abraza, poniendo sus arrugadas manos sobre mis hombros. “No has estado aquí durante tanto tiempo. Ya he pensado que había pasado lo peor y has captado el mensaje”.

“Sigo esperando”, le devuelvo el abrazo e ignoro la lágrima que corre por mi mejilla.

“Lo siento”, me dice. “Pero todavía no tengo nada para ti. Sabes que ya no podemos contactar con ellos”, señala la vieja pizarra con la tabla de tarifas de telegramas. Desde que llegaron los americanos, Alemania está marcada con una gruesa línea roja.

“¿Y qué pasa con Roma?” Miro a Grace. Se queda en la entrada de la pequeña oficina de correos, mirando a su alrededor, y yo le hago una señal para que entre.

“Puedes intentar llamar a Roma por teléfono, a través de la operadora. En los últimos días, desde que salió a la venta, a veces se puede hacer cola”.

“¿Puedes llamar por mí? Tengo el número”, saco de la cartera un papel arrugado y manchado, la nota que me dio Emanuel el día que se fue por última vez.

“¿De quién es el número?”

“De su familia. Tienen teléfono”.

“Lo intentaré”, me sonrío. “¿Cómo le gustaría llamar, a cobro revertido?”

“Sí”, sonrío torpemente. No me queda dinero.

Se dirige al teléfono negro del mostrador, toma el auricular, empieza a hablar con la operadora y le pide que le transfiera a Roma. El teleimpresor marcado con el emblema nazi, que solía estar en la mesa del fondo, ha desaparecido, y tampoco hay un educado soldado alemán que vigile el correo.

“Sí, Roma. Cuatro, cuatro, dos, ocho”, alza la voz mientras sujeta el auricular. “Una llamada a cobro revertido de Francesca Morelli. Sí”.

Le observo mientras espera y a Grace, que está a mi lado. Puedo oír a algunos niños corriendo fuera y riendo en la plaza.

“Sí, Sí, comprendo”, habla a la operadora y vuelve a colocar el auricular negro en su sitio. “Francesca, lo siento”, sonrío torpemente y me devuelve el papel arrugado. “Pero no están dispuestos a aceptar tu llamada a cobro revertido”.

“No importa. De todos modos, no pueden llegar noticias del frente ruso”. Me doy la vuelta y camino hacia la salida de correos. “Tenemos que darnos prisa y volver al hospital, tengo mucho trabajo que hacer”.

“¿Cuál es el problema?” Grace camina detrás de mí por la plaza, cojeando con cuidado sobre los adoquines lisos.

“No hay ningún problema. Todo va bien”.

“¿Entonces por qué no hablaste con ellos?”

“Porque no están en casa”, me detengo y me giro hacia ella. *¿Por qué no camina más rápido?*

“No lo entiendo”, se detiene.

“¿Qué es lo que no entiendes? No tengo dinero”, hablo rápidamente. “Soy una italiana estúpida que se casó con un hombre encantador con una familia repugnante que no acepta una llamada mía a cobro revertido. ¿Qué no hay que entender de eso?”. Alzo la voz. “Ahora, ¿entiendes por qué odio esa ciudad?” Rompo la nota que contiene su número de teléfono, tiro los trozos a la acera y me doy la vuelta, sigo caminando hacia mi motocicleta. “Vamos, volvamos. Tengo que limpiar un hospital”. Digo, pero al llegar a la motocicleta y volverme, veo que Grace no está detrás de mí.

Cojea hacia la oficina de correos, suelto la motocicleta y corro tras ella.

“¿Cuánto cuesta una llamada a Roma?”. Le pregunta al viejo empleado en inglés, pero él la mira y no entiende.

“Quiere saber cuánto cuesta una llamada a Roma”, le explico en italiano.

“Mucho, *Signora*, fourteen lire per minute”, le habla en italiano.

“Dice que es mucho”, traduzco.

“¿Es suficiente?” Saca un montón de billetes de dólar del bolsillo de su uniforme y los coloca sobre la mesa.

“Sí.” La mira y toma un billete. “Sí.”

“Sí.” responde Grace y coloca los trozos del papel arrugado sobre la encimera. “Sí.”

“Sí.” responde, descuelga el auricular negro y vuelve a hablar con la operadora. Entonces, me pasa el auricular y me lo llevo a la oreja.

“Hola, ¿es la residencia Morelli?” Levanto la voz, intentando superar el ruido de la línea.

“¿Quién pregunta?” contestó alguien al otro lado.

“Francesca, la mujer de Emanuel. ¿Han sabido algo de él?”

“Un momento”, responde y me deja esperando, y lo único que oigo son los ruidos en la línea.

“¿Respondieron?” Grace me pregunta. Su oreja está cerca de la mía, aunque no entienda italiano. El viejo empleado también se sitúa cerca de nosotros y escucha.

“Buenas tardes”. Oigo una voz de mujer al otro lado de la línea.

“Buenas tardes, les habla Francesca Morelli, esposa de Emanuel”.

“Hola, ¿en qué puedo ayudarle?”

“Quería saber si has recibido noticias tuyas. Una carta o un telegrama”, siento que arrastro las palabras por la emoción.

“Emanuel está al frente, y todo va bien con él”, dice la mujer al otro lado de la línea, con la voz fragmentada.

“¿Está bien? ¿Recibiste una carta suya?” Grito y agarro con fuerza la mano de Grace.

“Te prometo que está bien”, me dice.

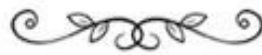
“Pero no recibí ninguna carta suya. ¿Recibiste una carta suya?” Me acerco el auricular con fuerza a la oreja, intentando escuchar la respuesta, a pesar de los ruidos en la línea.

“Si no te envía cartas, quizá tenga un motivo”, la oigo decir.

“Pero soy su mujer”, grito en el auricular, esperando una respuesta y sintiendo los cálidos dedos de Grace cogiéndome la mano.

“La línea está desconectada, señorita”, oigo decir a la operadora. “¿Quieres que intente conectarte de nuevo en una nueva llamada?”

“No, gracias”, vuelvo a colocar el auricular en su sitio. “Vamos”, le digo a Grace. “Nos vamos a Roma.”



Tardo un rato en encontrar su casa en el barrio elegante, y pasamos dos veces por delante de un alto muro de color crema que la rodea, sin estar seguros de que sea el lugar correcto. Estuve aquí una sola vez antes de la guerra.

“Creo que está aquí”, le grito por fin a Grace, mientras me detengo junto a la carretera y observo el gran edificio de persianas verdes tras el alto muro de color crema.

Aparco la motocicleta y miro la ancha calle. No hay autos tirados por burros o caballos, y no huele a estiércol de caballo. Un auto negro y reluciente pasa por delante de nosotros en silencio, y un hombre de uniforme sale de la casa y se apresura a abrir la verja principal, manteniéndose erguido mientras el auto pasa junto a él. Solo estuve aquí el día que me presentó a sus padres. Aquel día, las lágrimas que derramé me impidieron ver la puerta de entrada que me abrió Emanuel, mientras me cogía de la mano.

“¿Entramos?” pregunta Grace después de bajarse con cuidado de la motocicleta.

“Sí”, me limpio la lágrima con el rabillo del ojo y miro el gran edificio. La bandera de barras y estrellas que cuelga junto a la entrada ha sustituido a la del Partido Fascista que estaba aquí cuando llegué la última vez. “Vamos”, le digo y empiezo a caminar hacia la entrada. “Este es el lugar”.

“Espere aquí, por favor”, pide la criada, que nos abre la puerta, y nos quedamos de pie en el vestíbulo, mirando las escaleras que llevan al segundo piso. No nos invitó a sentarnos.

“¿Todo eso pertenece a tu marido?” Grace susurra.

“Es de su familia”, susurro en respuesta. La puerta de la gran habitación de invitados está parcialmente abierta y oigo voces que hablan y ríen, quizá en inglés.

“No creo que les gustes”.

“Tienes razón.”

“¿Por qué no les gustas?” Grace me pregunta. Grace me pregunta. Llevamos mucho tiempo esperando.

“Porque soy una mujer sencilla”, respondo, mirando a mi alrededor la colección de jarrones de porcelana china que decoran la entrada. “Y también, una vez les grité, compartiendo mi opinión sobre ellos y a quién apoyaban”.

“¿Cuándo?”

“En mi boda”, miro la armadura de caballero de hierro colocada al pie de la escalera que sube al segundo piso. Grace no dice nada y ambos permanecemos de pie en el vestíbulo.

“Lo siento”, nos dice la criada al cabo de unos minutos, mientras sale de la habitación de invitados, asegurándose de cerrar la puerta tras de sí. “No pueden verte ahora, pero quieren decirte que no tienes nada de qué preocuparte”.

“Gracias”, le digo y empiezo a caminar hacia la puerta cerrada de la habitación de invitados.

“Francesca”, Grace me agarra la mano e intenta detenerme. “No...”

“Quiero hablar con ellos”, suelto mi mano de la suya y continúo caminando.

¿Me están diciendo la verdad? ¿Está bien? ¿Dejó de amarme? Ve, abre la puerta y pregúntales, no importa lo que digan, tengo que saberlo.

“Por favor, señorita”, la criada se planta delante de la puerta cerrada y la bloquea con su cuerpo. “Por favor, tengo que mantener mi trabajo.”

“Tengo que saberlo”, intento apartarla de la puerta mientras Grace intenta tomarme de la mano y detenerme. Tengo que saberlo.

“No saben nada”, susurra rápidamente. “Actúan como si lo supieran. No les ha escrito ni una sola carta”, jadea. “Por favor, vete. Es mi trabajo acompañarte fuera, pero debes saber que no saben nada”. Me mira con sus ojos negros, sobresaltada.

“Gracias”, le toco brevemente la palma de la mano, que sujeta con firmeza el picaporte de la puerta cerrada. “Gracias”, jadeo yo también. “Salgamos de aquí”, le digo a Grace.

“Prueba en el Ministerio de Defensa. Tal vez sepan algo”, corre la criada detrás de nosotros y nos dice en voz baja mientras salimos por la puerta principal.

“Gracias”, le digo, una vez más, y me dirijo rápidamente hacia la verja de hierro, la cruzo y miro el muro, la bandera estadounidense y el nombre de Morelli grabado en una losa de mármol blanco junto a la verja negra.

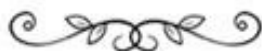
“Francesca, ¿qué estás haciendo?” grita Grace cuando se da cuenta de que llevo en la mano un delicado jarrón chino que estaba en el vestíbulo, “Francesca, ¿por qué lo has cogido?” Intenta sujetarme la mano mientras la levanto y arrojo a la fuerza el jarrón chino contra la losa de mármol que lleva el apellido de la familia, viendo cómo se rompe en mil pedazos y se esparce por la calle.

“¿Bandera americana?” Me giro y le grito mientras señalo el estandarte de las barras y estrellas que ondea ligeramente con la brisa de la tarde. “¿Bandera americana?” Los miembros de esta familia eran fascistas. Vestían uniformes negros y hacían el saludo nazi. Los hombres de esta familia vinieron a mi boda vestidos con uniformes negros”, sigo gritando en la calle, ignorando un auto que pasa mientras el conductor me mira. “Esta familia apoyó a Hitler. No me sorprendería que Mussolini organizara fiestas aquí. ¿Y ahora son amigos de los americanos? ¿Ahora alojan a americanos en su habitación de invitados?”. Escuipo en dirección a la puerta.

“Vamos, Francesca.” Grace se acerca y me abraza. “Vamos al Ministerio de Defensa. Quizá sepan algo”.

“Esto es Italia. Nadie sabe nada. Aquí solo las mujeres buscan a sus maridos. A nadie más le importa”, me limpio las lágrimas.

“Vamos. Seguro que alguien de allí podría ayudarnos”, sigue abrazándome.



“Lo siento, no puedo ayudarle”, dice el oficial estadounidense sentado tras el escritorio de caoba del Ministerio de Defensa, el mismo escritorio ante el que una vez me senté frente a un oficinista italiano trajeado.

El hombre que estaba aquí antes ha desaparecido, al igual que todos los empleados que le rodeaban, sustituidos por soldados estadounidenses con uniforme caqui. Las grandes estanterías del fondo de la sala, que estaban llenas de documentos, ahora también están vacías, y todas las mujeres que se sentaban cerca de las máquinas teleimpresores han desaparecido. Solo quedaban las sillas marrones en las que se sentaban junto a las silenciosas máquinas metálicas.

“Por favor, tengo que saberlo”, digo y escribo el nombre y la unidad de Emanuel en un papel, entregándoselo.

“Lo siento”, sonrío torpemente y no agarra el trozo de papel. “Se llevaron todo lo que había aquí. Ni siquiera sé adónde se lo llevaron, quizá a Washington”, mira a Grace, que se sienta a mi lado. “La Inteligencia se lo ha llevado todo de aquí”, se queja. “No puedo ayudarla, Sra. Morelli”.

“Por favor, señor, usted es mi única esperanza”, coloco el papel sobre el escritorio, frente a él.

“Un momento”, Grace toma el papel, lo dobla, saca un fajo de billetes y lo coloca dentro, lo empuja hacia él sobre la mesa. “Tenemos que saber, y yo soy un soldado de su ejército. Por favor, ayúdame”.

El agente suspira, toma el papel doblado, se aleja y desaparece en la trastienda.

Debe saberlo. Debe encontrar algo. Tiene que haber una información, alguien que sepa algo.

Mis dedos arañan la superficie de madera de la mesa, intentando despegarla.

“Sra. Morelli, lo siento”, vuelve al cabo de unos minutos y deja el papel sobre la mesa, sentándose de nuevo ante mí. “No sé nada específico, pero su marido probablemente ha sido asesinado. Lo siento”, me empuja el papel doblado y veo que todo el dinero sigue ahí.

“No te creo”, susurro, sintiendo la mano de Grace en mi brazo.

“Lo siento. Es imposible saber exactamente qué le ocurrió. Solo los rusos pueden saberlo, pero es probable que lo mataran, e incluso si lo capturaron como prisionero de guerra, probablemente no sobrevivió”.

“Gracias”, le dice Grace y se levanta cogiéndome de la mano, pero yo la suelto y permanezco sentada.

“Solo tuve un marido al que amé, y tú te lo llevaste a la guerra. Me da igual que seas tú o quien estuviera sentado aquí antes que tú”, alzo la voz. “¿Cómo es posible que se haya ido?” grito, ignorando a la gente de alrededor, que levanta la cabeza y me mira, pero ya no puedo contenerme.

“Sra. Morelli, no somos nosotros...” intenta responder.

“No me importa quién sea, si los alemanes, los italianos, los rusos o tú. Todos parecen iguales con sus uniformes limpios y planchados y sus sonrisas educadas. Tú nos conquistaste, así

que ahora eres responsable. Quiero a mi marido. Quiero que alguien me devuelva a mi marido. Se fue a la guerra y se perdió su rastro, y nadie puede decirme qué fue de él”, grito entre lágrimas y arrugando el trozo de papel con su nombre que dejaron sobre la mesa.

“Por favor, Sra. Morelli...” Noto más soldados a mí alrededor, sintiendo la mano de Grace intentando sujetarme.

“Que alguien me devuelva a mi marido, por favor...” Gimoteo.

“Sra. Morelli...” Veo a través de mis lágrimas que juguetea con el bolígrafo entre sus dedos. También tiene los ojos rojos. “Lo siento mucho...”

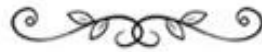
“No tienes nada que lamentar. Yo soy la que lleva un vestido negro...” Intento calmarme mientras él indica a los que están a nuestro alrededor que pueden volver a sus mesas.

“Quizá los rusos sepan algo, pero no nos dicen nada”.

“¿Y cómo llego a los rusos?”. Me limpio la nariz y los ojos.

“Ahora es imposible llegar a Rusia. Quizá cuando acabe la guerra, pero incluso entonces, probablemente no podrás encontrarlo -se inclina hacia delante, saca un pañuelo del bolsillo de su chaqueta militar y me lo entrega. “Y nadie te dejará cruzar la frontera con Rusia”.

“Vámonos de aquí”, me levanto y tomo la mano de Grace mientras me seco las lágrimas. “Salgamos de esta ciudad maldita”.



Dos meses después, mientras atravieso en motocicleta la ruinoso verja de hierro del hospital, miro a mí alrededor y freno de golpe.

La entrada del hospital está llena de camiones militares, aparcados cerca de la entrada y con las rampas traseras abiertas. Aparco la motocicleta a un lado, cerca de la pila de barriles de gasolina, y observo a los soldados que salen del edificio, cargan el equipo y cargan los camiones.

“Señorita, ¿puede mover un poco la bici?” Me pregunta un soldado. Él y su amigo están cargando los pesados barriles en uno de los camiones; todos se quitan las camisas y sus pieles sudorosas brillan al sol de la mañana. ¿Qué está pasando aquí?

En el interior del hospital, el pasillo de la segunda planta está lleno de cajas de madera colocadas unas encima de otras, y los soldados las están bajando al vestíbulo. *¿Dónde está Grace?*

“¿Te vas?” Me acerco y le pregunto al ver que está de pie junto a la cama de un soldado herido, cambiándole el vendaje.

“Lo siento”, no me mira y sigue cortando la venda usada que envuelve su mano.

“¿Lo sientes? ¿Cuándo se te ocurrió decírmelo?” Le quito la venda usada de la mano y la tiro al cubo de acero inoxidable que tenemos al lado.

“Es nuevo. No es que lo supiera y te lo ocultara”, me mira.

“¿Cómo de nuevo?”

“Francesca, la guerra avanza. Los alemanes se retiran. Ambos sabemos que el hospital tiene que moverse hacia el norte. Es un hospital militar”.

“No me llames Francesca”, le digo mientras el soldado al que está cambiando el vendaje me mira con curiosidad. “Me llaman la ‘italiana estúpida’, al que nadie le dice que está a punto de irse de aquí”.

“Francesca, somos amigos”, me abraza un momento y vuelve a vendar al soldado, que no deja de mirarnos.

“Pero te vas”.

“Lo siento, pero la guerra se ha desviado hacia el norte, y somos fuerzas militares. Iremos a donde nos envíen”.

“Pensé que éramos amigos. Puedes volver a Estados Unidos, tú y tus heridos”, le miro, y deja de sonreír. “Y devuélveme mi naranjo que tu tanque atropelló cuando viniste a mi pueblo”, me giro para alejarme de ella. Podría haberme dicho que se iban y no sorprenderme así.

“Francesca...” La oigo por detrás, pero camino más deprisa para que no pueda alcanzarme con su cojera y salgo del edificio. Paso por el jardín del hospital de camino a mi sitio y miro a mí alrededor. Hay menos heridos en el hospital, y solo unos pocos están sentados en las sillas blancas repartidas por el jardín, disfrutando del sol de la mañana. Solo en mi lugar, detrás del viejo cobertizo, me siento y contemplo los altos cipreses que me rodean. Pronto acabará la guerra y estaré sola con mi hijo, con un vestido negro. No debería haberla dejado ser mi amiga.

“Debería habértelo dicho”. Ella se para sobre mí unos minutos después. “Pero pensé que también eran buenas noticias para ti. La guerra terminará pronto”.

“Tú no puedes decidir lo que es bueno para mí”, la miro. Una vez tuve una amiga que eligió el bando de los alemanes y desapareció, y ahora me dejará a mí también.

“No tienes que ser tan desagradable”.

“¿Olvidaste que soy la italiana que odia a todo el mundo? No deberías haberte hecho mi amigo”, digo y me arrepiento de las palabras al cabo de un momento.

“Quizá sea bueno que salgamos de aquí. No tendré que oír más tus quejas sobre el ejército estadounidense que te ocupa” me dice levantando la voz.

“No debería haber puesto la estatua de Santa María bajo tu colchón para protegerte” digo, aunque no lo diga en serio.

“No me he curado por ti ni por tu Santa María” me grita. “Me recuperé gracias a los médicos americanos, al polvo de sulfamida americano y a la morfina americana” me lanza un paquete de cigarrillos. “Y por cierto, todos los cigarrillos que me pides o me robas son americanos”, se da la vuelta y se aleja cojeando lentamente.

“Lo siento. Me alegro de que Santa María cuidara de ti” consigo gritar tras ella, pero no se vuelve y sigue caminando. Estoy debatiéndome entre sacar uno de los cigarrillos y fumármelo o mantener la caja cerrada y guardarla más tarde en mi escondite debajo de la cama. Tengo que ir a pedirle disculpas.

En los días siguientes, los camiones del ejército siguen llegando y cargando equipos, y los pasillos de la mansión que solía ser un hospital se van quedando vacíos. Aun así, no me acerco a hablar con ella, intento no levantar la vista mientras sigo fregando el suelo cada mañana, para no verla accidentalmente. La echaré de menos.

Las ambulancias y los jeeps que aparcan fuera, en la entrada principal, también están desapareciendo, y cada tarde, mientras camino hacia mi motocicleta, miro el aparcamiento vacío.

“No les importará que me lleve un poco”, me digo mientras lleno un bidón de combustible de los pocos que quedan y lo ato a mi motocicleta. Pronto lo necesitare.

“Francesca, alguien te espera fuera”, me dice mamá unos días después, y yo voy a la puerta principal a ver quién es.

“Me dijeron que te encontraría aquí”, se para en la calle y me mira.

“Sí, estoy aquí”, bajo los escalones de piedra hacia ella. Desde ayer ya no trabajo en el hospital. La enfermera responsable me llamó y me relevó de mis funciones, estrechándose amablemente la mano.

“He tardado mucho en encontrar tu casa” dice, sin dejar de mirarme.

“Debiste preguntar por la estúpida italiana y no supieron qué responder”.

“No, pregunté por la italiana de la motocicleta, pero me costó encontrar a alguien que hablara inglés”.

“Así que aquí es donde vivo, en este callejón”, señalo los sencillos edificios de piedra y la estrecha calle.

“¿Qué es esto?” Señala una mancha de pintura roja pintada en los adoquines de la calle, frente al pequeño cobertizo de madera.

“No lo sé”, no quiero hablarle de Gabriel y del rojo que había pintado donde yacía aquella noche. Murió por mi culpa.

“He venido a despedirme”, se contonea torpemente.

“Lo sé. Entra”.

“No, no, tengo prisa. Tengo que irme. Ya me están esperando, pero te he traído algo”, me tiende un pequeño paquete envuelto en papel. “Ábrelo cuando me vaya”.

“Gracias”, sostengo el paquete y busco algo que decirle, pero ella ya me dedica una pequeña sonrisa, se da la vuelta y se aleja cojeando.

“Grace”, grito al cabo de un momento y corro hacia ella, quitándome la pequeña cruz del cuello y dándosela. “Santa María siempre velará por ti”.

“Gracias”, sujeta el delicado collar, y me fijo en sus ojos rojos. “No lo olvides, ábrelo solo cuando me vaya”, sigue caminando y desaparece en el callejón. Espero unos instantes antes de arrancar el papel marrón que envuelve su regalo y ver un diccionario italiano-ruso.



Archivo del Ejército Rojo

Noviembre de 2021, Kiev, Ucrania

Anna

“Certificados”, nos mira con indiferencia la empleada de la entrada del gran edificio de hormigón mientras Natasha y yo nos colocamos frente a ella. Nos quitamos los guantes y le entregamos nuestros carnés. “¿Por qué habéis venido?” Pregunta después de echar un vistazo a nuestras cartas.

“Buscamos información sobre la Segunda Guerra Mundial”.

“Planta sótano, segunda ala”, nos devuelve nuestras identificaciones y se vuelve para mirar la pantalla de televisión de la pared. En el estudio de noticias, dos comentaristas debaten si los rusos intentarán atacar Kiev o no. Es lo único de lo que hablan desde hace varios meses. Aparto la mirada de la pantalla del televisor y vuelvo a guardar los carnés en el bolso, frotándome las manos para entrar en calor mientras ambos bajamos los escalones de hormigón y nos plantamos delante de la puerta de cristal cerrada; yo llamo al timbre.

“Veo que está escribiendo un trabajo sobre el periodo posterior al final de las batallas de Stalingrado”, dice la empleada del archivo mientras mira la carta que tiene en la mano.

“Sí”, respondemos los dos, sentados ante su escritorio.

“¿Es un trabajo académico?” Ella sigue mirando el papel que lleva el sello oficial de la universidad, firmado por el director de la facultad.

“Sí”, asentimos y no decimos nada más. De camino, acordamos hablar lo menos posible para evitar confusiones o situaciones embarazosas si descubrían que no éramos estudiantes de Historia.

“¿Y le interesa recibir la lista de prisioneros de guerra alemanes del campo de Bektovka de febrero de 1943?”. Sigue preguntando.

“Los prisioneros de guerra italianos”, la corrijo.

“No había separación entre ellos”, responde. “Espere ahí”, señala las mesas del lateral del pasillo y toma el teléfono, aún con la carta de la universidad en la mano. ¿Adónde llama?

“¿Crees que nos ha creído?” susurra Natasha mientras caminamos hacia las grandes mesas que hay a un lado del pasillo y nos sentamos. El archivero al teléfono y otras dos personas somos los únicos aparte de nosotros en la gran sala, la mayor parte de la cual está llena de filas y filas de estanterías con cajas de cartón grises cerradas.

“Lo hemos hecho lo mejor que hemos podido”, le susurro, aunque los tres archiveros están al otro lado del pasillo y no pueden oírnos. Sigo con la mirada a la empleada del archivo mientras cuelga el auricular del teléfono negro, se levanta de su mesa y camina hacia nosotros, sosteniendo el papel que le hemos dado. ¿Comprobó si éramos estudiantes de historia en la universidad?

“¿Solo quiere la lista de prisioneros del campo de Bektovka o también de todos los demás campos del sur de Rusia?”.

“¿De cuántos prisioneros de guerra estamos hablando?” le pregunta Natasha.

“Cerca de cien mil alemanes y soldados italianos.”

“Entonces, solo el campo de Bektovka”, respondo rápidamente. Aun así, apenas tenemos posibilidades de localizarlo. Como mucho tenemos su apellido, eso es todo. Y tal vez la abuela

me dijo la verdad, y murió en la nieve en las ruinas de Stalingrado.

“Esperad aquí unos minutos”, nos dice. “Pueden prepararse té o café mientras esperan”, señala el samovar de acero inoxidable que hay sobre una mesa, en un rincón de la habitación. “Llevará algún tiempo”.

“Aquí tiene, campo de prisioneros de guerra de Bektovka, febrero-septiembre de 1943”, uno de los empleados acerca a nuestra mesa varios cuadernos grandes de cartón y los coloca delante de nosotros.

Abro el primer cuaderno y miro la interminable lista de nombres escritos con letra pulcra, línea bajo línea, página tras página.

“¿Qué es la letra G?” le pregunto. Junto a cada nombre figura su rango, número de identidad y una letra adicional.

“G - alemán”, responde.

“¿Y el italiano?” le pregunta Natasha.

“Eso” responde.

“¿Y qué son las líneas de los nombres?” le pregunto. Sobre muchos de los nombres se traza con bolígrafo una línea roja recta.

“Estos no sobrevivieron al campamento”, me mira.

“Gracias”, le digo y examino los grandes y viejos cuadernos que hay sobre la mesa. “Empecemos”, le digo a Natasha mientras se aleja de nosotros y nos repartimos los cuadernos. “Solo buscaremos italianos con el apellido Morelli. Quizá encontremos algo”.

“Lo encontré”, susurra Natasha al cabo de un rato. Dejo el cuaderno en la mano y miro su dedo. *Ella lo encontró.* Me acerco a ella y veo el apellido Morelli escrito en letras redondas. Tiene rango de sargento y una línea roja recta que lo cruza.

“¿Quieres otra taza de té?” Me levanto de la silla. Tal vez toda esta búsqueda de un hombre muerto es estúpida.

“Sí”, ella también se levanta de la silla y se estira, y caminamos hacia el samovar que hay sobre la mesa del rincón.

Noventa minutos después, encuentro otro Morelli, este sobrevivió. Y al final del día, cuando cerramos el último cuaderno y damos las gracias a la responsable del archivo, tenemos una lista de cuatro presos italianos apellidados Morelli. Dos con una línea roja en sus nombres y dos que salieron vivos del campo.

“Tienes que hablar con tu abuela”, dice Natasha mientras salimos del archivo y caminamos hacia el tranvía, con los abrigos puestos. Empezó a nevar otra vez.

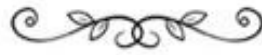
“Mañana me pasaré por su casa”, digo, con la palma de la mano enguantada metida en el bolsillo, tocando el papel con los cuatro nombres escritos.

“¿Quieres que te acompañe?”

“No, quiero ir con ella a solas”, respondo, aunque se merece una invitación. “Pero te prometo que volveré directamente a la residencia y te contaré lo que me dijo”, pongo mi brazo en el suyo mientras caminamos por la nieve. Quiero escuchar la historia de la abuela por mí misma, saber cómo acaba la historia y quién es la mujer de la foto.

“Espero que no esté muerto”, dice mientras esperamos en la estación, moviéndose de un lado a otro para mantener el calor.

“Yo también”, digo en voz baja mientras se enciende la farola.



“Abuela, tengo que saberlo”, le digo al día siguiente en cuanto entro en su casa y cuelgo el abrigo en el perchero.

“¿Cómo estás, Anuchka?” Me abraza, y puedo oler de sus manos el dulce Oludashki que me espera.

“Bien. Por favor, dímelo”.

“Pensé que vendrías ayer”, se aleja un poco de mí. “Te estaba esperando. ¿Tuviste muchos cursos en la universidad?”

“Encontré su nombre”.

“¿El nombre de quién?” Me mira.

“Me dirijo a la vitrina, alargo la mano, tomo la llave y abro las puertas de cristal.

“Anuchka, ¿qué estás haciendo?”

“Tienes que decirme si tengo razón”, saco la foto de la caja de madera, aunque probablemente se enfadaría conmigo. “He encontrado el nombre de su hombre”, sostengo la foto y saco la lista de nombres escrita en el trozo de papel, entregándosela. “Por favor, dime quién era”.

“No lo entiendo”, la abuela sostiene el papel entre sus dedos temblorosos y lo mira, se acerca a la mesita que hay a un lado de la habitación, toma sus gafas de leer y vuelve a mirar el papel. “¿Cuáles son estos nombres?” Se sienta en el sofá, con el periódico en la mano y la foto de la mujer junto a la motocicleta. “Anuchka, ¿qué es esto?”

¿Conoció a algún soldado italiano en la guerra? ¿Te dio la foto? ¿Era prisionero de guerra? ¿Cómo se llamaba?” No puedo dejar de hacerle preguntas. Tengo que saberlo.

No me contesta, solo mira la lista y suspira, se quita las gafas un momento, se frota los ojos y se las vuelve a poner.

“Ni siquiera sé cómo se llamaba”, dice finalmente, colocando la lista de nombres sobre la mesita. “Es tan estúpido, pero nunca pensé en preguntarle su nombre”.

“¿Y por qué nunca me hablaste de él?” Me siento a su lado y la abrazo.

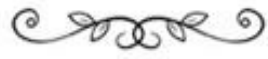
“Porque hay cosas que no están hechas para ser contadas”.

“¿Por qué, abuela? Ya soy mayor. Tengo que saberlo”, sigo abrazándola.

“Porque tenía muchas ganas de quererle”, responde al cabo de un rato. “Y yo quería tanto que viviera, y no quería que nadie lo supiera. Verás, mi Anuchka, a veces el pasado y lo que hicimos es demasiado complicado como para no querer hablar de ello”.

“¿Amaste a un prisionero de guerra italiano?”

“No, mi Anuchka, yo amaba a un hombre de mirada triste, pero estaba prohibido” me entrega la foto con las manos temblorosas. “Y durante todo ese tiempo, supe que debía de haber otra persona que le quería más y que no sabía si estaba vivo o muerto”.



El camino a Rusia

Italia, septiembre de 1945, cinco meses después del fin de la guerra

Francesca

“Basta, mamá”, termino de rezar y me pongo de pie en mi pequeña habitación, cruzándome frente a la estatuilla de Santa María que cuelga de la pared. Me protegerá como mantuvo viva a Grace mientras estaba bajo el colchón del hospital. Abro los ojos y me planto delante de mi armario de madera.

“No puedes hacerlo”, dice mamá, de pie junto a la puerta y observándome.

“Tengo que hacerlo” Abro el armario y miro mi ropa. Tendré que conformarme con mi vestido negro y algunas prendas más. Agarro una sencilla camisola, unos cuantos pares de ropa interior, un sujetador y un abrigo, y los tiro sobre mi cama. Necesito mi abrigo, aunque esté viejo y roto.

“¿Cómo nos las arreglaremos sin ti?”

“Estarás bien”. La abrazo un momento antes de darme la vuelta y empezar a meter la ropa que he tirado en la cama en mi mochila de cuero. “Sabes que dejé casi todo lo que tenía en el tarro escondido en la cocina”.

“Lo sé. Aún así, no hay trabajo por aquí”.

“Mamá, por favor, vete”. Me vuelvo hacia ella.

“¿Por qué? ¿Qué vas a hacer?”

“Por favor, sal.”

“Te cuidé cuando eras un bebé. No hace falta que me ocultes cosas” dice, pero sale de la habitación. Cierro la puerta tras ella y corro a mi cama, saco el afilado cuchillo que guardo bajo la almohada y lo introduzco en mi bota. Me protegerá.

“¿Qué has hecho?” Vuelve unos minutos después y examina la habitación para ver qué ha cambiado.

“Nada”. Me aliso el vestido.

“Sé que eres una mujer casada y fiel, pero apenas lo conocías”.

“Hace cinco años, hice un voto en la iglesia ‘solo la muerte nos separará’ y, efectivamente, solo la muerte nos separará”. Me agacho, saco la caja de cartón de debajo de la cama, saco todas las cajas de cigarrillos que he ido recogiendo en los últimos meses y las meto en un saco de arpillera. Los necesitaré para el viaje, ya que no me llevo dinero.

“¡Tienes un hijo!”

“Sí, tengo un hijo”. Lucho contra las ganas de llorar. “Sé que tengo un hijo”. Espero que no note mis lágrimas bajo la tenue luz de la lámpara de aceite. “Y este niño necesita un padre”. Rafael duerme en su pequeña cama, en un rincón de la habitación; está tumbado boca arriba y respira tranquilamente.

“Basta, Francesca, basta ya”, toma la mochila que hay sobre la cama y vacía su contenido. “Estoy poniendo estas cosas de nuevo en el armario. No vas a ir”.

“Mamá, suéltala”. Agarro con fuerza la correa de cuero de la mochila, tirando de ella hacia mí.

“Sabes que Emanuel está muerto”. Desordenadamente mete mis cosas en el armario y levanta la voz. “Me disculpo por decir esto, pero sabes que es verdad. ¿Cuántos hombres han vuelto al

pueblo desde que terminó la guerra?”. Cierra la puerta del armario y se apoya en ella. “¡Ninguna! No te dejaré ir”.

“Mamá, lo despertarás”.

“Tal vez debería despertarse para ver a su madre dejándolo”.

“¡Basta, madre! Tengo que irme. Quizá siga vivo en Rusia”. Intento apartarla a la fuerza y empiezo a llorar. “Sabes que toman prisioneros de guerra y no los liberan. No son como los americanos”.

“Tú no lo sabes, y yo tampoco. Solo sé que tienes un hijo y que lo dejas para irte a Rusia. Sabes que no sobrevivió”. Ella se echó hacia atrás, apoyándose con todas sus fuerzas en la puerta del armario. “Y sé que si tienes un hijo, no lo abandonas”.

“Me iré con o sin mi ropa. Tú harías lo mismo si fueras yo. También fuiste a buscar a papá”.

“No, no lo hice. Debería haberle impedido ir a esas manifestaciones. ¿De qué me sirve que esté muerto? Y ahora tú también vas a morir”.

“Volveré. Te lo prometo”. Siento las lágrimas rodar por mi cara. Ella también está llorando. “Por favor, déjame ir.”

Se aparta sin decir palabra y abre la puerta del armario. La abrazo, sintiendo el calor de su cuerpo y sus brazos a mí alrededor.

“Tengo que irme”, digo unos instantes después. Empiezo a preparar mi mochila. Si no me voy ahora, no tendré valor para irme. Saco su chaqueta de cuero de la percha y la huelo antes de ponérmela, pero después de todos estos años, la mayor parte del olor se ha desvanecido. Su olor desapareció hace tiempo. “Volveré pronto”. La abrazo por última vez y me pongo la mochila al hombro.

“Espera” dice mamá. Me quita la pequeña estatuilla de Santa María y me la mete en la mochila. “Al menos cuidará de ti”.

“Gracias”. Me dirijo a la puerta principal.

“¿Qué pasa con él? ¿No te despedirás de él?”

“No quiero que se despierte y llore”. Le doy la espalda, para que no vea mis lágrimas. No puedo soportar la idea de dejarlo atrás. Agarro el picaporte y abro la puerta, pero antes de salir me doy la vuelta, me acerco a la cama de Rafael, me inclino y lo beso. “Adiós, hijo mío. Prometo volver pronto”, le susurro una y otra vez, sintiendo la mano de mamá en mi hombro y viendo mis lágrimas formando manchas redondas en su pijama color crema. Tengo que irme.

“Vuelve pronto”. Mamá me abraza largo rato antes de cerrar la puerta tras de mí y salir corriendo por el callejón. No miro atrás, así que no cambiaré de opinión.

Mi motocicleta roja me espera en el cobertizo. He atado otro bidón de combustible a su lado. Meto el saco de arpillera con los paquetes de tabaco en la otra bolsa lateral de la motocicleta. Dejé la mayor parte del dinero que tenía a mamá y a Rafael.

No pienses en lo que vas a hacer, no cambies de opinión. Tengo un marido al que juré amar hasta la muerte. Tengo que saber qué le pasó.

Cierro la cremallera de la chaqueta de cuero, palpo el mapa doblado en el bolsillo interior, el mismo mapa de Europa que una vez cogí de la mesa de la enfermera jefe y marqué en él la frontera rusa. Pero las fronteras ya no tienen sentido. La guerra había terminado y habían ganado. Europa les pertenece a ellos y a los americanos; no a mujeres como yo que habían perdido a sus maridos.

Pateo el pedal de arranque y la motocicleta cobra vida, llenando el silencio nocturno del

pueblo con un fuerte tic-tac. No quería irme durante el día para que Rafael no me viera alejándome.

Me seco las lágrimas por última vez, aprieto el acelerador y conduzco lentamente en la oscuridad sobre los adoquines, sin más luz que la de las farolas que me indican el camino. Han vuelto a encender algunos. Echo un último vistazo a los escalones de piedra que llevan a casa y a la mancha roja marcada en el pavimento. En la oscuridad, parece casi negro. Conduzco rápidamente hasta la salida del pueblo. Esta noche conduciré unas horas antes de parar a dormir.

“¿Adónde te diriges?” me pregunta un soldado estadounidense cuatro días después en un control militar en la frontera entre Austria y Hungría. Se acerca a mí lentamente, caminando por el fangoso camino de tierra con una capa de lona caqui que brilla bajo la lluvia.

“A visitar a mi madre. Vive en Budapest”, le digo aún sentada en mi motocicleta ruidosa. Me duelen las caderas por el largo viaje y tengo escalofríos. Lluve desde primera hora de la mañana y estoy empapado. Mi abrigo está completamente empapado de agua y no es precisamente útil contra el frío. Espero encontrar pronto un lugar donde esconderme hasta que haga un poco de calor y deje de llover.

“¿Sabes que estás a punto de salir de la zona de ocupación americana y entrar en la del ejército ruso?”. Levanta la voz por encima del traqueteo de mi motocicleta, y yo asiento con la cabeza, secándome las gotas de lluvia de la cara con la mano fría.

“Que tengas un buen viaje” dice despreocupado mientras levanta la barrera de madera, esperando a que yo pase para poder volver a su pequeña choza de madera. La bandera de las barras y estrellas izada en lo alto de la choza está empapada de agua. Entre la zona de ocupación estadounidense y la zona rusa solo hay cien millas de camino embarrado. Aún puedo cambiar de opinión y darme la vuelta.

“¿Adónde vas?” Me pregunta soldado del siguiente control en ruso, gritando desde la abertura de la pequeña cabaña. Lleva un subfusil descuidadamente colgado del hombro.

“A Budapest, a mamá” respondo, esperando haber pronunciado correctamente las palabras en ruso.

“Documentos”, responde gritando.

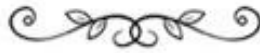
“Aquí tienes”. Saco dos paquetes de cigarrillos del bolsillo de mi abrigo y se los enseño.

“Tus documentos no son lo bastante buenos”. Me mira fijamente y pone la mano en su subfusil.

“Aquí tienes, tengo mejores documentos”. Saco otros dos paquetes de cigarrillos del bolsillo de mi abrigo y se los enseño también.

Camina hacia mí bajo la lluvia, pisando con indiferencia un charco, toma los cigarrillos y me hace señas para que entre en el territorio ocupado por Rusia. Ahora ya no puedo volver atrás. No debo pensar en ello. Aprieto suavemente el acelerador y la motocicleta se desliza por el camino embarrado entre los altos árboles que me rodean. Probablemente encuentre pronto un lugar donde parar.

La señal de tráfico acribillada a balazos sujeta a un poste de madera en el arcén de la carretera anuncia: **170 Millas a Budapest**. Alguien ha pintado las palabras **862 Millas a Kiev**, **1371 Millas a Stalingrado** en grandes letras rojas.



“Toma esto, toma un poco de sopa. Te hará entrar en calor”. Se pone a mi lado y me tiende un cuenco de acero inoxidable humeante.

“Gracias”. Le sonrío mientras tomo el cuenco, sintiendo cómo calienta mis manos heladas. Miro al grupo de refugiados sentados alrededor del fuego en el arcén de la carretera que conduce de Budapest al este. El control militar y el soldado a la entrada de la zona de ocupación rusa parecen un recuerdo lejano. Desde entonces, he pasado más barreras, cruzándolas con la ayuda de paquetes de cigarrillos. El pueblo, mamá y Rafael también parecen tan lejanos entre los árboles oscuros que me rodean.

“¿Cuál es tu próximo destino?” le pregunto y me limpio una lágrima.

“¿Estás bien?” Se sienta a mi lado, con un plato de sopa en la mano, sorbiendo lentamente de vez en cuando.

“Sí, todo va bien”, le sonrío y me seco otra lágrima. Es el único del grupo que habla un poco de italiano. Los demás solo hablan polaco, y algunos también ruso, del que entiendo un par de palabras.

Los conocí esta tarde cuando buscaba un lugar donde descansar la cabeza durante la noche, tal vez un cobertizo abandonado o un granero. Pero entonces vi su fogata y me invitaron a comer y a pasar la noche con ellos.

“Estamos de camino a Austria. Entonces, seguiremos hacia Italia”, responde y sopla sobre su sopa caliente.

“Te queda mucho camino por recorrer”. Miro a la gente reunida alrededor de la fogata. Los hombres y las mujeres se sientan en silencio o hablan en voz baja entre ellos, y el único sonido que resuena en el aire es el tintineo de sus platos de vez en cuando. El puñado de niños que hay aquí no corre ni ríe como deberían hacerlo los niños. Se sientan a comer en silencio con los mayores, vestidos con abrigos que les quedan demasiado grandes. Uno de los hombres tiene el brazo al descubierto y veo un número marcado en su mano.

“Vino de esos campos”, dice el hombre sentado a mi lado cuando se da cuenta de que le miro fijamente.

“¿Y tú?” Pregunto. Los periódicos no empezaron a informar sobre estos campos hasta que terminó la guerra. Nunca he conocido a nadie que haya estado preso en uno de esos campos.

“Yo también” dice en voz baja. “Hace mucho tiempo, antes de la guerra, yo era médico en Viena. Tenía una esposa llamada Adela y dos hijos, Franz y Jacob”. Permanezco en silencio, reacio a preguntar qué había sido de ellos. Leí sobre esos campos en los periódicos.

“¿Y ellos?” Miro a los niños.

“Sobrevivieron de algún modo, pero son huérfanos. Todos sobrevivimos de alguna manera”. No dice nada más. “¿Y tú?” Me pregunta al cabo de un rato.

“Estoy de camino a Rusia.” Busco las palabras adecuadas. ¿Qué pensaría de mí si supiera que mi esposo era un soldado del ejército italiano que luchaba junto a los alemanes? ¿Se arrepentirá de haber compartido su sopa conmigo y de haberme invitado a pasar la noche con ellos? “Estoy buscando a mi esposo. Quiero saber qué le pasó”.

“¿Está en Rusia?”

“Ya no sé dónde está. Estuvo en Rusia hace tres años”.

“Debe haber sobrevivido de algún modo”. Me pone la mano en el hombro al notar que estoy temblando.

“Seguro que sí” respondo con voz temblorosa y sorbo mi sopa.

“Ten cuidado cuando llegues al puesto de control de la frontera con Rusia”.

“Ya he pasado controles militares en mi camino”. Miro a un niño tumbado en el suelo frente al fuego; tiene los ojos cerrados. Es un poco mayor que mi Rafael, tal vez solo por un año o dos. “Sé cómo manejar en los controles”, añade. He usado mi pequeño alijo de cigarrillos en cada puesto de control, incluso le he dado un par al mecánico que me reparó la motocicleta hace unos días.

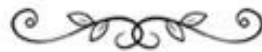
“El próximo control es diferente. No es como los demás”, dice en voz baja, y vuelvo la mirada hacia él, notando que sus ojos azules brillan a la luz del fuego. “Este no es un puesto de control cualquiera, atendido por un soldado ruso borracho. Esta es la línea fronteriza con Rusia, con el comunismo de Stalin, y a Stalin no le gustan los invitados. Es peligroso entrar y es casi imposible salir” Me mira.

“¿Estuviste allí?”

“No. Estuve en Polonia, en un lugar llamado Auschwitz” Hace una pausa antes de continuar. “Pero algunos de ellos”, mira a los demás, “estaban allí, en Rusia”.

“Estaré bien”, digo. Necesito dormir y estar listo para mañana.

“No le digas a nadie que eres italiano. Odian a los alemanes y a los italianos”, añade cuando se levanta y añade su plato de sopa vacío a la pila de platos antes de alejarse y soltar un “buenas noches”, en mi dirección.



“Adiós”, me paro junto a mi motocicleta a primera hora de la mañana siguiente y me despido del doctor. Las otras personas con las que he pasado la noche están empaquetando sus pertenencias, enrollando sus sencillas mantas de lana del ejército en manojos y atándolos entre sí.

“Buena suerte”, me da la mano.

“Gracias, buena suerte para ti también” Me estremezco con el aire frío, mirando la niebla que nos rodea. “Tómalo” Saco unos paquetes de cigarrillos de mi bolsa de arpillera y se los doy, “para el camino”.

“Gracias, pero tú los necesitarás más que yo”, se niega a tomarlos.

“Por favor, déjame darte algo a cambio”. Insisto, aunque ya casi no me queda nada, y él las sostiene y me sonríe.

“Dios te cuide”, le oigo decir cuando arranco la motocicleta y su ruido perturba el silencio, atravesando el aire helado de la mañana.

“Que el Dios judío te proteja”. Me despido de él con la mano y empiezo a conducir despacio, pensando que quizá ellos y yo tengamos el mismo Dios.

A los lados de la carretera hay restos de vehículos militares alemanes. Algunos han sido volcados, como si los hubiera sacado de la carretera un tractor, y otros están acribillados a balazos. Solo la cruz negra nazi en la carrocería del vehículo sugiere que alguna vez

pertenecieron al invicto ejército alemán que pasó por aquí en su camino hacia la conquista del mundo.

‘A la frontera de la Unión Soviética’ Paso junto a una señal de tráfico con una flecha que apunta hacia delante. Avanzo rápidamente por la ruinosa y sinuosa carretera que atraviesa el bosque y los blindados alemanes de los lados. Unas horas más tarde, después del amanecer, lo veo a lo lejos y paro la motocicleta.

La bandera roja con la hoz y el martillo se iza sobre el puesto de guardia y el cuartel, ondeando suavemente con la brisa de la tarde. Me quedo en mi motocicleta y los examino desde una distancia segura. ¿Me dejarán cruzar la frontera? Tengo algunas cajas de cigarrillos, sin documentos ni dinero para darles.

Tomo una decisión precipitada y tiro el bidón de combustible atado al lateral de mi motocicleta. De todas formas está vacía y no hace más que agitarse ruidosamente mientras conduzco. Echo un último vistazo al puesto de vigilancia y giro la motocicleta hacia un camino de tierra lateral. No me dejan pasar. Me saltaré el control, como hice en Italia.

El camino de tierra está embarrado, y conduzco lentamente entre los altos árboles, buscando el camino correcto que me lleve más allá de la frontera rusa. Pero entonces, la carretera toma una curva cerrada y me encuentro frente a una motocicleta militar y dos soldados de pie junto a ella. Uno de ellos levanta su arma y me apunta.

“Estaciona la motocicleta”. El más alto de los dos me hace señas. Aunque quiero acelerar y huir por el camino embarrado, sé que me dispararán. ¿Cometí un error?

Se hace el silencio cuando apago la motocicleta y oigo el piar de los pájaros en los árboles, el susurro de las hojas en la brisa y el sonido de las botas del soldado que se acerca a mí.

Es ancho y viste un sencillo uniforme verde. Su subfusil sigue apuntándome mientras se acerca con una gran sonrisa. Veo que le falta un diente.

“Documentos”, dice en ruso. Puedo oler el vodka en su aliento.

“Aquí tienes”, respondo en ruso y me inclino lentamente hacia un lado, con la intención de sacar las cajas de cigarrillos que me quedan y dárselas.

“¿Eres rusa?” Me grita y me pincha ligeramente el vientre con el cañón del subfusil.

“No, húngara” respondo mirándole a los ojos. ¿Qué he hecho? Quiero gritar.

“¿Qué tienes ahí?” Me apunta con el cañón a la mano metida en el saco de arpillera.

“Certificados” Puede que funcione. Esta es mi única oportunidad. Debo mantener la calma.

“Saca la mano”.

Saco las cajas de cigarrillos y se las doy. “Certificados” ¿Habré hecho lo correcto? ¿Cómo reaccionará?

“Cigarrillos americanos” Se ríe a carcajadas y se vuelve hacia su amigo, sosteniendo las cajas y mostrándoselas. “Nyet húngaro” Se vuelve hacia mí. “Nyet comunista, eres una capitalista”. Escupe sobre el barro y vuelve a clavarme el cañón del subfusil en el estómago.

“Nyet Capitalista”, respondo y le miro a los ojos. “Bolchevique húngaro”.

Respire despacio, mantenga la calma y no haga movimientos bruscos.

El cañón de metal parece quemarme el estómago. *No mires hacia abajo. Sigue mirándole a los ojos.*

“Levanten las manos”, señala con la cabeza y el cañón de la pistola. Levanto lentamente las manos y le miro frenéticamente a él y a los demás soldados, su arma también me apunta. Solo oigo a los pájaros piar a mí alrededor. El diente que le falta al soldado de repente parece tan prominente.

Su mano extendida baja rápidamente la cremallera de mi chaqueta de cuero, y noto cómo sus dedos me manosean, me tocan los pechos, me los aprietan antes de continuar su búsqueda.

“Espía capitalista”, saca el mapa de mi chaqueta y se lo enseña a su amigo. “Enemigo”, le dice al otro soldado, que se acerca y mira el mapa, luego se vuelve hacia mí y escupe sobre la motocicleta.

“Nyet Capitalista, Húngaro”, sigo repitiendo. Debo ceñirme a mi historia y no cometer errores, pero lo único que quiero es gritar

“Italiano”, dice su amigo, señalando la ruta que yo había marcado en el mapa. “El italiano y el alemán son lo mismo”.

“Nyet”, le digo.

¿Ahora qué hago? Mis manos empiezan a temblar.

“Cállate”, me grita el gran soldado, sus dedos se cierran en torno a mi cuello y me acerca la cara hacia él. Apesta a vodka. “Tú, ven con nosotros”.

“De acuerdo”. Asiento con la cabeza mientras me suelta el cuello. Vuelvo a respirar y toso. ¿Cuáles son sus intenciones? Se alejan unos metros y hablan entre ellos, pero no oigo nada.

“Síguenos”, dice el otro soldado y sube a su motocicleta. Asiento con la cabeza y arranco la motocicleta. Me escaparé en cuanto salgamos de este camino embarrado y se presente la oportunidad. Pero entonces el gran soldado se acerca y se sube a mi motocicleta, sujetándome por detrás. “Síguelo”, vuelve a reír mientras sus enormes manos aferran mis pechos.

Haz lo que dicen, encontraré una solución. Que no cunda el pánico. Ignora al soldado apretado contra ti y sus asquerosas manos. Estaré bien. Siempre encuentro una manera. Ahora concéntrate en conducir.

Mis manos agarran con fuerza las asas de la motocicleta, con cuidado de no resbalar en el camino embarrado, y atravesamos la carretera serpenteante y los árboles hasta que diviso el puesto de control fronterizo a la vuelta de la curva; el mismo que intenté evitar.

El puesto de guardia está rodeado de alambradas de espino, y en el cartel agujereado por las balas de la derecha se lee “Halt” en alemán. El auto abandonado de al lado también está acribillado a balazos.

Hay un puesto de guardia, y un cobertizo o granero de trigo detrás, también hay un sargento ruso, y dos soldados de pie y nos observan mientras nos acercamos a ellos. “Para” hace un gesto.

“¿Quién es ella?” Parece preguntar el sargento al soldado que aparca su motocicleta.

“Italiano capitalista”. El gran soldado se ríe mientras me agarra del brazo y me tira de la motocicleta, y yo me contengo para no gritar de dolor. Debo ser obediente hasta que tenga la oportunidad de escapar.

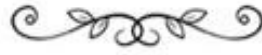
“¿La denunciaremos?” pregunta el soldado al sargento, que se acerca sonriente y se coloca cerca de mí. Es más delgado que los demás y tiene un bigote negro.

“No”, responde unos segundos después. “La mantendremos aquí”. Me examina. “No la denuncies”. Grita al soldado que está en el puesto de guardia y sujeta el auricular del teléfono de campaña. ¿Por qué no quieren denunciarme? ¿Me dejarán ir?

“¿Y qué pasa con Nikolai?” Pregunta el corpulento soldado que apesta a vodka.

“Podría ser el primero” responde el sargento. “Entonces tendremos nuestra parte” Se ríe, y los demás se le unen. Esta es mi oportunidad. Empujo al grandullón sobre el sargento y le doy una patada lo más fuerte que puedo, dándome rápidamente la vuelta y corriendo hacia la motocicleta. Pero entonces veo a uno de los soldados sentado en ella y engullendo una botella de vodka. Me quedo ahí, jadeando y mirándole a él y a mi motocicleta. Fallé.

“Putá capitalista” siento que una mano me tira del pelo. Suelto un grito, intentando resistirme a él mientras el corpulento soldado me arrastra por el pelo hacia el granero que hay a un lado de la carretera. Los soldados se ríen a carcajadas cuando me mete en el granero y cierra la puerta de madera.



El puesto de control fronterizo

Septiembre de 1945, frontera Hungría - URSS

Francesca

Mi mano agarra con fuerza el cuchillo que he sacado de la bota y mis ojos están fijos en la puerta cerrada del granero. Pronto la abrirán y entrarán. Debo estar preparado.

Oigo sus risas fuera y el ruido de mi motocicleta de vez en cuando. Deben estar conduciéndolo frente al puesto de control, pero ya no importa. Hice lo que pude, y ahora debo concentrarme en la puerta y estar listo.

Paso el cuchillo a mi otra mano y me limpio la palma sudorosa en el vestido negro, me seco los dedos y devuelvo el cuchillo a mi mano fuerte; la hoja no debe resbalar cuando ataque. Solo tendré una oportunidad cuando lleguen. Sin embargo, sé que nunca saldré vivo de este granero. Aun así, no pienso en ello. No me atraparán sin luchar. No me tomarán en absoluto.

Oigo fuera el ruido de un jeep que se acerca y la motocicleta de mi motocicleta deja de traquetear, así como las risas y conversaciones de los soldados.

¿Debería acercarme a la puerta, intentar asomarme y ver qué hacen fuera? ¿O debo esperar en la oscuridad y tratar de esconderme en ese pajar de la esquina? ¿Quizá debería acercarme más a la puerta y sorprenderles cuando entre? Vuelvo a la esquina. Intentaré esconderme, pero entonces se abre la puerta y le observo. Él también me mira.

Lleva una gorra de oficial con una estrella roja en el centro, y su uniforme verde parece más limpio que el de los demás soldados. El cinturón de cuero marrón de sus pantalones está desgastado, al igual que la funda de cuero de su cintura. Probablemente sea un oficial que pasó por la guerra y no uno de esos nuevos reclutas que habían reclutado para llenar los huecos. ¿Podré sorprenderle? ¿Qué experiencia tiene?

Intento mirar hacia abajo y examinar su funda sin que se dé cuenta. Si consigo llegar hasta su pistola, puede que salga vivo de aquí, pero él me observa, y yo le miro, estudiando su rostro bien afeitado y sus ojos oscuros. No me asusta. No miraré hacia abajo.

“Soy el siguiente”, oigo una risa desde fuera, o al menos es lo que creo que dice uno de los soldados, y consigo fijarme en ellos a través de la entrada del granero. No saldré vivo de aquí.

Me observa un momento, da un paso atrás, grita algo que no entiendo a los soldados y cierra la puerta, dejándonos solos en el mugriento granero. Tengo que bajar la mirada, para que piense que le tengo miedo. Al menos tengo el cuchillo que escondo en la mano.

Se acerca cautelosamente y me examina, mirando mi vestido y mis piernas. Sus ojos suben y mira los míos.

¡Ahora!

Le escupo y retrocede un segundo. Rápidamente estiro la mano que sujeta el cuchillo, apunto la hoja a su cuello, pero él retrocede, y su mano se levanta y se aferra con fuerza a la mía. Grito de dolor cuando me dobla la mano y el cuchillo cae.

No te rindas.

Oigo otro grito, pero parece salir de mi propia boca cuando me abofetea con fuerza y pierdo el equilibrio. Aun así, intento agarrarle y alcanzar su pistola con la otra mano.

Mis dedos se deslizan sobre el suave cuero y vuelvo a gritar cuando me empuja al suelo del granero y solo tengo la paja esparcida para amortiguar mi caída.

“Grita”, me susurra en ruso mientras permanece de pie junto a mí, observándome. “Grita”.

Respira, respira. No te rindas. Ya no importa.

Miro a mí alrededor, buscando mi cuchillo, pero no lo encuentro en el sucio suelo del granero cubierto de paja esparcida. Levanto los ojos y noto que su mano acaricia suavemente su funda. ¿Cuánto daño me hará?

“Grita”, me susurra de nuevo, esta vez en italiano. Pero las palabras me suenan extrañas en su marcado acento ruso.

Le miro y examino de nuevo sus ojos negros, asegurándome de mirarlos directamente mientras mi mano rebusca suavemente entre el heno, intentando localizar el cuchillo, tengo que hacer movimientos sutiles para que no se dé cuenta. Tengo que sonreírle.

“Me llamo Nikolai Matveevich Berezovsky”, dice lentamente con un mal italiano, de pie junto a mí, con la mano apoyada en la funda. Sigo mirándole y no digo nada. “Grita”, sigue diciéndome, pero yo permanezco en silencio, esperando a que se incline sobre mí para cegarle con las uñas. No le daré el placer de oírme gritar. “Soy oficial del 38º Ejército Rojo Soviético” sigue diciendo.

Mi mano se congela al notar que me ve buscando entre el heno. No es estúpido. Tengo que sonreírle. “Me alisté en julio de 1941, cuando empezó la guerra, y maté a más alemanes de los que puedo contar”, dice y se agacha, y yo me tensó. No tendré otra oportunidad. Ya sabe que intentaré hacerle daño. “Y también he matado a demasiados alemanes como para olvidarlo”, toma algo del suelo y me lo lanza, y siento la culata del cuchillo golpeándome los muslos. “Grita” sigue diciéndome, pero yo me limito a mirarle en silencio, sujetando el cuchillo que me ha tirado en el regazo.

¿Qué quiere de mí? ¿Se está preparando para dispararme? Oigo las risas de los soldados fuera y el ruido de la motocicleta que solía ser mía.

“Una vez soñé con ser profesor de física en Kiev, donde crecí, aunque para un judío como yo es difícil entrar en la universidad” sigue hablándome con un mal italiano. ¿Por qué me habla a mí? “Grita”, saca un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa y me mira. “Quieren oírte gritar”, dice, y yo le miro y permanezco en silencio, sintiendo el sudor en los dedos que sostengo con el cuchillo. “Cuando era adolescente, estudié piano. Me encantaba la ópera. Estaba sentada en la ópera de Kiev con los ojos cerrados, escuchando las historias de amor que sonaban en el escenario”, me tiende la mano y me ofrece un cigarrillo, pero yo me limito a mirarle a los ojos y a negar con la cabeza. Me hará daño. “Tienes que gritar. Sospecharán que algo va mal y entrarán. Quieren oírte gritar”, vuelve a guardar el paquete de cigarrillos en el bolsillo de su camisa militar y sigue observándome, acercándose un poco más, y yo retrocedo y levanto el cuchillo hacia él. “No te haré nada. No te violaré”, se detiene en su sitio.

“¿Por qué?” Es todo lo que puedo preguntarle, aunque no sean las palabras que debería decir.

“Porque maté para proteger a mi país, pero nunca violé. Verás, quiero poder volver a tocar un día el piano y escuchar ópera italiana sin avergonzarme de las cosas que hice”, me dice en voz baja. “Pero tienes que gritar ahora”.

Jadeo y trato de decir algo, de gritar, de emitir un sonido, pero una respiración entrecortada es lo único que sale, un débil quejido como el de un animal herido. Tengo la boca seca y tengo que hacer algo para que no entren.

“Por favor...” se arrodilla ante mí.

“Abofetéame” le susurro.

“¿Qué?”

“Abofetéame” Alargo la mano para tomar la suya y la pongo en mi mejilla, sintiendo el calor

de sus dedos. Tengo que gritar.

Me golpea en la cara, siento el dolor y cierro los ojos, pero solo sale una respiración pesada.

“Más fuerte”.

Su palma me escuece en las mejillas como si fuera una barra de hierro abrasándome la carne, y grito como un animal herido, sintiendo el estallido de las lágrimas que corren por mis mejillas. Oigo risas a través de la puerta de madera cerrada.

“Más” le susurro y continúo gritando y gimiendo mientras cierro los ojos, esperando la siguiente oleada de dolor que los mantendrá fuera del granero, y esta vez me golpea con más suavidad.

“Lo siento”, le oigo entre lágrimas y sollozos. “Lo siento.”

Sigo lamentándome, ignoro mis lágrimas y miro sus ojos oscuros que me observan tan de cerca.

“No deberías estar en este lugar. No debes intentar cruzar la frontera. Es demasiado peligroso para ti”.

“Tengo un marido allí.”

“¿Dónde?”

“Allá, en Rusia, un prisionero de guerra. Debo encontrarlo”.

“No lo encontrarás. Tienes que volver”.

“Tengo que hacerlo”, me limpio las lágrimas y vuelvo a tomar el cuchillo.

“No lo lograrás. Unas millas más adelante, hay otro puesto de control, y hay más de esos en las carreteras, atendidos por oficiales del Partido Comunista que buscan el tipo correcto de documentos, en busca de traidores. Te detendrán y no te mostrarán piedad”, se acerca a mí, tal vez para abrazarme, pero nota mi mano levantada sosteniendo el cuchillo y se detiene.

“Es mi marido. No me rendiré”.

“Está muerto o volverá de algún modo. Pero si cruzas la frontera, morirás”.

“Soy su esposa” gimoteo y siento las lágrimas correr por mi barbilla y caer sobre mi vestido negro. “Soy su esposa...”

“Tal vez esté prisionero, tal vez alguien lo esté cuidando, pero no podrás encontrarlo”.

“Tengo que hacerlo, lo juré” ignoro las lágrimas de mi barbilla.

“¿Tienes hijos?” No deja de mirarme.

“Sí, tengo un hijo”.

“Entonces vuelve con él. Si sigues así, no volverás a ver a tu hijo”.

“No puedo rendirme”.

“Debes hacerlo” se inclina más hacia mí hasta que puedo oler su olor corporal, pero no me toca.

“¿Qué voy a hacer? ¿Cómo puedo devolverme?” Miro a la puerta. “Están esperando su turno”.

Pone la mano en la funda de cuero y saca la pistola, y yo me estremezco y quiero gritar, pero una vez más no salen palabras, solo un gemido bajo.

“No pasa nada” me sonríe y me pone la pistola en la mano. “Te protegerá. Se lo quité a un oficial alemán. Me compraré otra”.

Siento la pistola de metal frío y grasiento que me pone en la mano, aprieto los dedos en la empuñadura del arma y miro la esvástica nazi grabada en ella.

“Tenemos que salir de aquí. Empezarán a sospechar”, me susurra, y yo vuelvo a mirarle, secándome las lágrimas. Tengo que escucharle.

“¿Cómo?”

“El cuchillo, tienes que esconderlo. La pistola también”.

Mis dedos empujan el cuchillo dentro de mi bota, pero no consigo introducir la pistola en la otra. Tengo que encontrar una solución. Pronto entrarán.

Mis dedos agarran con fuerza el dobladillo de mi vestido y arranco un trozo. Tengo que darme prisa. Mis manos atan con fuerza la tela alrededor de mis muslos y presionan el arma contra mi piel, ignorando el metal que me araña. No debe caerse cuando camino.

“¿Por qué haces esto?” Le miro mientras vuelvo a bajarme el vestido.

“¿Estás lista?” Me susurra, sin responder a mi pregunta.

“Sí” asiento.

“Perdóname por hacerte daño” dice, y yo vuelvo a asentir.

Sus dedos me agarran con fuerza del pelo mientras me levanta, y yo grito, intentando zafarme de él, pero me sujeta con fuerza y me lleva fuera del granero, susurrando “Grita”.

Me fijo, a través de mis ojos llorosos, en los soldados que rodean mi motocicleta y rebuscan en mi bolsa de cuero, desparramando su contenido por todas partes. Pero cuando nos ven, se dan la vuelta y sonríen, y uno de ellos se acerca a nosotros y me toma la mano.

Nikolai sigue sujetándome el pelo con fuerza, le grita algo en ruso que no consigo entender y le aparta, sigue sujetándome con fuerza, esta vez por el brazo, mientras me lleva hasta la motocicleta.

Los soldados me miran y se ríen de mi cojera, y yo ignoro el dolor del arma que me hiere en la cara interna del muslo y siento la humedad de la sangre que corre por mi pierna.

“¿Y nosotros?” pregunta el soldado, pero Nikolai sigue tirando de mí hacia la moto y le grita en ruso. Me parece oír las palabras “puta” y tal vez incluso “enfermedad”, pero no estoy segura.

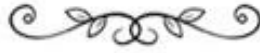
Los otros soldados dejan la motocicleta, se acercan y nos rodean, me observan. Aun así, Nikolai los aparta con sus gritos, y sus manos solo me tocan un momento, pellizcándome la cintura.

“Putas enfermas” les grita. “No la toques”, me escupe al son de sus risas y sigue arrastrándome hacia la motocicleta, y yo grito y camino lo más rápido que puedo, sintiendo la mejilla dolorida y húmeda por su saliva, pero no me molesto en limpiármela.

“Arranca la motocicleta y lárgate de aquí”, me susurra mientras me sienta en la motocicleta, retoma rápidamente mi ropa tirada por todas partes y la mete en mi mochila, colocándola entre mis muslos abiertos.

“¿Por qué?” “¿Por qué?” le pregunto mientras piso con el pie el pedal de arranque, siento el motocicleta rugir a la vida, me estremezco cuando mis muslos doloridos se aferran a él y siento que el arma me hiere.

“Para que siempre recuerdes que también hay gente buena al otro lado”, me susurra. “Fuera de aquí”, grita en ruso, y yo aprieto el acelerador, siento que mi motocicleta empieza a moverse, oyendo aún las maldiciones de los soldados que son lentamente engullidas por el monótono rumor de la motocicleta que me aleja de la frontera rusa. Intento mantenerme firme en el camino de tierra y noto los baches en el camino, las lágrimas en mis ojos también interrumpen mi visión.

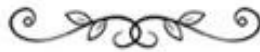


“Santa María...” Camino por el bosque, sosteniendo con fuerza la estatua de la Virgen en la mano. La estación fronteriza ya ha quedado muy atrás. No debo pensar en lo que pasó allí ni en las intenciones de los soldados. Tengo que concentrarme en mi oración.

Mi motocicleta está aparcada junto a la carretera, apoyada en un tanque destruido -alemán o ruso, ya no sé de quién- y camino entre los altos árboles que proyectan una sombra sobre la carretera y sobre mí. El bosque espeso y oscuro espera mi oración.

“Santa María” me arrodillo y susurro de nuevo, sintiendo el frío suelo que humedece mis rodillas. “Me doy por vencido con él. Esté donde esté, vivo o en tus tiernos brazos, por favor, vela por él” susurro, sin poder contener las lágrimas. “Tengo un hijo que criar y he fracasado. Por favor, vela por él. Voy a volver a casa”.

Excavo suavemente en la tierra húmeda con los dedos y coloco dentro el fusil alemán. Ya no quiero su protección. Después, beso la estatua de la Virgen y la dejo sobre la hierba, me pongo en pie y observo los escasos rayos de sol que se abren paso entre las copas de los árboles y oigo piar a los pájaros. Quizá sea una señal, pero ya no lo sé. Sé que tengo que subirme a la motocicleta y volver a casa ya, sin mirar atrás. Tengo un hijo esperándome y he fracasado.



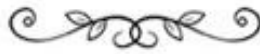
Té con la abuela

Noviembre de 2021, Kiev, Ucrania

Anna

“Abuela, ven a sentarte, toma un poco de té”. Le paso la taza caliente y me siento a su lado. La ayudo con el terrón de azúcar y veo cómo sus dedos arrugados revuelven suavemente la cuchara en la taza de té caliente. Empezó a nevar otra vez y mamá me pidió que fuera a ver cómo estaba. Quizá no debería hablarle más de esa foto de la mujer. Quizá deberíamos dejar atrás el pasado.

“Sabes, Anuchka”, me mira después de un rato. Tiene los ojos rojos. “Estaba muy débil y enfermo. Al principio, le odiaba cuando le trajeron con otros tres prisioneros para ayudarnos en la granja en otoño de 1945”.



El prisionero de guerra

Septiembre de 1945, en una granja al este de Kiev, cinco meses después del fin de la guerra.

María (Mariusha)

El camión militar del Ejército Rojo entra lentamente y se detiene en el centro del patio delantero de nuestra granja, haciendo que las gallinas se dispersen en una tormenta de plumas y se escondan entre la maleza salvaje que rodea el granero y la pocilga embarrada. Mi padre y yo salimos de nuestra cabaña y vemos que un joven oficial sale del camión y camina hacia nosotros. Tiene más o menos mi edad, unos veinte años, y un cuidado bigote negro. Observo su gorra de visera de oficial y sus andares orgullosos, como si acabara de terminar su formación en la academia de comandantes.

“¿Familia Yafimovna?” Pregunta el oficial mientras se acerca a nosotros.

“Sí”, respondemos padre y yo, examinando su uniforme limpio. El conductor también sale del vehículo y se enciende un cigarrillo. Se apoya en el camión aparcado y llena el aire del mal olor a tabaco barato. Miro el camión cubierto de barro, como si hubiera recorrido un largo camino, y la parte trasera del vehículo está cubierta con una vieja lona verde con la estrella roja pintada en un lugar destacado. ¿Qué quiere el funcionario de nosotros?

“En nombre del comité regional y del pueblo comunista, ponemos a su cuidado cuatro prisioneros de guerra. Trabajarán en tu granja”. Saca un papel doblado y se lo entrega a padre. “Por favor, firme aquí que los ha recibido”.

“¿Y qué hacemos con ellos?” pregunta el padre.

“Que trabajen hasta morir”. El oficial se ríe. “Nadie los va a retirar, pero a partir de ahora, deben cumplir sus cuotas de cultivo. La guerra ha terminado”.

“Mariusha, fírmalo” me dice papá. Me entrega los papeles y el bolígrafo, y firmo el documento mientras examino el título de los papeles y los sellos de la hoz y el martillo que han sido estampados con tinta roja. ‘Los prisioneros de guerra ayudan al pueblo soviético’.

“Fuera”. El oficial golpea la parte trasera del camión. Una mano sale de debajo de la lona, la aparta y cuatro personas salen lentamente; una a una, sus pies tocan el suelo, intentando mantenerse firmes. Finalmente, se alinean y nos miran.

Son delgados, y su mirada es hueca e indiferente mientras permanecen de pie y miran a su alrededor en silencio. Me acerco y los examino, los monstruos humanos que nos atacaron en la guerra. Por un momento, intento contenerme, pero luego no me contengo y vuelvo a pasar junto a ellos, escupiéndoles a la cara uno tras otro.

Tres de ellos son rubios y más altos que yo. Visten uniformes desgastados de color gris verdoso, y sus hombros están cubiertos de restos de insignias de rango, arrancadas hace mucho tiempo. El cuarto es un poco diferente del resto. Tiene el pelo negro y los ojos oscuros y también es más alto que yo. Está sin afeitar y viste un uniforme caqui diferente al de los demás; también está hecho jirones. Me detengo frente a él y miro su delgado cuerpo mientras me examina, ignorando la saliva de su mejilla.

“¿Qué hacemos si intentan escapar?” le pregunto al oficial del Ejército Rojo.

“No lo harán”, dice mientras se dirige al camión. “Son demasiado débiles. No tienen ninguna posibilidad de llegar a la frontera y menos a Alemania. Si alguno escapa, el NKVD lo atrapará fácilmente y lo llevará a un pelotón de fusilamiento”.

“Excelente”. Me acerco a él y le devuelvo los papeles firmados, esperando pacientemente mientras examina cuidadosamente mi firma.

“Encantado de conocerte, camarada María”, me estrecha la mano. “Estoy a cargo de la zona en nombre del ejército y del partido”.

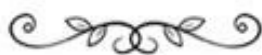
“Encantado de conocerle a usted también”, le estrecho calurosamente la mano y examino su uniforme planchado con el símbolo del Partido Comunista pegado al pecho.

“Si hay algún problema, avísame y yo me encargaré del resto”. Sube al camión y cierra la puerta. El conductor tira el cigarrillo al suelo y sube tras él. “No lo olvides; a partir de ahora, tienes que cumplir las nuevas cuotas de cosecha”, dice mientras el camión arranca con un chirriante estruendo y las gallinas del corral vuelven a dispersarse por todas partes.

“Mariusha, están bajo tu responsabilidad”, me dice padre y se aleja después de que el camión abandona el patio. Se dirige al granero para arreglar el armazón de la carreta que se rompió ayer. Los miro de pie frente a mí, inmóviles como si no les importara lo que les hagamos.

“¿Dónde los alojaremos?” Le grito.

“En la pocilga”, me grita. “Ahí es donde deberían estar después de lo que nos hicieron en la guerra”.



“Levántate. Hora de trabajar”, les despierto todos los días al anochecer cuando voy a dar de comer a los cerdos. Los cerdos reciben su comida, al igual que los hombres; le tiro a cada uno una hogaza de pan. Por la noche, les doy sopa de sémola. Duermen en un rincón de la pocilga sobre viejas arpilleras llenas de heno. Los tres prisioneros de uniforme verde grisáceo duermen a un lado de la pocilga, y el de pelo negro un poco más lejos de ellos. ¿Por qué duerme solo?

Después de dar de comer a los cerdos, engancho el viejo caballo al auto de madera. Mi padre lo había escondido en el bosque durante la guerra y la ocupación alemana. Espero a que salgan los prisioneros para subir a la parte trasera y nos dirigimos a los campos para arar la tierra antes del invierno.

“Poneos en marcha”, les grito mientras se enganchan al sencillo arado y empiezan a tirar de él por el campo, sustituyendo a los dos caballos que se llevaron en la guerra cuando llegó el enemigo y saqué a todos los animales que encontré.

Arrastran lentamente el arado sobre la tierra húmeda, jadeando y avanzando paso a paso, mientras la hoja del arado labra un surco profundo. Les sigo, sujetando las riendas y esparciendo los granos de trigo por el suelo.

“¡Fuera!” Me detengo de vez en cuando y tiro piedras a los pájaros que se reúnen detrás de mí y mordisquean las semillas que había esparcido por el suelo húmedo. “¡Vuela!” Suelto momentáneamente las riendas y corro tras ellos, viéndolos batir con sus alas y desaparecer en la distancia. Tenemos que cumplir las cuotas de trigo del próximo verano.

“¡Seguid andando!” Vuelvo a agarrar las riendas e incito a los prisioneros. “Antes teníamos dos caballos que vuestro ejército alemán nos quitó”, les regaño de vez en cuando, pero no creo que les importe en absoluto. No contestan, ni siquiera giran la cabeza. Siguen tirando del arado con indiferencia, caminando lentamente paso a paso por el campo arado mientras observo sus

espaldas encorvadas y sudorosas. Quizá dentro de unos meses recibamos un tractor nuevo de la gran fábrica de Stalingrado, donde yo había trabajado antes de que los alemanes la destruyeran.

“Toma” les paso la jarra de agua de acero cuando nos detenemos a descansar, lanzándoles las tazas de esmalte. A pesar de la fresca brisa otoñal, sus uniformes están manchados de sudor. Beben sorbos de agua y comen el pan que han recibido por la mañana mientras hablan en alemán en voz baja.

“Váyanse” vuelvo a gritar a los pájaros y los persigo por el campo, lanzándoles piedras. “Vuela” agito los brazos antes de darme la vuelta e intentar recuperar el aliento. Empiezo a caminar hacia el caballo y el auto que me esperan pacientemente al borde del campo junto a los presos en su descanso.

Trabajamos juntos, día tras día, y les insto para que podamos terminar de arar antes de que llegue el invierno. Si no terminamos a tiempo, el suelo se helará y no podremos arar más. Pero un día, cuando camino por el campo de vuelta a la carreta después de haber ahuyentado a una bandada de pájaros, oigo música.

No es una melodía alegre ni triste, y aunque nunca la he escuchado, me parece agradable. Camino lentamente hacia la música, atravesando la suciedad y buscando al hombre que toca la música.

Está sentado de espaldas a mí, lejos de los otros tres alemanes. Cuando me acerco, veo una armónica entre sus labios. Me acerco; tiene los ojos cerrados y sus dedos revolotean suavemente sobre la caja metálica. Se detiene y tose, pero unos segundos después vuelve a cerrar los ojos y reanuda el juego. Incluso los demás dejan de hablar y escuchan. Yo también quiero cerrar los ojos y escuchar música, olvidar a los demás prisioneros de guerra, al viejo caballo y el trabajo que aún queda por hacer antes de que llegue el invierno.

“Para” le digo, y él abre los ojos y me mira. Al cabo de un momento, se limpia la armónica con la manga y se la vuelve a meter en el bolsillo de la camisa sin decir palabra. “Tenemos más trabajo que hacer”. Me alejo de ellos hacia el arado aparcado a un lado del campo, oyéndole toser de nuevo.

En los días siguientes, me aseguro de perseguir a los pájaros en el campo cuando nos detenemos a descansar. Intento alejarme de ellos todo lo que puedo, con la esperanza de que, cuando vuelva, le oiga tocar de nuevo.

“¿Dónde está el otro?” pregunto a los tres alemanes cuando les llevo el pan el domingo por la mañana. Hoy lloverá más tarde y no saldremos al campo. Están en su rincón de la pocilga, pero él no está. Los sacos de arpillera en los que dormía siguen ahí.

“Se fue”, dice uno de ellos en ruso.

“¿Qué quieres decir con ‘izquierda’?” Me acerco a ellos. ¿Se ha escapado?

“Se fue. Se había ido cuando nos despertamos”, responde. “Tal vez esté en los campos”.

“Sí, tal vez”, pateo los sacos de arpillera vacíos de su rincón, pero no encuentro allí más que una nube de polvo y un pequeño lápiz. Tomo el lápiz, me lo meto en el bolsillo y salgo corriendo de la pocilga. Salió corriendo. Tengo que denunciarlo al oficial a cargo en nombre del partido.

“Vamos a ocuparnos del alemán que falta”, le susurro al viejo caballo, y le ofrezco un terrón de azúcar directamente de la palma de mi mano, sintiendo cómo lame suavemente el azúcar de mi mano. Luego coloco la silla en el corcel, abrocho la correa de cuero y lo recompensó con otro terrón de azúcar. “Vamos”, monto en el caballo y salgo de la granja hacia el pueblo, pensando en lo que le diría al oficial. A nadie le gustan los fugitivos alemanes.

El caballo es demasiado viejo para galopar, y no le insto a que lo haga mientras trota por el camino embarrado. Observo las nubes que se acumulan en el cielo. ¿Quizás no se ha escapado y simplemente ha salido al campo y volverá pronto? ¿Quizás me estoy apresurando a denunciarlo? Mi mirada recorre la zona, buscándole.

“Para, vamos a quedarnos aquí unos minutos”, le ordeno al caballo y lo dirijo con cuidado hacia el campo arado, a través del suelo embarrado para que no tropiece. “Busquemos al armonicista alemán”, le digo al caballo. De vez en cuando, me detengo e intento escuchar, pero solo oigo el pío de los pájaros y el suave susurro de las hojas de los árboles que bordean el campo.

“Vamos a la aldea. El prisionero alemán se escapó”. Acaricio a mi fiel caballo y lo giro hacia el camino que lleva al pueblo. Pero entonces lo veo a lo lejos, agazapado entre los arbustos.

Se esconde en silencio, casi inmóvil, cerca del suelo. Desmonto de mi caballo, ato las riendas a uno de los árboles del borde del campo y me acerco a él a pie.

“¿Qué haces?” le pregunto al fin, fijándome en el pájaro que revolotea entre sus manos. Sigue vivo

Me mira fijamente y no contesta. El pájaro sigue en sus manos. Veo trampas para pájaros en los arbustos. Debe haberlo cazado.

“Estas aves pertenecen al pueblo soviético. No tienes derecho a cazarlos”.

“Estos pájaros no pertenecen a nadie”, responde mientras acaricia suavemente el ala del ave. “Los pájaros son libres”.

“¿Cómo hablas ruso?” Me le acerco.

“Pasé tres años en un campo de prisioneros de guerra. Aprendí ruso”, me mira, aún agachado.

“Levántate”, le digo, y él se levanta lentamente, con el pájaro aún en la mano. Está delgado y sin afeitar, y su viejo uniforme está embarrado.

“¿Qué es eso?” Noto algo pegado a la pata del pájaro. Me acerco unos pasos a él con la mano extendida. “¿Por qué los estás cazando?”

“Los liberaré”, responde con un gesto de la mano cuando me acerco. El pájaro despliega las alas y se aleja volando, y yo lo sigo con la mirada mientras desaparece detrás de los árboles. “¿Qué le has hecho al pájaro? ¿Qué conectaste a él? Vacía los bolsillos”, me acerco a él y le miro directamente a los ojos oscuros, oliendo su olor corporal y su uniforme sucio.

“Aquí tienes”. Se mete la mano en el bolsillo y saca unos casquillos de rifle usados y un alambre de hierro.

“¿Qué es?” Tomo los estuches usados de su mano, los examino y, con las uñas, extraigo el trozo de papel enrollado metido en uno de ellos. Lo despliego. Tiene varias frases en un idioma extranjero. “¿Qué haces con estas notas? ¿Eres un espía?”

“No soy un espía”. Me mira fijamente.

“Te voy a reportar. Eres un prisionero, un asesino y un espía. Mereces morir”.

“No soy un asesino”, dice y tose. “He disparado a árboles, he disparado al suelo, he disparado al cielo, pero nunca he disparado a nadie”, habla despacio, como si intentara elegir las palabras adecuadas en ruso. “Quizá merezca morir por haber marchado a vuestro país, pero no moriré por haber disparado a alguien”.

“¿Por qué no estás con ellos? ¿Con los demás?” Me agarro a las cajas vacías, examinando el cobre brillante. ¿Qué esconde?

“Porque no les gustan los extraños”.

“¿No eres alemán?”

“No importa. A tus ojos, soy alemán”, responde y vuelve a toser.

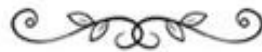
“¿De dónde eres?”

“¿Acaso importa?”

“No, no me importa. Eres un enemigo del pueblo comunista. Ya basta”. Me doy la vuelta y me alejo de él en dirección al caballo. “Te voy a reportar. El oficial se alegrará de saber lo que he encontrado”.

Cuando desato mi caballo y lo monto preparándome para cabalgar hacia el pueblo, miro un momento hacia atrás, hacia el prisionero alemán, esperando que huya. Sin embargo, se queda quieto, inmóvil, mirándome fijamente, con las manos a los lados. El oficial sabrá qué hacer con él.

En el centro del pueblo hay un par de autos y algunas casas quemadas, recuerdo de la ocupación alemana. Pero la bandera roja de la hoz y el martillo ondea orgullosa sobre el edificio del comité. Dirijo el caballo en esa dirección, pero luego me detengo. ¿Qué dice la nota que escondió en el cartucho de latón?



“La nota está en italiano”, me dice el médico del pueblo. Sus dedos arrugados desarrugan la nota, luego se pone las gafas, se inclina y la examina.

“¿Qué dice?”

“Es una nota para una mujer que vive en un pueblo al sur de Roma. La nota dice que si alguien encuentra este mensaje atado a la pata del pájaro, debe decirle a su mujer que está vivo”.

“¿Y no dice que intenta escapar?”. Observo cómo el médico se acerca la nota a los ojos.

“No, solo para decirle que está vivo y que la quiere”. Se quita las gafas y me mira.

“¿Cómo se llama la mujer?”

“¿Acaso importa?” Me devuelve el papel. “¿Quién escribió la nota?”

“No importa. Lo encontré atado a la pata de un pájaro muerto. Gracias, doctor”. Doblo la nota, salgo de la clínica y vuelvo a mi caballo.

No está donde lo dejé en el campo, y las trampas escondidas en los arbustos también están vacías. Pero cuando llego a la granja y ato el caballo, paso por delante de la pocilga y oigo una armónica.

“Toca para mí”, le digo más tarde, esa misma noche, cuando les traigo su olla de sopa de sémola y la coloco en un rincón. Los otros tres prisioneros alemanes se me acercan y toman su ración, vuelven a su rincón y nos observan en silencio.

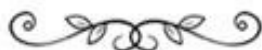
“No puedes ordenar a alguien que juegue para ti”, se queda en su sitio y no se levanta a tomar la sopa.

“Toca para mí, por favor”. Vierto un poco de la sopa en el cuenco de esmalte y se lo tiendo, pero no levanta el brazo, y coloco el cuenco en el frío suelo a su lado.

Se lleva la armónica a los labios y toca una melodía, que no es ni alegre ni triste; me gusta. Bajo la tenue luz del farol, veo cómo sus dedos sostienen la armónica entre los labios mientras se apoya en la pared de madera de la esquina de la pocilga. ¿Quién es la mujer que ama?

Cuando termina de tocar y se vuelve a tomar la sopa, dejo su nota y el cartucho de latón en el suelo, así como cuatro trozos de jabón de manos grueso que traje de casa y un cubo de acero inoxidable para el agua. También les digo que lleven sus cosas al viejo granero que hay al otro lado del patio.

Los domingos, cuando no nieva, le busco en los campos y le pido que toque para mí, pero aparte de eso, no hablamos. Es el enemigo, y tiene una mujer a la que ama.



“Veo que siguen vivos”, les inspecciona el joven oficial unos meses después. Un sol mañanero de verano ilumina a los cuatro prisioneros sentados en el auto de madera tirado por el viejo caballo. Están listos para salir al campo.

“Sí, siguen vivos”. Le miro a él y a su ropa limpia y planchada. Entró en la granja conduciendo un jeep militar justo cuando nos disponíamos a salir a los campos. Está muy cerca de mí. Lleva prendida en el pecho una condecoración de la “Orden de la Guerra Patria”, que brilla al sol.

“¿Y tú, camarada María?”. Me sonríe mientras miro su cuidado bigote.

“¿Y yo qué?”

“¿Y un marido? ¿No crees que es hora de que encuentres un marido adecuado? Estar soltero no es bueno”.

“No nos quedan muchos hombres después de la guerra. Ya lo sabes. Ese es nuestro destino, nosotras las mujeres”. Alargo la mano y tomo los papeles que me tiende. Los miro, examinando las cuotas de cosecha para este próximo verano.

“Sí, demasiados hombres no regresaron de los campos de batalla”, está de acuerdo. “Pero volví. Luché contra los monstruos nazis y volví”.

“Este año han aumentado las cuotas”. Le enseño el papel. “El año pasado cosechamos menos”.

“Sí, la economía soviética necesita recuperarse, y ustedes los tienen”, señala el vagón. “No los acabas de conseguir. Se supone que deben sacrificar sus vidas por la prosperidad de la Unión Soviética. Fíjales una cuota diaria. Son alemanes; les gustan las órdenes”. Los escruta, mientras los prisioneros del vagón miran con indiferencia, como si la conversación no les concerniera.

“Nos las arreglaremos”. Retomo los papeles.

“El partido sabe que lo resolverás”. Dobla los papeles y se los mete en el bolsillo. “Camarada María, el comité del partido organiza de vez en cuando un baile en el pueblo. Me encantaría que vinieras”. Me da la mano y se dirige a su jeep militar limpio.

“Iré”, respondo.

“Camarada María, me encantaría bailar contigo”. Se despidе con la mano y sube al jeep. Le sigo mientras arranca la motocicleta y se aleja hasta que desaparece detrás del granero y la

pocilga. No es un mal hombre.

Subo silenciosamente al auto y conduzco el caballo hasta el trigal, mientras examino las espigas doradas y maduras que se mecen suavemente con la brisa.

“Esperen aquí”, digo a los prisioneros saltando del auto mientras camino hacia el borde del campo. Retomo unas cuantas ramas y las clavo en el suelo a cierta distancia unas de otras. “Esta es la superficie que cada uno de vosotros debe segar cada día”, les instruyo mientras tomamos las guadañas y empezamos a trabajar bajo el sol. El ejército alemán también se llevó nuestras máquinas agrícolas durante la guerra, pero el oficial del Ejército Rojo prometió que en uno o dos años recibiríamos otras nuevas.

Me agacho y agarro con fuerza la guadaña, cosecho el trigo con movimientos circulares y retomo el trigo esparcido en manojos, mientras el sudor me resbala por la cara. Los demás trabajan en silencio, cada uno en su sección. Solo le oigo toser de vez en cuando; sus toses resuenan por encima del sonido de los grillos y las cigarras. Al final del día, cuando termino mi sección, levanto la cabeza y miro a mí alrededor. Los otros tres descansan junto al auto a la sombra; el trigo que han cosechado está apilado en fardos ordenados. Es el único que sigue trabajando, sus manos empuñan la guadaña una y otra vez, pero de vez en cuando se detiene y tose antes de continuar.

“Padre, el partido nos ha dado nuevas cuotas”, le digo mientras cenamos en la cocina americana.

“Así es como hacen las cosas en Moscú. Nos roban todo el trigo antes de dejarnos vivir”, moja el pan de centeno en el cuenco de guiso de patatas.

“Dividí el campo. Cada preso tiene su cuota”.

“Está bueno”. Le da un mordisco al pan. “Tenemos suerte de tenerlos”.

“Uno de ellos es más débil que los otros”, unto mantequilla en una gran rebanada de pan.

“Denúncialo. Habla con el oficial al mando; el del bonito uniforme”. Toma otro trozo. “Seguro que sabe cómo lidiar con las alimañas alemanas”.

“Sí, seguro que sabrá qué hacer con él”. Mastico lentamente la rebanada de pan y examino mi mano callosa tras un largo día de duro trabajo de campo.

Por la noche, antes de meterme en la cama, preparo el pan de los presos para mañana. Amaso la masa, la divido en cuatro cuartos y la dejo levar. Padre está dormido y ha apagado la linterna de la habitación principal. Abro el pequeño armario y tomo varios terrones de azúcar, los mismos con los que alimentamos al caballo a diario. Desmenuzo el azúcar y lo mezclo en uno de los cuartos de masa, tallando finalmente una gran cruz en él, para diferenciarlo de los demás.

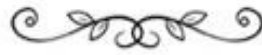
“Despierta. Es hora de trabajar”, les despierto al día siguiente y les doy su pan, asegurándome de que él reciba el que yo había tallado. Al final del día, al anochecer, ha vuelto a incumplir su cuota. Dejo mi haz de trigo junto al auto y me acerco a ayudarlo. No es mucho trabajo para mí.

Trabajamos codo con codo en silencio. La paz solo se ve perturbada por nuestras respiraciones agitadas y los golpes de la guadaña que balanceamos monótonamente para cosechar el trigo. Levanto la cabeza de vez en cuando y le miro, examinando su rostro sudoroso y su respiración agitada. Su tos no mejora. Intentaré añadir más azúcar al pan que hornearé esta noche.

“Gracias”, dice al final del día, cuando llegamos al palo clavado en el suelo que marca la

zona de su cuota diaria. Pero no le contesto y me alejo por el campo, empezando a atar el trigo. Nadie puede saber que estoy ayudando a un prisionero de guerra.

Pero incluso en los días siguientes, a pesar del azúcar en el pan y de mi ayuda al final de cada jornada, está cada vez más débil, y tengo que trabajar a su lado aún más y asegurarme de mantener las distancias con él por miedo a que alguien pase por el camino de tierra que lleva a la granja y nos vea trabajando cerca el uno del otro.



“Despierta. Es hora de trabajar”, les despierto unos días más tarde, coloco su pan en un rincón y me aseguro de que reciba la hogaza que le corresponde. Entonces salgo y les espero fuera, junto al auto, mientras el caballo relincha tranquilamente, observando cómo los rayos de sol empiezan a despuntar en el horizonte.

“¿Dónde está?” pregunto a los tres alemanes que salen del granero. “¿Por qué no sale?”. Pero no responden y suben en silencio al auto, frotándose las manos para entrar en calor.

“Esperadme aquí”, les digo y vuelvo al granero. ¿Qué le pasó?

Sigue tumbado sobre los sacos de arpillera y me observa mientras me acerco y me coloco sobre él.

“Debes ir a trabajar”, le digo.

“Lo siento”, tose y responde débilmente, sin dejar de mirarme.

“Tienes que levantarte”, me agacho y toco su pierna con la mía. “Si no, tendré que denunciarte”, vuelvo a tocarle. “Por favor, levántate”, pero se queda mirándome y vuelve a toser. No es mi problema. Es un prisionero de guerra reemplazable traído aquí para trabajar hasta morirse miro un minuto más, examino su rostro sudoroso. Su pecho sube y baja con cada respiración mientras yace sobre las bolsas de arpillera con su uniforme desgastado. Me doy la vuelta y salgo del granero en dirección al auto. Tengo trabajo que hacer. La economía soviética tiene que cumplir sus cuotas.

“Empieza a trabajar. Ahora vuelvo”, les digo a los tres alemanes después de llegar al campo, marcando la cuota diaria que tienen que cosechar para ellos. “Vamos”, insto al caballo, aunque camina despacio por el camino de tierra que lleva al pueblo. Debo encargarme del prisionero de guerra que no se levantó a trabajar. Detengo el auto cerca del edificio del comité, observando la bandera roja que cuelga frente a él, y me apresuro hacia la casa del médico, al otro lado de la carretera. Tal vez acepte venir a ver al prisionero antes de que tenga que informar al oficial del Ejército Rojo.

“¿Dónde está?” me pregunta con la bolsa médica en la mano cuando llegamos a la granja y se baja del auto.

“Ven conmigo. Está aquí” me dirijo hacia el granero.

“¿A dónde vas?” Se detiene y me mira.

“Tengo a alguien aquí que necesita ayuda. Está enfermo y no para de toser”.

“¿Quiénes son? ¿Los ratones asquerosos? ¿Los que destruyeron nuestra nación?”

“Por favor, doctor”, intento pensar qué decirle.

“¿Para eso me has traído hasta aquí?”. Se da la vuelta y vuelve a subir al auto, colocando su gran maletín médico de cuero marrón junto a él en el banco.

“Es un caballo de batalla”, le digo. “Lo necesito vivo para cosechar el trigo. Madre Rusia necesita utilizarlo para trabajar el campo”, me paro junto al auto y lo miro. Debe ayudarlo.

“¿Has olvidado lo que nos hicieron?”

“No lo olvidé. Yo también estuve allí. Estuve en Stalingrado. Sé exactamente quiénes son”, respondo. No debo pensar en los alemanes uniformados de verde grisáceo de aquel invierno. Solo debo pensar en ese enfermo de mi granero. No sobrevivirá si el médico no lo trata. “Y no es alemán”, añado.

“No me importa si es alemán o no. Es uno de ellos”, afirma. “¿Es el hombre que escribió la nota?”

“No”, me apresuro a responder. “La nota que te enseñé es de un soldado italiano muerto que encontré en Stalingrado cuando estuve allí, de una rata asquerosa”, escupí al suelo. No debe sospechar nada, así que no me denunciará.

“¿Y quién es este?” Me está mirando. ¿Qué le digo?

“Creo que es austriaco”, me apresuro a decir y vuelvo a escupir.

“Son iguales que los alemanes. No voy a desperdiciar la preciosa medicina de nuestro país en él. Nunca lo controlaré”, dice enfadado. “Por favor, llévame de vuelta al pueblo. Tengo pacientes esperándome”.

“¿Podría comprobar el caballo? A veces cojea. Creo que tiene una infección”, sujeto las riendas del viejo caballo y le acaricio suavemente el hocico.

“Soy médico de personas, no veterinario”.

“Sé que es el tipo de cosas que haces”, le miro.

“Ese no es mi trabajo. Mi trabajo es solo tratar a la gente. Soy médico del pueblo soviético”.

“Un momento”, me doy la vuelta y camino hacia la pocilga. Hay algo que tengo que hacer. “¿Puedes aceptar este regalo del pueblo comunista?”. Vuelvo al cabo de unos minutos, jadeante y con un pequeño cerdo en los brazos. Lo coloco en el auto, atándolo para evitar que se escape. Nos las arreglaremos sin él. El médico suspira, se baja del auto y empieza a examinar al caballo. Permanezco sentado en el vagón, junto a la bolsa de cuero del médico, observando cómo se agacha para examinar las patas del caballo y saca dos viales de cristal con la palabra “penicilina” escrita.

“Tu caballo es viejo, pero a mí me parece que está bien”, dice al cabo de unos minutos. “No vuelvas a llamarme para que me ocupe de estas ratas asquerosas”, se sube al auto y se sienta a mi lado.

“Gracias, doctor, por aceptar venir”, sujeto las riendas y espoleo al caballo, esperando que no revise su maletín médico.

Por la noche, cuando papá se duerme, tomo la linterna y voy al granero. Camino hacia su rincón, usando la débil luz de la linterna para encontrar el camino. Lo coloco en el suelo para que su luz no despierte a los alemanes.

“Tienes que ponerte mejor”, me siento a su lado.

No me responde, pero abre los ojos, respira y tose débilmente.

“Bebe”, vierto agua en una taza de esmalte y se la sirvo, pero se lleva la taza a los labios y no bebe ni un sorbo. “Tienes que beber”, extendiendo la mano y le toco por primera vez, sujetándole la nuca mientras le ayudo a incorporarse.

“Gracias”, susurra y bebe un poco de agua.

“Bébetelo”, le doy un vial de penicilina y él sorbe el líquido transparente. No tengo jeringuilla, y aunque la tuviera, no sabría cómo inyectármela. Solo puedo dejar que beba la medicina, esperando que le ayude.

“Gracias”, me susurra de nuevo y me entrega el vial vacío.

“Tienes que mejorar”, le digo. “No durarás hasta el final del verano”, intento acercarle un plato de sopa a la boca.

“Lo sé”, deposita el cuenco en el duro suelo sin dar un sorbo. “Deberías denunciarme por dejar de ser eficaz”.

“Bébetela sopa”, tomo una cuchara e intento acercársela a la boca, pero él se echa hacia atrás y me da la espalda. A la tenue luz de la linterna, noto su mano rebuscando en los sacos de arpillera sobre los que yace.

“Tómala, por favor”, me entrega algo, y puedo sentir el papel duro y notar que es una foto.

“¿Quién es ella?” Miro a la mujer de la foto, está de pie junto a una motocicleta.

“Por favor, envíaselo”

“¿Qué debo enviar?” Le doy la vuelta a la foto, hay algo escrito en el reverso, pero no puedo leerlo con la tenue luz.

“Una carta en mi nombre. Dile que la quiero”.

“No puedo enviarle una carta”, susurro. “No se pueden enviar cartas fuera de la Unión Soviética. La censura no las aprobará”. Intento devolverle la foto, pero me empuja la mano.

“Por favor.” Vuelve a rebuscar en el saco de arpillera y saca un par de papelitos y un cartucho de latón de rifle usado. Me pone los papeles en la palma de la mano y me cierra el puño. “Por favor”, susurra de nuevo y tose.

Le limpio la frente sudorosa con un paño húmedo, me levanto y salgo del granero, sosteniendo la linterna en una mano y sintiendo el frío cartucho de latón en mi cálido puño.

¿Ahora qué hago?

El sol empieza a salir por el este mientras me arrodillo entre los arbustos, coloco trozos de pan en las trampas y doy un paso atrás, en busca de los pájaros que pían a mí alrededor. Tengo que volver a la granja, despertarlos e ir a trabajar. En la suave luz de la mañana, mi mirada sigue a un pájaro que se acerca a la rodaja, avanzando hacia ella a saltos.

“Por favor”, le susurro. “Por favor.”

Otro salto y otro paso, se acercan a picotear el pan y queda atrapado. Me acerco, pongo las manos sobre sus alas que aletean asustadas y la retomo en mi regazo.

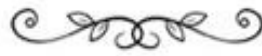
“No tengas miedo”, le digo al pájaro mientras lo acaricio suavemente. Examino sus ojos negros, que me miran con miedo. “Te enviaré de camino pronto”.

Enrollo el alambre de hierro alrededor de la pata y sujeto el cartucho de latón. Me meto dentro uno de los billetes enrollados que me había dado. Antes, en casa, sellé la abertura del cartucho con cera para que no se cayera la nota.

“Vete, encuéntrala”. Suelto al pájaro, que despliega las alas y emprende el vuelo. Sin embargo, un par de segundos después, el pájaro cae al suelo. “Vete, sal de aquí”. Me acerco al pájaro y lo retomo de nuevo, lanzándolo al aire. Pero bate las alas y vuelve a caer sobre el suelo húmedo. El cartucho de latón es demasiado pesado para la pequeña criatura. “Deberías ser libre. Vuela donde quieras”. Le quito el alambre de hierro de la pata y veo cómo el pájaro despegar y desaparece más allá de los árboles del borde del campo. Me meto el cartucho en el bolsillo y

vuelvo hacia el caballo. Lo intenté lo mejor que pude. Ahora tengo que volver a la granja y despertarlos para ir a trabajar. Tenemos cuotas de cosecha que cumplir.

Antes de montar en el caballo, miro hacia atrás, a los campos que aún no se han cosechado. No puedo dejarlo en el granero y darle tiempo para que se recupere. Debo denunciarlo.



“Levántate”. Le susurro en medio de la noche, le doy un codazo en el hombro y le ilumino la cara con la tenue luz de la linterna. Los otros tres alemanes duermen en su rincón.

“¿Lo has enviado tú?” Abre los ojos y me mira.

“Tienes que levantarte”. Me inclino y le ayudo a levantarse. Debemos darnos prisa. Ese mismo día tuve que ir al pueblo a reunirme con el oficial.

“¿Qué haces?”

“Ven conmigo”. Le pongo en pie, ignorando el olor de su sucio uniforme mientras le apoyo y toco sus andrajosas ropas. La penicilina le ayudó un poco, pero aún está muy débil. Salgo del establo y subo al auto, acariciando a mi fiel caballo. Me sigue y luego se detiene, mirándome fijamente en la oscuridad.

“¿Adónde me llevas?”

“A un lugar nuevo”, respondo. No debe saber adónde vamos. Las patrullas del NKVD vigilan las carreteras y examinan los certificados y permisos de tránsito.

“¿Me has denunciado? ¿Es este el final?” Se queda quieto.

“Por favor, sube” le digo, secándome una lágrima. Por suerte, está demasiado oscuro para que se dé cuenta de mi llanto.

Le cuesta subir al vagón, así que me bajo para ayudarle y le pido que se apoye en mi hombro mientras sube.

“Me las arreglaré sola. Entré orgulloso en esta guerra y saldré orgulloso de ella”, responde, negándose a tomarme la mano y agarrándose al auto, sosteniéndose mientras tose.

“Toma, bebe”, le doy el segundo frasco de penicilina mientras se sienta en los sacos de arpillera llenos de heno que le había preparado en la parte trasera del auto. “Tumbate”, le susurro, sujetando las riendas y chasqueando la lengua para instar al caballo a que empiece a andar. Nos queda mucho camino por recorrer.

“¡Alto!”, ordeno al caballo unos días más tarde al borde de la carretera y observo el granero de madera y la barrera en la distancia.

Veo al soldado en el puesto de guardia junto al puesto de control. Entonces me fijo en la bandera roja de la hoz y el martillo que ondea suavemente en la brisa matinal. Hay alambradas alrededor, y me parece ver un jeep militar aparcado junto a la barrera. Hemos llegado al final del viaje.

“Toma estos, pónelos”. Me vuelvo hacia la parte trasera del auto. Entonces, meto la mano en uno de los sacos y saco ropa que le había robado a mi padre. “Espero que te satisfagan”. También espero que padre me entienda y me perdone. Le dejé una nota en la mesa de la cocina explicándole lo que había hecho.

“¿Qué es este sitio?” Me pregunta mientras empieza a despojarse de su viejo uniforme. Su tos ha mejorado un poco en los últimos días. Quizás descansar en el auto le había ayudado.

“A partir de aquí, sigues por tu cuenta”, digo y vuelvo la mirada, observando de nuevo la estación fronteriza. No quiero avergonzarle mientras se quita el uniforme roto. Veo a otro soldado a lo lejos. Se acerca al puesto de guardia y habla con el soldado que está dentro. Me parece que se están riendo, aunque no puedo distinguir lo que dicen.

“Toma esto”, saco del saco una vieja mochila de cuero. “Empaqué unas galletas del ejército y algunas provisiones para el camino, al menos para una parte”.

“¿Tengo buen aspecto?” Me pregunta, y me giro para mirarle. Va vestido con ropa de trabajo sencilla y parece un pobre campesino. Es tan delgado.

“Espera, ponte esto”, rebusco entre los sacos y encuentro un trozo de cuerda. Se lo ata a modo de cinturón para que no se le caigan los pantalones azules.

“Gracias”, dice y salta del auto, se para en el camino y se cuelga la mochila de cuero al hombro.

“Espera, esto es para ti”. Abro los dos botones superiores de mi sencilla camisa de obrero y saco del sujetador una tarjeta de identificación. Se lo entrego.

“¿Qué es?” Toma la tarjeta y siento momentáneamente el tacto de sus dedos. “¿Qué dice?” Lo abre y mira las letras y los sellos.

“Dice que eres un refugiado judío que huyó a la Unión Soviética durante la guerra, y ahora regresas a tu patria, Italia”.

“¿Es real? ¿Me dejarán pasar?”

“Sí” respondo y miro a los soldados del puesto de guardia. “Este es un documento real”.

“¿Cómo lo conseguiste?”

“No importa” le digo. “Empiecen a caminar para que no nos noten y sospechen”.

“Gracias por todo”, dice por última vez y comienza a caminar lentamente por la carretera que lleva al puesto fronterizo.

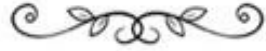
Permanezco sentado en el auto y le observo desde la distancia mientras se acerca al puesto de guardia, se detiene y empieza a hablar con uno de los soldados. Uno de ellos se aleja y regresa un momento después con otro soldado. Creo que es un oficial. Tengo que darme la vuelta y alejarme, para que no se fijen en mí y empiecen a hacerle más preguntas.

“Vete a casa” chasqueo la lengua al caballo y suelto las riendas, que da lentamente una vuelta. Tenemos un largo camino a casa. Me froto los ojos inyectados en sangre; me escuecen por el viento de la mañana. Por un momento, estoy tentado de mirar atrás y ver si ha conseguido pasar, pero los árboles ocultan la estación y me fijo en su viejo uniforme. Lo dejó cuidadosamente doblado y sobre el pajar de la parte trasera del auto, también había dejado su armónica encima del montón.

Más tarde, cuando la estación fronteriza está a lo lejos, veo un pequeño rincón escondido entre los árboles, con una estatua de María en una pequeña caseta de madera. Detengo la carreta y salgo del camino, me acerco y me arrodillo.

“Santa María”, me persigno y cierro los ojos, “por favor, haz que sobreviva al largo camino de vuelta a casa y regrese con la mujer que ama, y por favor, haz que el oficial del Comité Comunista sea un buen marido”. Sé que es un buen hombre. Me escuchó y aceptó ayudarme. Por lo tanto, aceptaré su propuesta”. Abro los ojos y noto los rayos de sol que se filtran entre los árboles. “Y por favor, espero que algún día me siente con mis nietos y les cuente mi historia y se

sientan orgullosos de lo que hice. No estoy seguro de haber hecho lo correcto. Dime, ¿hice lo correcto?”. Vuelvo a cerrar los ojos, pero Santa María no responde, y lo único que oigo es el piar de los pájaros.



Verano

Verano de 1946, Italia, un año después del fin de la guerra

Francesca

‘Al ordenarse la ley marcial americana, a partir del verano de 1946, se establecería una asamblea constituyente democrática para la nación italiana y se pondría fin al gobierno militar.’

Observo al trabajador, vestido de azul, colgando el cartel en el tablón de anuncios. Sostiene un pincel y aplica una gruesa capa de pegamento del cubo que lleva en la otra mano.

Dos o tres pinceladas más de pegamento sobre el papel y ya está en la calle. Me quedo mirando el nuevo cartel, con las gotas de pegamento húmedo brillando al sol de la mañana.

La calle está tranquila a estas horas tempranas, y echo un vistazo al callejón para comprobar que no viene nadie antes de acercarme al tablón de anuncios y fingir que lo leo.

“Mamá, ¿qué haces?” me pregunta Rafael.

“Estoy jugando”, le digo mientras arranco el póster, rompiendo el papel en trocitos. “¿No quieres probarlo tú también?”

“Se me pega a la mano”, ríe mientras enrolla los trozos de papel entre sus manitas.

“Es gracioso, ¿verdad?”. Me río con él y enrolló los papeles en bolas. “Lanza las bolas de papel lo más lejos que puedas”, le doy otro trozo de papel. “Es divertido”, le ayudo a tirar el papel enrollado, observo cómo golpea contra los adoquines y levanto la vista.

Y entonces lo veo.

Camina despacio, acercándose a nosotros, paso a paso por la acera, sin apartar los ojos de mí en todo momento. El pulcro uniforme militar que había acariciado la última vez que lo vi ha sido sustituido por un andrajoso paño campesino atado con una simple cuerda, y su pelo negro, que antes peinaba y engrasaba a la moda, está alborotado y desordenado.

¿Es él? ¿Ese es mi hombre?

Alargo la mano y me apoyo, apoyándome en el tablón de anuncios y en el cartel rasgado, colocando la otra mano sobre la cabeza de Rafael.

“Mamá, ¿por qué lloras?” Rafael levanta la mirada y me pregunta.

“He vuelto”, se para frente a mí, y miro sus ojos oscuros y el enrojecimiento en ellos.

“Te he estado buscando”, acaricio su rostro delgado, mis dedos acarician suavemente su barba incipiente.

“Intenté enviarte cartas”, pone su mano sobre mis dedos temblorosos.

“No podía encontrarte”, mi dedo toca una lágrima que rueda por su mejilla.

“No creía que volvería”, me pone las dos manos en la cintura, y me avergüenzo momentáneamente de estar tan delgada. Todavía hay muy poca comida en el pueblo.

“Mamá, ¿quién es este hombre?” Oigo a Rafael mientras se agarra a mi pierna.

“Tienes un hijo” le rodeo con los brazos, me aprieto contra su cuerpo y le beso suavemente el cuello.

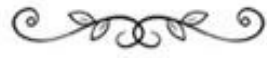
“¿Tengo un hijo?” Siento que su cuerpo tiembla.

“Tenemos un hijo” mis labios rozan los suyos.

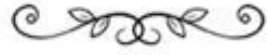
Deja de abrazarme y se inclina hacia Rafael, acariciándole lentamente el pelo.

“¿Mamá?” Siento que Rafael agarra el dobladillo de mi vestido.

“Este es tu padre. Este es mi hombre”. Empiezo a besarle suavemente.



Fin



Notas del autor y partes de la historia

El régimen fascista en Italia comenzó en 1922, cuando Benito Mussolini, llamado “El Duce”, llegó al poder.

Sus hombres, los Camisas Negras, aterrorizaban a los italianos que intentaban oponérseles. El padre de Francesca, que intentó protestar y resistirse, fue golpeado y probablemente asesinado por ellos, aunque afirman que murió en un accidente de auto.

A lo largo de su gobierno, de 1922 a 1943, el Duce envió al ejército italiano a numerosos conflictos, creyendo que Italia volvería a ser un imperio. Pero los soldados italianos no estaban muy motivados y lucharon mal. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, Hitler invadió Bélgica y Francia. Mussolini se unió a él, declarando la guerra a los Aliados, creyendo que gobernaría el mundo junto a Hitler. La declaración de guerra es el primer cartel que Francesca rompe al principio del libro. Los soldados italianos fueron enviados al norte de África para luchar contra los británicos, donde murió el marido de Cecilia, en la batalla de El-Alamein, Egipto. Por último, un cuerpo del ejército italiano se unió al ejército alemán en 1941, cuando invadieron Rusia.

“Operación Barbirroja” era el nombre en clave del ataque alemán contra los rusos en el verano de 1941, cuyo objetivo era la conquista de la Unión Soviética comunista. El repartidor de periódicos menciona este atentado el día que Emanuel sube al tren. Sin embargo, la operación fracasó y en diciembre de 1941, tras alcanzar las afueras de Moscú, los alemanes se vieron obligados a retirarse debido a los contraataques rusos y al duro invierno. Emanuel no participó en los combates, sino que fue destinado a Yugoslavia en misiones de vigilancia, donde el ejército italiano ayudaba al alemán.

En el verano de 1942, los alemanes lanzaron otro ataque contra Rusia llamado “Operación Azul”, para conquistar el sur de Rusia, incluida la ciudad de Stalingrado. Este atentado se menciona en el periódico que está en el suelo el día en que Francesca da a luz a Rafael. Una gran fuerza expedicionaria italiana se sumó a este ataque para ayudar a los alemanes. Entre ellos estaba Emanuel. Aun así, tras duros combates, en noviembre de 1942, los rusos rodearon a cerca de un cuarto de millón de soldados alemanes e italianos en Stalingrado. Con la llegada del invierno, muchos de ellos murieron congelados.

Los alemanes se negaron a admitir que sus fuerzas estaban sitiadas y destruidas en la nieve rusa. Prueba de ello es la reacción del funcionario del Ministerio de Defensa italiano durante la primera visita de Francesca a Roma. La regaña por difundir falsos rumores.

Finalmente, en febrero de 1943, unos cien mil soldados supervivientes se rindieron al ejército ruso y fueron capturados; la mayoría de ellos murieron en campos de prisioneros de guerra

debido a su mal estado físico.

Cuando el ejército estadounidense invadió el sur de Italia, en 1943, Mussolini fue depuesto y los italianos firmaron un armisticio con los estadounidenses. Sin embargo, los alemanes se apresuraron a hacerse con el control de la mayor parte del territorio italiano y establecieron líneas defensivas en las montañas. Esto se ve en el libro cuando su presencia en el pueblo aumenta y establecen una base aérea militar en las cercanías, utilizando trabajadores forzados traídos de los países que habían conquistado.

En el invierno de 1943, los americanos avanzaron desde Nápoles hacia Roma. Es en este ataque que el pueblo fue liberado y Gabriele es asesinado. Más tarde, Francesca empieza a trabajar en el hospital del ejército y conoce a Grace, una enfermera americana herida; ella es la heroína del libro *The Wounded Nurse* (La enfermera herida). En este libro, escribí una trama ligeramente diferente para Grace y Francesca, para iluminar su relación desde el punto de vista de Francesca.

La ruptura de las líneas alemanas y la ocupación de Roma tuvieron lugar en agosto de 1944, pocos días después, Francesca y Grace emprendieron el segundo viaje de Francesca a Roma. Esta vez visitan a la familia de Emanuel e intentan una vez más conseguir información en el Ministerio de Defensa antes de que un oficial estadounidense intente ayudarla.

Los alemanes consiguen mantener líneas defensivas en el norte de Italia hasta el final de la guerra. El viaje de Francesca a Rusia solo pudo tener lugar unos meses después del fin de la guerra, con la estabilización de las fronteras y el inicio del movimiento de refugiados por las carreteras.

La Unión Soviética comunista trató terriblemente a los prisioneros de guerra, en respuesta al horrible ataque alemán que causó millones de pérdidas. Los que sobreviven trabajan hasta la muerte después de la guerra. Muchos de ellos son enviados a campos de trabajo en Siberia o a Stalingrado para reconstruir la ciudad destruida. Decidí enviar a Emanuel y a otros tres prisioneros de guerra alemanes a una granja de Ucrania, donde María (Mariusha) se encuentra con él y finalmente lo lleva a la frontera y le salva la vida.

Durante el viaje de Francesca a Rusia, antes de la estación fronteriza, conoce a un grupo de refugiados. Estos refugiados son judíos supervivientes del Holocausto en campos de concentración. Tras el fin de la guerra, muchos de ellos -habiendo perdido a sus familias y seres queridos- comienzan a emigrar en grupos hacia Italia y el sur de Francia. Allí embarcan en barcos destartados y navegan como inmigrantes ilegales hacia el Estado de Israel, en aquel momento aún bajo dominio británico y llamado Palestina.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el gobierno comunista gobernó toda la Unión Soviética, incluida Ucrania, bajo el mandato de Stalin. Ucrania no obtuvo la independencia hasta 1991, con la disolución de la Unión Soviética. En 2014 Vladimir Putin, presidente de Rusia, comenzó a plantear exigencias territoriales a Ucrania. El 24 de febrero de 2022, seis meses después de que Anuchka encontrara la foto de la mujer en la motocicleta, las fuerzas rusas invaden Ucrania con la intención de conquistarla y anexionarla al dominio ruso una vez más.

En el momento de escribir este libro, las fuerzas ucranianas siguen luchando valientemente, logrando detener y repeler al ejército ruso. A día de hoy, no entiendo por qué los dictadores no han aprendido de la historia que los intentos de conquistar otros países solo traen muerte y destrucción.

En este libro, elegí dar a los hombres nombres con significado religioso. Todos los nombres proceden de la lengua hebrea y se trasladaron al italiano.

Emanuel– el significado del nombre en hebreo es “Dios está con nosotros” o “Dios está con él”.

Gabriel– el significado del nombre en hebreo es ‘Hombre de Dios’. En la Biblia se menciona a Gabriel como el ángel y mensajero de Dios. En el libro, los aldeanos creen que Gabriel estaba loco, pero no lo estaba en absoluto. Gabriel es un antiguo soldado de la Primera Guerra Mundial que sufrió estrés postraumático como consecuencia de la guerra veinticinco años antes. Aunque todos piensan que está loco, es él quien intenta advertirles del desastre que se avecina.

Rafael - el significado del nombre en hebreo es ‘Dios te sanará’.

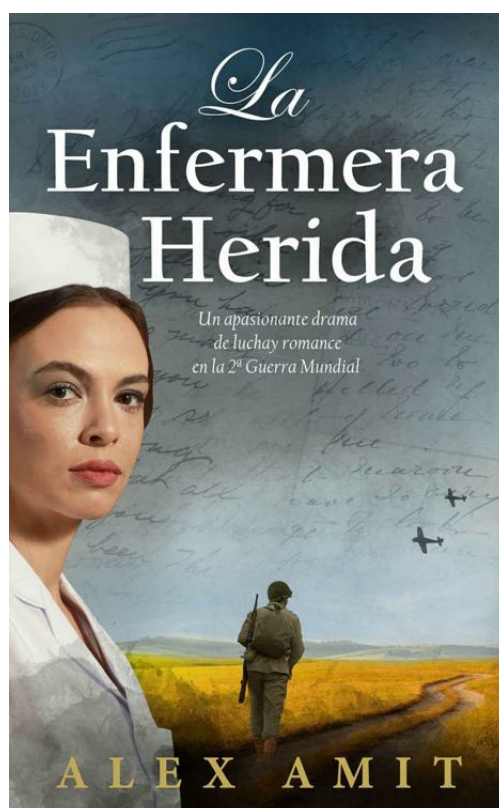
A lo largo del libro, evité describir los horrores de esta terrible guerra e intenté mostrar que había buenas personas en ambos bandos enfrentados, ya fueran Emanuel, Francesca, Grace, la oficial americana del Ministerio de Defensa italiano, María, o Nikolai, el oficial ruso del puesto fronterizo. Creo que el bien está dentro de todos nosotros y que debemos elegir entre el bien y el mal en tiempos de guerra.

No pude ser precisa en todos los detalles históricos que escribí en el libro, pero para mí, escribirlo fue un viaje fascinante por la historia de una mujer que luchó por traer de vuelta a su marido de los sangrantes campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial.

Gracias por tomarse el tiempo leer esta obra.

Alex Amit

Also by Alex Amit



La Enfermera Herida

<https://www.amazon.com/dp/B09WC5JGPJ>

Italia 1944, Grace, una enfermera militar, fue herida en un ataque aéreo alemán y pierde su pierna. Para ella, la guerra ha terminado.

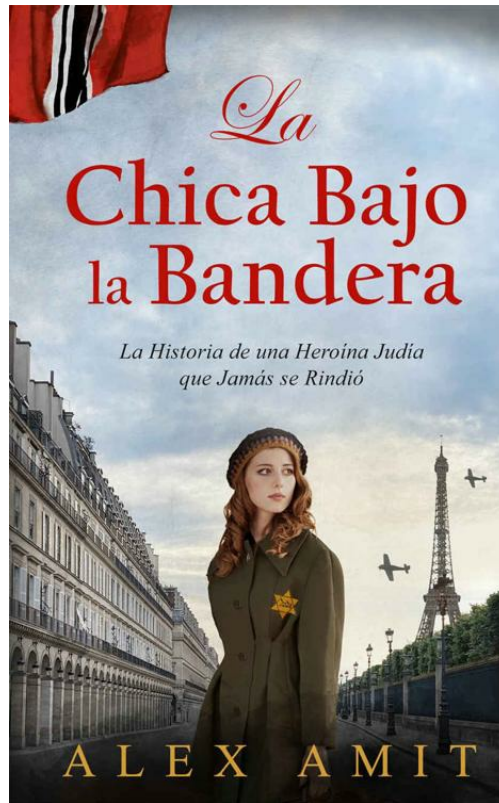
Acostada en un hospital militar al sur de Roma, Grace decide escapar del convoy de regreso a casa. Ella quiere recuperarse, convertirse en enfermera una vez más y atender a otros soldados heridos.

John, que estaba cegado por su herida, yace en la cama junto a ella, y por la noche Grace comienza a leerle cartas de la mujer que lo espera en casa. Él es el único que no ve la discapacidad de Grace.

Pero, a medida que Grace se apega más a John, comienza a enamorarse de él, temerosa de herir sus sentimientos y destruir su relación.

Enredada en mentiras y tratando de ocultar su herida, Grace se da cuenta de que puede no encontrar a alguien que la ame, y que el camino hacia la recuperación será más difícil de lo que pensaba.

A través de sus propios ojos, Grace cuenta la historia de la guerra interminable en el frente italiano con los soldados heridos que llegan al hospital, los pilotos de bombarderos que luchan contra los alemanes y las otras enfermeras a su alrededor, pero, sobre todo, es la historia de una joven que lucha por amarse a sí misma de nuevo, a pesar de su discapacidad.



La
**Chica Bajo
la Bandera**

*La Historia de una Heroína Judía
que Jamás se Rindió*

ALEX AMIT

La Chica Bajo la Bandera

<https://www.amazon.com/dp/B09BT6WJL8>

Monique hará lo que sea para vivir

Huyendo de los nazis, Monique, una joven judía de diecisiete años, escapa por las calles de París buscando un lugar donde esconderse.

Desde un oscuro sótano de la ciudad, Philip, un hombre de la resistencia, le ofrece un trato para salvar su vida cambiando su identidad. Para ello, ella deberá proporcionarle información sobre los alemanes, familiarizándose con ellos.

Dividida entre sus sentimientos por Philip y su miedo a Herr Ernest, un oficial alemán que muestra especial interés por ella, Monique se adentra cada vez más en las fauces de los nazis. Pero cada día que pasa, sabe que es sólo cuestión de tiempo que cometa un error y sea descubierta por los alemanes - y el precio de eso es su propia vida.

A través de sus ojos, Monique relata sus esfuerzos por sobrevivir en el París ocupado, debatiéndose entre los cafés repletos de gente y los pobres ciudadanos que hacen colas interminables, con los cupones de comida en la mano. Pero, por encima de todo, esta es la historia de una chica que tiene que luchar por su libertad durante esos días oscuros y terribles, resistiéndose fervientemente a rendirse, mientras los soldados alemanes marchan por las calles de París, pisando el suelo con sus botas laceradas.